

Serie Narrativa



NATALIA



COLECCIÓN HUELLAS DE SIGLO

PABLO AZÓCAR

NATALIA



EDITORIAL CUARTO PROPIO

NATALIA

© Pablo Azócar
Inscripción N° 75.923
I.S.B.N. 956-260-165-X

Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia, Santiago
Fono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622
E-mail: clic@netup.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
4ª edición, noviembre del 2000, Editorial Cuarto Propio

Se prohíbe la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.



PRÓLOGO

Recuerdo todavía aquella tarde de mayo (¿abril?) de 1990, en el restaurante La Maison, al fondo de la calle Lastarria. Me había juntado con Pablo Azócar delante de una quiche lorraine y una botella de vino blanco, para decidir el título de su primera novela, que hasta entonces respondía en el file al nombre editorialmente dudoso de Natalia.

Corría un otoño caliente en el mundo político y en la movida cultural. Aquel patio-comedor de La Maison lo retengo en la memoria como un muestrario de época: allí convivían los últimos restos del naufragio artesa, los primeros socialistas renovados confesos, los ceñudos conceptualistas, los lectores tardíos de Bukowski, Derrida y la Sontag. No faltaban las coletas parisinas, los atuendos minimalistas y algún islote beligerante de poetas a punto de hacer perro muerto.

A pesar de este ambiente activado por tanto decibelio intelectual, nuestra conversación resultó poco productiva. Habíamos traído pensados algunos títulos que prometieran a los eventuales lectores algo más vibrante y más nocivo que un incoloro nombre de mujer. Pero, vaso a vaso, fueron cayendo sin gloria, y al final, para justificar el consumo, concluimos que Natalia no era un título sino un destino. El libro de Azócar tenía que ser fatalmente mujer desde los créditos. Natalia quedó en aquel momento ungida como novela y sería imposible en adelante bautizarla, e incluso pensarla, con otro nombre.

La Natalia de Azócar venía con peligro. Escrita, reescrita

y vuelta a reescribir durante casi diez años, se había hecho viajera con su autor y, a través de distintos países, había acumulado luminosas obsesiones y prohibidas sabidurías. El borrador llegó a extenderse por más de seiscientas páginas y fue en París, en 1985, donde Azócar comprendió que debía poner fin a aquel embarazo excesivo. El texto comenzó, desde entonces, a adelgazar, a pulirse y a tomar poco a poco la forma mágica e inclasificable de la novela que ahora es.

El sueño que perseguía aquel aprendiz, al escribir tan obsesivamente, era nada menos que el de la novela total: fijar un instante en el tiempo y hacer sobre él un corte transversal, hasta vaciar narrativamente su sustancia. Esta empresa imposible de jugar a ser Dios —compartida por tantos creadores modernos— no le resultó tampoco a Azócar, pero los residuos de ese intento dejaron una rica huella en Natalia: le imprimieron ese tempo circular sin apenas devenir, ese ritmo narrativo casi hipnótico que se vuelve y se revuelve sobre sí mismo.

En Natalia no existe casi hilo argumental, ni estrategia alguna que se despliegue en el tiempo. Todo ocurre en un ambiguo y perpetuo presente. La protagonista está siempre a punto de partir o a un tris de volver a la casa; el narrador no cesa nunca en la inútil tarea de esperarla, mientras otros personajes de la novela no saben si morir o seguir viviendo, y a veces nos llegamos a olvidar de que alguno, en alguna página, se ha muerto de verdad. El relato crece hacia adentro y se empoza en un monólogo irónico, tierno y airado que opera sobre el lector por lenta impregnación. Esa voz confesional, medio jazz, medio bolero, va arrastrando consigo, en aparente desorden, todos los materiales inventaria-

dos en la memoria del narrador: insomnios, rabias, lascivias, amores y desamores, rostros de amigos, ausencias, esperas, algún réquiem, mucha melancolía. Desde esta desafiante heterogeneidad, Azócar arma un texto lujoso e impuro, inagotable en sus registros expresivos, tocado por disímiles sabidurías que se extienden desde el I Ching a Proust y al Condorito.

El centro de la novela son muchas cosas: es el tándem numinoso Natalia-Lucía; la atmósfera de olores y gozos de un relato de alcoba; el Santiago central, triste y nocturno de los años 80; el propio yo laberíntico y cómplice del narrador, ese pajarraco urbano que deambula por la ciudad sin rumbo, curioseando vitrinas, veredas, ventanas, mujeres, luces de neón.

Natalia es todo eso, pero también es lo que el autor nunca pensó, ni quizás quiso, que fuera. Es una novela generacional, algo parricida, inscrita en los feos días del pinochetismo. Conforman, sin pretenderlo, una amarga memoria del reflujo y la derrota, retratando, como de paso, a individuos marginales que a lo más que se podían atrever era a enfrentar alguna vez la acción pluvial de los guanacos o a iluminar la noche con la poesía desesperada de algún graffiti. Constituían la retaguardia de la historia: la noble estirpe de los débiles.

Se adivina, pues, en las páginas de Natalia, el horizonte gris acero de la dictadura. Pero esta abrumadora presencia se expresa a través de un negativo fotográfico, mostrando sólo el envés del gobelino. No aparecen en la novela de Azócar los ominosos desmadres político-policiales de aquellos broncos años, sino sólo sus efectos más silenciosos: el humor depresivo y

macabro, la borrosa sensación callejera de reviente, el imperio del aquí y el ahora, la invención de ilusorias realidades paralelas.

Hurtadito, el tanatólogo, uno de los personajes más secretos de la novela, resume enigmáticamente lo que le sucedía a tanta gente: “Estoy rodeado de muertos, pero me siento solo”.

Pero, al comentar Natalia, hay que reconocer que todo resulta secundario hasta llegar a las mujeres que tan intensamente la habitan. Ellas, desde el principio, se adueñan de la escena sin pedir permiso, y exhalan una energía erótica y mental inapelable. Sobre todo Natalia y Lucía viven al límite e irrumpen como coribantes en un mundo de machos deprimidos. Son los desacatos de su libido, su díscolo humor, su sensatez corrosiva y sus iluminaciones lo que las hace unos seres tan atractivos y poderosos.

El narrador está gozosamente preso de ellas y trata de manejar como puede sus impertérritos desbordes. Vive según un exigente guión de alcoba que se va complicando y enloqueciendo con la aparición desordenada de otras mujeres que transitan ligeras de ropa por las páginas de la novela. Cómo olvidar a Stefania, que se esfuma románticamente en una estación de trenes; a las hermanas Odette y Paola, trabajadoras noche a noche del Bar Hollywood, que le entran al abordaje en la cama; a las habitantes de la Casona de las Catorce Locas, con las que el narrador se somete a los rigores de una estricta maratón sicosexual.

Novela de culto, de aquellas que se gastan de mano en mano, Natalia no pretende ser una propedéutica a las dulces urgencias de la carne, ni tampoco una iniciación a las

perversiones de la lencería, pero aguanta muy bien una lectura libertina de sábanas, sudores y rimmel, facilitada por la vibración de una prosa baja en grasas, alta en nicotina, que desde luego nunca podrá pasar indemne el control maldito del test de alcoholemia.

Rafael Otano
Maitencillo, agosto 1999

A Karol, Carolina Díaz

La desesperación es una forma
superior de la crítica

LEO FERRÉ
La solitude

11

Por esos días, había que tener talento para no morirse. No cabíamos en nuestros calzones ni en nuestro sueño, caminábamos sin mirar para atrás, fumábamos como si fuera un acto de lucidez y tomábamos café negro para disipar el espanto. Nos rondaba la sospecha de que cada mañana iba a ser la última, y algunas lo fueron. Cometíamos tantos errores que se hubiera dicho que se trataba de un sistema de vida. En fin. Imprescindible era odiar la ciudad, y había que odiarla matemáticamente, cantando, fascinados, enroscándonos en la ebriedad de ciertos deseos que nunca se malograron. No teníamos vuelta, eso estaba claro, pero había que quemar las naves.

Mi estado es el del tanatólogo Hurtadito cuando entra a la morgue, mira a su alrededor y dice: “Estoy rodeado de muertos, pero me siento solo”.

Escribo, feliz y algo borracho, fumando un miserable

Hilton. Escribo con talante de réquiem y de baile, y con el delicioso olor de los dramones. Pienso en Natalia, y en Lucía. Pienso en todos nosotros y en ese tiempo tremendo, en lo que quisimos ser y en lo que fue, en la risa, en el pavor, en los vestigios de esa adolescencia que nunca tuvimos. Pienso en aquello que estaba siempre a punto de ocurrir, en el olvido, en la ternura, en lo que nunca se dijo. Una bufanda, un cenicero, algunos libros, rabias, carcajadas, sueños, muertos. Cuántos muertos.

Escribo como contricción, escribo desde el final y desde nada. Ya antes de Lucía andábamos en el exceso, una confusión fuera de borda con el nombre de Natalia. El mundo era la primera y la última página y no va más, no cabíamos, ya las cosas y las calles tenían nombre y olores y no nos pidieron la opinión. Después de Lucía, simplemente no supimos ni quisimos saberlo. Habíamos engendrado el sueño feroz y no estábamos de cuitas para bajarnos. Natalia convocó a Lucía como si la hubiese soñado, o acaso se soñó a sí misma en ella. “Lucía es Lucía”, dijo, repitió, preguntó. La verdad es que Lucía era Lucía, y cómo no quererla, cómo no buscarla, tocarla, cartografiarla, amarrarle los zapatos, prepararle el desayuno, escribirle cartas, tumbarla, levantarla, perdonarla, cómo no perdonarla.

El nuestro lo sabíamos un viaje sin ningún heroísmo y no del todo plausible. De cada sueño volvíamos magullados o enfermos, y con esa inalterable sensación de fin de mundo. Pero estaban los nobles recursos del olvido. Habíamos nacido en la polvareda, cuando ya los músicos y los comensales habían partido cascando. La geografía estaba

llena de agujeros de bala en las paredes y hasta los vendedores callejeros eructaban himnos militares. En la palma de la mano estaban los sobrenombres. En el aire todo el resto, y ahí quedó. En la disyuntiva de todos los destinos posibles, dejábamos caer un dedo ciego sobre el mapa. Había que atenerse a las consecuencias, huir siempre antes de que fuera demasiado tarde. Y había que gritar, bailar, beber, reír en cantidades monstruosas. Hacía daño mirarse mucho rato a los ojos. Ante la imposibilidad de elegir, la fórmula era tomar un libro como si nada, discutir sobre el desamor o sobre menús, salir a andar en bicicleta, caminar bajo la lluvia, seguir bebiendo, seguir riendo, qué sé yo. Poner cara de duda cuando alguien nos decía la hora. Fotografiarnos obscenísimos en el baño preservando sólo el pudor de la Maja Desnuda. Hacer un huevo frito y ponerle vino. Caminar en puntillas sobre una pandereta. Hablar de nosotros como si se tratara de dibujos animados. Disfrazarse todos de corsario y declararse en ayunas simulando una jornada de iniciación. Daba lo mismo. Siempre supimos que perder el tiempo era el mejor modo de ganarlo, pero no era tan fácil con Natalia rondando en cueros por la pieza y discutiendo ideas en voz alta. También supimos que el instinto era suficiente y que era innecesario hacer esfuerzos para justificarnos en la vida, pero tampoco era fácil con Lucía arrimada a la salamandra, mordiendo un pito de marihuana y atrincherada entre libros, lápices y enciclopedias. Lucía sabía demasiado, y le costó caro.

“Como si ser genio sirviera para algo”, anotó una tarde Roberto Arlt antes de mandárselas y abandonarnos, y era

cierto. Qué quieren, lo único que me quedaba era seguir ahí, aunque no tuviera dónde apoyarme, con los pies atravesados en la línea del tren y avizorando el purgatorio, bamboleándome con un licor dudoso y hablando necedades como cualquier profeta que se precie. Natalia, por su parte, salía a la calle con una rosa náutica en la mano, con la esperanza de encontrar los treintidós rumbos que tiene la vuelta del horizonte. Pero fue siempre inútil, y cuando se dio cuenta era demasiado tarde y entonces se dedicó a desparramar frases del tipo “vivir es una redundancia” y otras pendejadas por el estilo. Sólo una cosa estuvo clara desde el comienzo: jamás podríamos dar con un casino en el que no existiera el doble cero: gana la banca. Pero estábamos nosotros, invariablemente comatosos, mirándonos las manos y conjeturando fugas imposibles. Estábamos ahí, aferrados a nuestra flaqueza, volcando las copas y los ceniceros y rayando las paredes. Algo tenía que salir de todo eso, aunque no nos quedara tiempo para enterarnos.

Escribo páginas y más páginas que acabarán en el canasto, o en el refrigerador acompañando unos panqueques con crema de champiñones. Escribo con el instinto del tipo que se pasa la vida diseñando historietas procaces en el papel confort a medida que lo consume, y con la arrogancia del que rayó en los muros del metro: *“La vida es una barca”*. *Calderón de la Mierda*.

Así sea. Un vino blanco en su punto en mi mano izquierda, un buen pucho a media asta, la lluvia repicando

en el zinc y yo sin fuerzas para alimentar la salamandra. Estoy rodeado de muertos, pero me siento solo. Natalia entra en la pieza, de la mano de Lucía.

—Ella es Lucía —dice—. Va a vivir con nosotros.

Lucía no dice nada. La miro, sonrío, estiro mi diestra, nos saludamos. Natalia va hasta la cocina y desde allí grita proponiendo un brindis de bienvenida. Lucía tiene miedo. Yo también. Perentorio se arrastra Zitarrosa:

*Becho toca el violín en la orquesta
cara de chiquilín sin maestra,
y la orquesta no sirve, no tiene
más que un solo violín que le duele.*

Natalia aparece con tres copas y una nueva botella de vino blanco. “No encontré champaña”, dice. Corre hasta el tocadiscos y aumenta el volumen, lo de siempre. Miro a Lucía: es flaca, linda, pálida, y tiene miedo. De seguro es el tipo de persona que se ríe de las cosas de las que uno nunca se ríe, pienso. Miro a Natalia: es la directora de orquesta dando el vamos con una carabina a la función final, aunque corra luego a la última butaca, narcisa, para verse a sí misma, y ya nadie puede preguntar quién firmará este libelo, quién será desertor a tiempo, quién estampará algún día una cruz de iletrado en el sufragio universal.

*Becho tiene un violín que no ama
pero siente que el violín lo llama.*

*Por las noches como arrepentido
vuelve a amar ese triste sonido.*

Lucía suspira, da un par de vueltas por la casa y parte a buscar sus maletas. Natalia la acompaña a la puerta, encoge los hombros, vuelve apretando los puños, apura la copa de vino y dice:

—Es una mujer maravillosa. Tienes que tratarla como si fuera yo.

Pienso: nunca la había visto tan enamorada, salvo de mí. Miro nuevamente a Natalia, que corre por las habitaciones con una escoba, y me digo: ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quiero. Aunque decido no seguir pensando estupideces. Al cabo de un rato me grita que le ayude a poner algo de orden en la casa. “Después escribes tus huevadas”, dice. Entonces Zitarrosa le deja su lugar a Eric Dolphy y me pongo a lavar los platos. Es difícil lavar platos cuando no hay detrás un saxo que te arroja la música como te arrojaría el mal aliento. Me pregunto qué hubiera hecho aquí el tanatólogo Hurtadito. Qué linda es Lucía, pienso. La verdad es que tiene un culo inobjetable, digo. Natalia toma esta frase como una suerte de aceptación oficial del contrato. Me besa en la frente cuando pasa a mi lado y sigue deambulando por la casa, inalterable, feliz, definitiva.

2

La llegada de Lucía cambió el orden de todas las cosas, si había alguno. La historia saltó en pedazos. Con Lucía en la pista los días adquirieron otra consistencia, el juego fue otro juego: nos sentamos a la mesa con la resignación del que pone sobre el mantel la última carta, cuando jugarse el todo o nada no es coraje, sino algo simplemente inevitable. La paradoja es que acaso pospuso el estallido último. Lo que era volátil se hizo incomprensible. Lo que era ruleta rusa se hizo cuenta regresiva. Es verdad que seguimos rompiéndola toda, garra contra garra, pero en alguna parte había tonos, gestos nimios y silencios que delataban la novedad del escenario. No podíamos admitirlo, pero sospecho que fue entonces cuando lo comprendimos: éramos también adultos.

Quién sabe si estoy hablando huevadas. Lo que cuenta, por ahora, es que algo significativo cambió. Antes también

nos estábamos haciendo mierda, pero sin darnos cuenta. Eso de levantarse sistemáticamente con los calcetines cambiados. Eso de chocar en el supermercado contra la señora encinta y pedirle las disculpas al feto. Eso de abrir la puerta equivocada en una iglesia y descubrir al párroco revolcándose con su monaguillo. Eso de entrar a cualquier lado y siempre alguien que te mira y murmura: “Nada bueno se puede esperar de un tipo como éste”. Fuimos todo lo que pudimos, y lo curioso es que habíamos llegado a un cierto equilibrio. Al comienzo, tolerábamos el trabajo como una penitencia ineludible, y cada mañana nos duchábamos cantando, nos mirábamos al espejo y salíamos a la calle con resignada dignidad. Después ya no hizo falta: Natalia se ocupaba de lidiar con el mundo y mantener las finanzas de la casa, y yo me limitaba a mantener un orden mínimo, darle de comer al loro Bakunin, regar las plantas y esperarla por la noche con un plato de comida.

Lo demás era escribir, y algunas veces vivir. Café, puchos, vino y comida para Bakunin era lo único que no podía faltar. El resto lo ponía el trompeteo exasperado de Lester Bowie, o Becho el cabrón escurridizo, o Luchito Beethoven cuando se apareció de la mano de Lucía y nos cambió la vida para siempre. Sólo en casos muy extremos era necesario acudir al Borges más secreto, Borges el amenazado:

Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.
(Esta habitación es irreal: ella no la ha visto.)

El nombre de una mujer me delata.
Me duele una mujer en todo el cuerpo.

La verdad es que a Natalia le importaba un huevo lo que yo escribiera, pero me instaba a hacerlo como una cancerbera obsesa e hinchadora, invocando a la Gracia, al Talento y otras estupideces. Alguna vez admitió que se refugiaba en la música de mi tecleo. El sonido de la máquina de escribir la serenaba más que el mismísimo Luchito en su mejor momento. Decía: “Mira, maldito, tú tienes que escribir, ¿entiendes? Tienes que limitarte a escribir y escribir y escribir. No me preguntes por qué, pero el encargado de liquidar el asunto eres tú y nadie más. Qué importa si no hay ninguna razón para hacerlo. Simplemente tienes que encerrarte y escribir. Punto. Vomitar el libro más feliz del mundo”. Lo cierto es que este discurso comenzó a cansarme y luego a producirme repulsión cuando empezaron a repetirlo mis amigos. Cuando provenía de Natalia, sin embargo, no podía dejar de concederle una cierta legitimidad, aunque yo mismo no creyera ni una mierda. Había en ella una poderosa convicción, y eso bastaba, aunque no evitara mirar mis papeles con inocultable desdén. Al carajo: había un pacto sellado y teníamos que respetarlo.

En ciertas ocasiones Natalia se despertaba con los ojos como huevos fritos. Era un síntoma inequívoco: había que acompañarla hasta el final, en la primera línea de artillería, estar ahí, con todo, mientras ella gemía y sudaba y se ovillaba y temblaba y se hundía las uñas en los brazos y chorreaba vocablos indescifrables y comía pasto, mucho

pasto, como los perros. Era como si una carga metafísica le fuera a reventar el estómago, por decirlo así, y el estallido prometía ser un regadero de sapos, gusanos y lagartos. Sólo después se aligeraba, saltándome encima y tirándome del pelo, o masturbándose a convulsiones y murmurando una especie de oración en latín. Otras veces se despertaba hecha un nudo y nadie la podía mover: era una piedra, un moai, algo por el estilo. “No estoy”, decía, y nadie podía aproximarse en varios kilómetros a la redonda si no quería ser cocinado. Pero también había días en que Natalia se levantaba de un salto abriendo gloriosa las ventanas, y todo lo que después viniera no tenía dios ni idioma, pero sí bastante olor a carnaval, y sólo Boccaccio tenía derecho a inmiscuirse, siempre que fuera con el tonel y las ancas de Peronella y la abadesa más lasciva y varias risas de final de siglo.

Todo esto para decir que vivíamos en la punta de los pies, como sobrevivientes, y eso había que respetarlo. Cada mañana, cuando Natalia partía, ella y yo sabíamos lo que podía ocurrir: que no volviera. Me perseguía una imagen: una estación abandonada, ella en la ventanilla del último vagón, el tren moviéndose y rechinando, ambos levantando los brazos y tratando de adivinarnos (los vidrios están cubiertos de polvo y hollín), y yo lagrimeando sin poder moverme. Una tarde caminábamos por Purísima cuando, de golpe, Natalia se detuvo y apuntó con el dedo: un ciego estaba hablando en una cabina telefónica. Una cabina telefónica sin vidrios. Es un detalle estúpido, si quieren, pero bastó para que ella soltara un llanto enorme. Ese día

fue importante, porque aprendí a llorar. Volvimos a la casa en silencio, abrimos un vino blanco, convocamos al Ornette Coleman de siempre y nos tomamos de la mano, hasta quedarnos dormidos.

3

Sucede que hay personas que nacen tan frágiles, tan vulnerables, que sencillamente no tienen armas para defenderse de la vida. Para ellas el mundo invariablemente representa un escarnio y una invasión, sugerente a veces, pateticona casi siempre. Yo era uno de esa calaña, y Natalia lo entendió desde el principio. Por alguna razón que nadie pudo nunca explicarnos, habíamos caído en el medio de un país ocupado, un simulacro de guerra sin épica ni nombre ni canciones, pero teníamos que seguir caminando con pinta de yo no fui, aunque un poco reclinados, nunca se sabe. Eso era. Bastaba que tú levantas la cabeza y pasaba un obús y te la arrancaba, y ni siquiera tenías el consuelo pobretón de aparecer en la sección necrológica de los diarios. Pero mientras uno estuviera allí había que seguir el taconeo, y quererse como si fuera el último día, y vivir como

si el vecino no fuese el soplón que temimos que fuera y terminó siendo.

Lo único que nunca entró en mis cuentas fue que Natalia se esfumara para siempre. En realidad, no podía no volver. Hacíamos esfuerzos sistemáticos para reventarlo todo, pero no era tan fácil. “Se me ha ido la vida tratando de no quererte, cabrón”, me dijo una tarde, comiendo un huevo a la copa y con mermelada de frambuesa en la nariz. Y cuando no estábamos de discursos lacrimosos simplemente nos reíamos de ese nudo miserable que nos tenía atados y brindábamos a través de la jaula del loro Bakunin convencidos de que todos los meses eran septiembre y de que nadie jamás había oído de la insania de la historia de este puto país. Al carajo. Sabíamos que el tiempo no estaba de nuestra parte, pero contábamos con las argucias de la noche y lo ratificamos cuando apareció Lucía, volante nocturna.

Todo esto para decir que yo siempre sabía que Natalia iba a volver. Un instinto idiota incita a las personas a fijarse eso que llaman objetivos en la vida: adelgazar, ser famoso, tener dos hijos rechonchos vestidos de marinero, tirarse a la vecina, aprender a bailar cueca, invitar a comer al jefe, conocer a García Márquez o a Cantinflas, atreverse en una casa de masajes, ser senador, capataz, cafiche o carabinero. Cuando Natalia se iba, yo no escapaba a esa necia enfermedad y por una vez tenía un objetivo intransable: esperarla. Ella podía haberse ido sin decir palabra y sin cerrar la puerta, y lo mismo era si había partido insultándome y

jurándome las más putrefactas maldiciones. Podía dejarme una carta de cuarenta cuartillas antes de cerrar la puerta sugiriéndome que lo más sano era que yo me arrancara los testículos antes de degollarme, o podía partir cantando y feliz a comprar cigarrillos después del desayuno y simplemente no volver. Daba igual. Yo debía limitarme a encoger los hombros y atenerme al libreto de mi función vital: esperar. Esto, por lo demás, me impidió incurrir en una vulgaridad: matarla. Y de ese modo la mía no era en absoluto una travesía desesperada. Era más bien la espera del tipo que se sienta en un sillón, enciende la pipa, monta bien un gin con gin, se arma de un buen libro, se pone a mirar por la ventana, les dice tonteras a los pájaros y discurre cómo transita el mundo. Cuando me daba por pensar en Natalia, y no estaba, me ponía a jugar con sus máscaras o su sombrero, o recordaba esos domingos en que nos negábamos a levantarnos y le guiñábamos a la vida como si nada y rompíamos la aguja del tocadiscos y nos peleábamos porque nadie lavó los platos durante siete días. Y no quedaba otra que seguir en esas: ella disparada y chorreando anhelos por la ciudad, y yo haciéndome el huevón, practicando con su olor y afinando las técnicas de la masturbación con su recuerdo. Dónde, cómo y con quién estaba, me importaba un rábano: era suficiente la convicción de que iba a volver, y la sospecha de que no estábamos muertos.

4

Natalia era criminalmente fuerte, pero no tanto. No podía vivir sino un amor total, por así decirlo, un amor de colosos, de dioses que se hamacan sobre una colina y al caer la noche observan el mundo hacia abajo con la condescendencia propia de una certidumbre de esos quilates (la muy bribona tenía, después de todo, alguna certidumbre). Cuando asomaban las tempestades, yo me doblaba como un árbol viejo, me iba de bruces y me rompía en esquirlas que saltaban hacia todos lados, dejando los muros llenos de manchas verdosas y granates. Desde algún lugar de la noche ella se levantaba, me sacudía y decía frases como: “No estás a la altura del amor, tonto”. O: “Deberías por lo menos cambiarte de calzoncillos”. O bien se la comía en silencio y se iba al patio a hacer figuras de barro y después se metía en la tina y subía el volumen del equipo de música y me pedía un pitillo que no sé cómo fumaba entre el vapor,

como si morder un caramelo fuera lo mismo que manipular el hashish.

Entre refriega y refriega, lo confieso, yo me iba consumiendo como el final de un cigarro. La responsabilidad de Natalia era intuirlo, y sacarme fuera. Yo no podía ser dios, pero en la borrasca aprendí a fingir que lo era. El dilema era cómo recobrarnos a cada vuelta, cómo darle la voltereta a esa furia impronunciable. Yo, claro, debía ser capaz de detectar los rabiosos mensajes que Natalia escupía como peñascazos desde el fondo de la noche. Habladores enfermos, no era fácil cuando en algún entrevero perdíamos la palabra. Natalia configuraba una imagen del infierno cuando me preguntaba qué haría yo en un mundo sin palabras. A veces, herida, hacía esfuerzos por levantar una empalizada de silencios, pero tampoco ella resistía el vértigo y terminábamos en una gritadera de madres y estrellados en un tazón de café negro del que nunca podíamos salir. Natalia fue llenando la casa de máscaras con formas de dragones, luciérnagas, hojas de parra, payasos, ratas, ángeles. Yo, que jamás olvidaba que era el tipo más feliz de la época, me desplazaba a saltos entre las caretas, pero había un esfuerzo incorporado: mirar por esos cientos de ojos hacia adentro. Temía ahogarme en esa tentativa, pero los dioses no mueren, siempre lo supe. Todo estaba en no dejar ni por un minuto de ser Dios o dios. De los imprevistos: fuimos tan rápido que no tardamos en encontrarnos en cueros al final de ese laberinto con forma de casa de muñecas. Pero qué mierda importaba. Bastaba con seguir en ese barco ebrio toda la noche y todas las noches. Bastaba con ser intocables,

y lo éramos. Bastaba con poder adivinarnos al otro lado de las palabras, y teníamos el código.

Pienso en el desparpajo de Natalia. Apenas despegaba los ojos podía enmascararse y salir a ponerles nombres a las calles y a tentar a los pelados libidinosos de los parques discurrendo poses y bailando. Todo podía ser un baile, un baile monstruoso y ortopédico con música cuadrofónica y timbales de guerra. Pienso en la indolencia de Natalia. Se reía y se entregaba sin red de protección, porque se sabía eterna. Creyó que yo también lo era. Y entonces llegaba el domingo, leíamos el diario, nos tocábamos un rato y terminábamos preguntándonos qué está pasando, qué cresta está pasando. Juro que nunca les perdoné ese infame gusto a hostia a los domingos.

Todo esto para decir que cuando Natalia no estaba, había que hacer como si nada. Con el invariable optimismo de los pesimistas, llegaba siempre un momento en que yo caminaba el día entero con una sonrisa bobalicona pero sincera. Daba buen uso a mi tiempo, eso es lo que quiero decir. Dormía en los parques unas siestas portentosas, piropeaba a cuanta monja o colegiala se cruzara por delante, comía mariscos y charqui en el Mercado, jugaba a la pelota con mis vecinos, ensayaba muecas en las vitrinas, nadaba en la Piscina Municipal de Recoleta, era consuetudinario de los circos y socio del cine Normandie, robaba flores en los cementerios, practicaba el palitroque y la rayuela, prefería un mal vino a la mejor cerveza, escuchaba a ciertos amigos deprimidos o suicidas, comparaba durante horas el porcentaje de transparencia en las poleras de las

damas, dormía apenas, me comía las uñas, practicaba la verborrea, leía sólo a Proust y el Condorito, solía caerme del catre, anotaba con rigor las estadísticas de las peleas de gallos de Talagante, elevaba volantines con hilo curado e invitaba a ciertas muchachas a conocer mi covachita y lo que había dentro.

Con todo, la verdad es que a esas alturas yo no pensaba en Natalia: sólo la esperaba. El mundo se movía ligerísimo al compás del walkman que me clavaba en las orejas, y yo, mientras, me esmeraba en poner en práctica la fórmula del viejo Amado: es imposible poseer a todas las mujeres del mundo, pero hay que intentarlo. A menudo me levantaba con un objetivo único e intransable: mujeres. Es verdad que Natalia era la única mujer del mundo, pero había otras. Por ahí vino la famosa noche de agosto, cuando en la tremenda borrachera, hastiado de su ausencia, hice una hoguera en el patio y gritando, eructando y cantando quemé todas sus ropas y tiré por la ventana las máscaras y el sombrero. Luego, por cierto, me arrepentí, pero era lo de menos: algo inventaría cuando ella volviera, algo tan idiota e incontesable como que esa misma tarde hubo una colecta de niños huérfanos, o una asonada policial, o bien asumiría la actitud del tipo que pierde el cepillo de dientes y se pone a buscarlo en la caja de los zapatos.

Yo conocía, por lo demás, el escenario de su vuelta. Me lo repetía como una plegaria. Estaré durmiendo. Me despertará su presencia en la pieza. Nos saludaremos sin la torpeza de la emoción, como si esas semanas o meses no hubiesen sido más que un paseo. Le preguntaré si encontró

los puchos que había ido a buscar a la esquina y propondré un café. Partirá ella misma a poner la cafetera. No temblaré, qué va. Ella sugerirá que tiene bastante ropa que lavar. Le diré que la máquina se estropeó, pero que descubrí un nuevo detergente. Después nos miraremos sin saber qué decir, pero nadie preguntará la hora. Y entonces ella se dejará caer. Estoy cansada, dirá, acaso. Iré a buscar el café, pero se habrá quemado, y al volver la encontraré dormida. Le quitaré los zapatos, le tiraré encima una colcha y me dedicaré a mirarla durante toda la noche y con todo el cuerpo nostálgico pensaré en Nikola Vaptsarov frente al pelotón de fusilamiento murmurando *no me dejes afuera, en el camino, / no vayas a cerrar las puertas: / entraré y tranquilo / me sentaré a mirarte / y cuando al fin me sacie / me iré, después de darte un largo beso*, y considerando que yo en cambio no me podré morir, aunque lo intente con todas las garras, me convenceré de que la vuelta de Natalia es una nueva y grande página en la historia, y me acordaré de un par de chistes lamentables y empezaré a reírme sin que ella se dé cuenta y la miraré con los ojos incondicionales de un padre o un santo y recordaré el tronco de un árbol, un tronco que alguna vez escalo y en el que alguna vez dibujo una frase romanticona con un cuchillo y en el que alguna vez meo silbando una pieza de Coltrane.

Pero el asunto era qué demonios hacía yo mientras Natalia no volviera. La alquimia de las esperas, como los brebajes de un barman o una carga de explosivos, varía su efecto según la mezcla, es sabido. Una pizca de más de un ingrediente y el asunto te revienta los intestinos o los sesos,

según el caso, cosa nada aconsejable por cierto para el tipo que estuvo en el baile más feliz. Si yo hubiera sabido que Natalia no tenía intenciones de volver, la cosa habría sido más sencilla. En tal caso hubiese tenido en qué ocupar mis días, porque ningún individuo mínimamente razonable hubiera dejado de hacer lo único a lo que uno podía atinar en esa situación, o sea recorrer puertos, hoteles y ciudades siguiéndole la pista, transformado en una implacable sombra con el perfil anónimo del agente secreto que se desplaza escurridizo entre aeropuertos y burdeles con una libreta de notas y el correspondiente par de lentes oscuros. Pero Natalia iba a volver: la maldita se había encargado de dejarme atrapado en el oficio del tipo que espera.

Nunca incurrí en el mal gusto de seguirla cuando partía, y por una cuestión de sanidad personal me negué sistemáticamente a enterarme de qué hacía durante sus andanzas y, sobre todo, qué decía, la malhablada. Transformado entonces en el Gran Esperador, durante un buen tiempo me aboqué a escribirle libelos urgentes en servilletas de papel con la idea de dejarlas discretamente sobre la mesa cuando volviera, pero esto nunca resultó, porque invariablemente me salía un estilo dramaticón que a las pocas horas me asqueaba y me hacía vomitar el desayuno y la última cena. En otras oportunidades me dediqué a hablarle durante horas, de mí naturalmente, como si hubiese estado con ella, con mi cabeza en su hombro, pero esto también terminó por cansarme, porque cuando ella efectivamente volvía tenía la mala costumbre de no darse jamás por enterada. Lo único que me quedaba entonces era seguir

dibujándola en el techo y en los vidrios de las ampolletas, además de anotarle diatribas de diverso calibre en los baños públicos más frecuentados.

Una tarde tuve la súbita intuición de que Natalia iba a volver en las horas siguientes, lo cual, como a cualquiera que se precie de ser un sujeto de presentimientos, me hizo operar en consecuencia. Me fui de un salto a la feria, todo hablador y canchero, y mientras hacía las compras narraba con detalles cómo sería la gloriosa cena que me esperaba esa noche. Después estuve varias horas metido en la ejecución de mi especialidad, estofado de conejo con ciruelas, y la variante de turno fue añadirle crema de trufas, palta cubana y leche desnatada. El resultado fue como el famoso baile: el mejor de la vida. Después de instalar la mesa con el mantel blanco de las grandes ocasiones, me consagré a esperar con la única actitud posible: mirando la puerta. Pero fue oscureciendo, y oscureció de frentón, y nada: Natalia no se aparecía. El problema, claro, es que a esas alturas se me estaba quitando el hambre y, por lo demás, me estaba cansando de mirar la puerta. ¿Conocen la historia del irlandés que preparó una cena descomunal nada más que para ver cómo lo querían sus amigos, y que se suicidó a medianoche con el cuchillo de la torta un minuto antes de que irrumpieran todos con la intención de darle una sorpresa? Qué importa. El asunto es que esa noche de perros me ocurrió algo vagamente similar. Llegó un momento en que, agotado y borracho, tuve que conceder que Natalia no iba a llegar. “La muy puta no quiso venir”, me dije, enviándome otra copa. Claro que yo, naturalmente,

no me iba a matar, porque no corresponde el suicidio para el tipo que hizo el baile más feliz. Pero algo tenía que hacer, y lo hice: llené un balde con excrementos y detritos de índole diversa y los fui rociando en todos los platos y cacerolas que había preparado. Olía bastante mal, para qué voy a decir una cosa por otra, pero juro que la estética de esa mesa era formidable. Estoy seguro de que Paul Klee o incluso un tontón como Andy Warhol la habrían apreciado. Traté de tranquilizar a Natalia con este argumento cuando se apareció minutos después del rociadero, pero no hubo caso, la ebriedad me impedía hilvanar palabra. Crestas. Natalia se declaró livianamente “en estado de shock” y sostuvo que tenía mucha hambre: con el oscuro argumento de que iba a buscar un Burger Inn, se mandó cambiar otra vez. Ni modo. Tuve entonces que levantarme sobre los escombros, derrotar el sueño y volver a la misión de siempre: esperar. Y esta vez sin dejar ni por un minuto de mirar la puerta.

5

Miro a Lucía y lo descubro: un ademán inquietante, agresivamente ambiguo, le atraviesa la cara. No sé qué debo hacer, ni qué decirle. Acaso debiera apersonarse el tanatólogo Hurtadito y hablarle de castrados y hemofílicos y fetos nadando en vinagreta. Quién sabe. La veo: se desplaza por las piezas en silencio, pero en el aire hay algo más y no sé cómo se llama. En el comedor toma las cartas con displicencia y juega un solitario. Se arrima al tocadiscos y pone a Luchito Beethoven. Yo, en lo mío: escribo. Estamos en Playa Blanca. El mar, las piedras, el desierto. El norte. Nuestra soledad y la ciudad fantasma, el viento y todo eso que nunca fuimos capaces de nombrar. Escribo, fumo, bebo, escribo. El mundo es esta máquina de escribir, una copa y el cenicero. Natalia ha partido a Santiago en la madrugada, dejando una nota con las compras del almacén. Piloteamos con los ojos cerrados y hacemos misa de un

retorno que no sabemos. Lucía lee con las piernas estiradas sobre la mesa. La falda le ha trepado por los muslos. Reparo: muslos pálidos y duros. Concedo que me gustan sus tobillos. Escribo, fumo y miro sus tobillos. Extraño a Natalia. A veces, cuando hacíamos el amor, éramos casi felices. A veces. Lucía pregunta por Natalia:

—¿Dijo cuándo vuelve?

Encojo los hombros. Le pregunto qué lee. Dice que Onetti. Miro (ay) sus tobillos. Enciendo otro pucho. La playa, el desierto, cresta. Quizá lo mejor que podría hacer es escribir una carta exorbitante y afiebrada llena de improprios y clavarla en el buzón con el nombre de un ciudadano anónimo y sin remitente. Jota Jota y el Gordo habían dicho que vendrían, pero ya se fue el fin de semana y no aparecieron. Pienso: vuelve luego, Natalia. Lucía me pide un par de cigarrillos y sale. Desde la ventana la veo en cuclillas sobre la arena, húmeda, y pienso en todo eso que las palabras nunca pudieron. Desde la arena me mira y nos saludamos con el brazo. Vuelvo a la mesa y escribo. Me levanto a cambiar el disco, a ver si Becho me saca de este apuro, y cuando paso por el comedor advierto que el libro que Lucía dejó en la mesa está lleno de marcas y anotaciones. Estamos solos y estamos contra el tiempo, Hurtadito. Me asomo otra vez a la ventana: Lucía está mirando algo hacia el mar, perdida quién diablos sabe dónde, y me inquieto por una estupidez: la espuma está a punto de alcanzarla. Onetti subrayado por Lucía: “Y ahora, cualquier cosa que haga serviría para que me pegue con más fuerza. Lo único que queda por hacer es precisamente eso:

cualquier cosa, hacer una cosa detrás de la otra, sin interés, sin sentido, como si otro (o mejor otros, un amo para cada acto) le pagara a uno para hacerlas y uno se limitara a cumplir en la mejor forma posible, despreocupado del resultado final de lo que hace. Una cosa y otra y otra cosa, ajenas, sin que importe qué quieren decir. Siempre fue así; es mejor que tocar madera o hacerse bendecir; cuando la desgracia se entera de que es inútil, empieza a secarse, se desprende y cae”. Entonces tiro el libro, salgo a la terraza, grito:

–Tengo hambre.

Lucía se levanta, sonríe, dice algo que no alcanzo a oír. Llega con las piernas goteando y tapadas de arena. Juro que no tiene derecho a mirarme como me está mirando. No entiendo por qué, pero es como si estuviera sudada. Tampoco entiendo por qué me dan ganas de sacudirle las nalgas como si se tratara de sopaipillas.

–Es medio idiota esto de estar esperando a Natalia –dice.

–Lo que es yo, tengo hambre –digo.

Quedamos en que yo preparo una merluza y ella se ocupa de la ensalada. Cuando voy hacia la cocina me pregunto qué dirá si me voy encima con un grito kunfú y le atrapo las tetas, o si le digo que así goteada está mejor que si estuviera desnuda. Nos limitamos a brindar, aunque nadie dice por qué. Pienso: por tus tobillos.

–Tengo ganas de bailar –dice.

–Yo tengo ganas de varias cosas –digo.

–Está oscureciendo –dice.

—Mejor —digo.

—Behh.

No entiendo por qué siempre dice behh. Lo dice como si fuera a parir, o a vomitar, o a suicidarse. Qué importa. Entra un viento fresco y le sugiero que se vaya a cambiar de ropa, algo más abrigado, en fin. Preparo el pescado y como ella tarda, me ocupo también de la ensalada. El vino está seco y algo picado. No sé quién es Lucía, y me importa. Podría escribirle un poema lastimón y adolescente, podría sacar una pistola y reventarle el cráneo y montar un kuchen con las astillas, si no apestan demasiado. Voy al tocadiscos y pongo a Luchito, el mismo cuarteto quince sobre el cual Lucía estuvo discutiendo cuatro horas con Natalia en la última noche, creo. Pero ella no aparece. La merluza está lista para dar el salto y de la ensalada ya me he comido la mitad, pero no llega. Voy hasta la mesa y trato de escribir. Inútil. Y ya casi le he dado el bajo a la botella. Salgo a la terraza. Nada. No aparece y entonces voy hasta la pieza. La encuentro dormida, tendida en cruz sobre la cama, a medio vestir, respirando con cierta agitación y en zapatillas. Le tiro un edredón encima y me resisto a mirarle las piernas. Juro que nunca vi un par de malditas piernas tan agresivas. Salgo otra vez a la terraza. Pienso que sería medio estúpido si nos morimos. Pienso que algún recurso habrá que discurrir para continuar en esta dulce y asquerosa vigilia, borrachos pero sin caernos.

Todo esto para decir que aunque en eso de andar a medio filo solíamos refugiarnos en la cabaña de Playa Blanca, Santiago era nuestro escenario natural. Desparra-

mamos alientos y desalientos en esa ciudad de mierda, pero llegamos a quererla, y por momentos incluso fuimos capaces de perdonarla. Santiago era la ciudad más fea del planeta, pero llegaron a resultarnos entrañables sus edificios sin carnet, su olor a parricidio, su apestosa formalidad, sus notarios, sus secretarias, sus banqueros, sus chacales, sus histéricos, sus barman, sus encorbatados, sus dueños, sus cafiches. *Me duele una mujer en todo el cuerpo*, había anotado Lito, con un plumón, en el frontis de la Biblioteca Nacional, pero al día siguiente pegotearon encima unos cartelones con propaganda de una fiesta militar.

6

Santiago tenía la peculiar vocación de ultrajarse a sí misma. Se diría que la ciudad se empecinaba en detectar los resabios que le quedaban de belleza para pisotearse precisamente ahí. La oscuridad de sus actores nos tenía sin cuidado. Era ese suicidio lento y bestial lo que nos irritaba y nos fascinaba. Lo confieso: nos derrotó siempre su caldo ternuriento: asomaba primero como un olor y luego como un labio, una hoja, un vaso de vino, un cadáver, siempre a nuestras espaldas y siempre canturreando, apenas, con guitarra o sin guitarra. El Negro Carmelo recorría mercados y fuentes de soda con su armónica y su tristeza, y además se dejaba caer en los cementerios cuando estábamos a un pelo de levantar allí una carpa a la espera del siguiente turno. Y es que la gente se moría con una facilidad asombrosa. Morirse era una moda. Isabel se despidió sin paracaídas y con un poema monstruoso. Lucas se fue

cortado en un viaje de faldas. Leonor, de quien todos alguna vez estuvimos enamorados, nos dejó con un racimo de barbitúricos. A Tomasa la reventó la policía política. Martín se murió de puro imbécil. Carlitos hizo esfuerzos para volverse loco, y lo consiguió medio en pelotas y medio disfrazado de milico. Vicente se mató saltando desde una araucaria. Normalmente habría tenido que quebrarse algunos huesos, o partirse la clavícula, o a lo sumo salir en una silla de ruedas. Pero murió muertísimo: según los forenses, le vino un ataque al corazón cuando iba en el aire. Qué hacer. Quiso morir y Santiago era un lugar propicio para la muerte.

Si no eras un cretino, para seguir en el baile había que desarrollar dotes agudas de indolencia o de cinismo. Escribo: Santiago, y muerdo el pucho y camino por la pieza y no termino de saber si sobreviví a esa ciudad que tenías que transitar sumamente atento, porque en cualquier momento te decían que te habías quedado solo, que eras el último y que debías apagar la luz. El Bar Inglés estaba en Recoleta y se encargaba de acoger toda la rabia y las ansias entre tangos y boleros. Allí preparaban los lomitos más inmundos y deliciosos del siglo; allí Manolo Santillán le puso melodía a nuestro holocausto y su vozarrón a Puccini y a Gardel; allí Carmen se meó de pie en la pista de baile después de siete piscos y un tequila; allí Lito planificó un atentado contra una fábrica de mondadientes, que fue un fracaso; allí poseí a Leonor por primera y única vez, en el baño y de pie y llorando; allí a Enrique Lihn tuvimos que vestirlo por la fuerza y sacarlo en carretilla, pero su mujer

nunca lo supo; allí aprendimos de la fría inteligencia de Mariana y de un tipo al que había matado “por feo y por andar con pachuli”; allí el Gordo me dijo “soy un pederasta reprimido” y me habló de su terror al pene erecto, aunque al día siguiente ya oreado sostuvo que era una broma. Época de estúpidos gestos heroicos, de versos en la servilleta, de pisotones debajo del mesón, de promesas irrisorias, de respuestas sin preguntas y sobre todo viceversa. Teníamos miedos inconfesables y anhelos declarados sólo después de medianoche. Juro que nunca entendí por qué Natalia detestaba a Jota Jota. Gran tipo, el Jota. No contaba el tiempo en años: lo contaba en fracasos. Si te lo encontrabas después de cierto tiempo y le preguntabas cómo estás, te respondía sin sorna: “Muy bien. Fracasando, siempre fracasando”. El muy pendejo mentía como un ángel, y tú podías pasarte una tarde entera preguntándote si la canallada que había dicho no sería cierta. Un día aparecía cargado de certificados médicos que demostraban que tenía un cáncer terminal, al siguiente llegaba contando que partía a Kinshasa para hacerse musulmán y al otro contaba con delicados detalles cómo acababa de poseer a una monja adolescente. Narraba estas historias con la seriedad de los finados y tú nunca sabías a qué atenerte, porque a menudo los novelones terminaban siendo ciertos. Acaso lo que irritaba a Natalia la feminista era el descamisado instinto seductor de Jota Jota. Es verdad que el tipo las intentaba todas, y con la destreza de un cerrajero alcohólico en su crisis. Pero Natalia exageraba. Cómo no querer al Jota cuando te decía “vivo para el amor”, tal cual, cursi y

enorme. Cómo no quererlo cuando lo veías temblando a la espera de un llamado telefónico. Sostenía muy serio que la única justificación para seguir viviendo son los segundos en que un cruce de miradas o la frase casual de una mujer le sugiere que ella *ha decidido* venir hacia ti. “Es ese momento increíble en que descubres que ella parece que *te vio*, y entonces la tembladera y las ganas de pedirle ayuda a alguien, a una persona que no existe, a un santo en el que no crees, porque se te viene el mundo encima y estás solo. Todo lo demás es esperar ese momento”.

Santiago y su maldición de aquellos días: la espeluznante limpieza. Un ejército de hombretones se levantaba al alba y a sus marcas: listos para recoger y computarizar cualquier desperdicio. Tú ibas caminando por la Alameda o Providencia y si dejabas caer la colilla de un cigarrillo, no alcanzaba a tocar el suelo: aparecía un tipo en mameluco y la agarraba en el aire. La maquinaria era perfecta. Si te descuidabas, o te dormías en un parque, corrías el riesgo de despertar en un tarro de basura. Los tipos barrían con histeria, lo mismo el estoperol olvidado de un futbolista que los despojos de un condón o un semáforo descompuesto. Barrían ratones, árboles, barrían niños huérfanos, libros de filosofía, portaligas, barrían señoras obesas, gusanos, ciclistas, prótesis, botellas, dentaduras. Atrapados por apremiantes disyuntivas tolstoianas del tipo *qué debemos hacer*, Carmen y Lito discurrieron una defensa: graffitis. Durante años deambularon por Santiago armados de tarros de pintura y plumones. Escribían poemas, provocaciones, slogans principistas, declaraciones amorosas, dudosas pro-

clamas ecologistas y lugares comunes. Dibujaban botellas, arañas, falos y estrellas de David. Lito lo planteaba como una batalla y Carmen como una guerra, diferencia nada desdeñable ni azarosa, pero eso es otra historia. Ella sostenía que los rayados eran su “forma de relación con los poetas”, que no en vano proliferaban en Santiago con mayor densidad que en cualquier otro lugar del planeta. Era asombroso. Los vates se dejaban caer como lagartijas. Aparecían hasta debajo de las piedras y al menor descuido te encontrabas con uno. Veías a un tipo afeitándose las cejas en el baño de un restorán y te decía: “Es que soy poeta”. Veías a otro apretando en un bus la verga contra una vieja, y lo mismo: “Soy poeta”. Otro había despedazado a su mujer y a sus cinco hijos, otro se había ganado la lotería y un tercero se había convertido al Hare Krishna, y todos eran poetas. Allende, Pedro de Valdivia, el Ministro de Salud y el capellán de Quilicura eran poetas. Los gendarmes, los abogados, los notarios y los comentaristas deportivos eran poetas. Dios debía pedirle consejos prácticos a Nicanor Parra en esa ciudad en la que había que escribir a pedradas y a lengüetazos encerrado en el baño de un miserable hotel parejero pensando en cómo te las arreglarías para hacer perro muerto sin perder los últimos vestigios de esa dignidad que debías preservar aunque te partiera un rayo hasta el día en que te cayeras muerto.

7

Natalia podía fornicar como una máquina durante cuatro días y cuatro noches, y seguir pensando en instrumentos para el juego y en bañarse toda con chocolate o salsa de tomate o licor de cassis. Instalada allí, no sabía de límites ni se daba respiro. Arriba del techo, haciendo banderolas con los calzones, se arrojaba con los ojos apretados y el resto que lo dijeran los oráculos, si podían. Sin embargo oscilaba entre capítulos y ciclos. Durante días o semanas o meses podía irse para adentro y clausurar el cuerpo como un acordeón en desuso. Sostenía que estábamos en la Última Cena, pero sólo comiéndonos las uñas, y no quedaba tiempo para pensarlo. Natalia conectaba o desconectaba con el mundo, según el caso, y no te quedaba otra que dormirte siempre con un ojo abierto y un pie en tierra, por si acaso, y con las orejas amarradas con alambre para que ninguna se te fuera a quedar olvidada en algún teléfono

público. A menudo nos cansábamos del otro, pero ella se cansaba más. “Tu cuerpo se repite”, decía, desconsolada, confundida, y era entonces cuando el tiempo hacía una de las suyas, la tarde no era suficiente, la noche había pasado y fallaba el despertador.

Ni en los momentos de mayor ira podía yo negar los talentos de Natalia. Su creatividad era la antítesis del tipo que se aprende las posiciones del Kamasutra y se pone a practicarlas. Cuando agarraba vuelo era como llegar en smoking y hawayanas al entierro de un humorista sin trabajo y pedir dinero prestado. Natalia se dejaba ir y se rompía en pedazos que había que ir a recoger por toda la casa. A mi sexo lo llamaba Buda o Hitchcock o Fidel Castro, según el caso, pero cuando se indignaba le dejaba caer un reguero de improperios. A veces la acometían obsesiones del tipo “dame mi mamadera” o “la del conejo, la del conejo” o “quiero pico, quiero pico”, o bien le daba por morder como si el sexo fuera una licorera abierta durante la ley seca. Pero estos arrestos le duraban sólo días o un par de semanas, tras lo cual se evaporaba y la contienda requería un nombre que a esas alturas era el del país: NN. Teníamos que inventarlo todo, pero para eso estábamos en santidad, y había el Corán, siete rosarios y un catálogo de extremaunción.

Cuando Natalia decía “tu cuerpo se repite”, estaba acusando a su madre, al Profesor Morales, a la Pequeña Lulú, a Sor Teresa, a Freud, al siglo veinte y a lo que nunca le dijeron. La caprichosa historia hizo que todas las Natalias del mundo fueran diosas, digo yo, y las dejaron masticando

ese poder que no pidieron. Los dioses se aburren, y por eso inventan las religiones. En la crisis Natalia arrojaba una espuma extraña y despotricaba por la insuficiencia y porque detestaba el femenino rol de ocultamiento y defensa del que no podía escapar y porque juraba furiosa que si dios había existido era un tipo machista, barbón y malhablado. Éste era el tipo de confusos razonamientos que ella dejaba caer en la mesa del desayuno cuando partía cerrando con un portazo y no volvía en semanas, buscando en otros cuerpos lo que tampoco hubiese podido encontrar en los infiernos.

Con el tiempo Natalia aprendió a esconderse en su sombrero de Al Capone y en las máscaras estampilladas en los muros. Desde allí ondulaba y salía a la temperatura mascullando secretos que yo nunca supe. “Catleas, catleas”, decía, en la mesa, en un bus, en un restorán o en un cementerio; pero no estaba Swann, apenas su desasosiego. Copular para ella podía ser una discreta operación de silencios y elipsis. Todo lo que podíamos decirnos era a través de las yemas de los dedos; lo demás había quedado en el mantel con los restos del arrollado, el picante y los bajativos. Sólo cabía el paréntesis de mi torpeza, nuestras torpezas. O invocaciones ternurientas de ella a mi femenino: decía haberse enamorado de todas las mujeres que me habitaban, y podía deleitarse al descubrirse ejerciendo el rol del bribón que instala a la sobrina sobre las rodillas y sudando y temblando le muestra con los dedos todos los secretos que dicen que tiene el mundo. Pero en otras venía la voltereta y lo padecían los vecinos. Natalia entonces era una guerrilla de vocablos y nadie podía detenerla.

Se rompía en un nudo de obscenidades del que sólo podía salir cuando desde alguna parte aparecía un calzón o un pañuelo blanco implorando una tregua. Montada a horcajadas sobre mí, o arrastrándome debajo de la cama, gritaba frases del tipo: “Párteme, mierda, o te rompo los cocos”. O: “Chorrea hasta que me salte por las orejas”. O: “Te voy a zumar hasta dejarte los testículos como platillos”. La verdad es que era feroz, pero el orden del mundo estaba en esos alaridos y había que seguir hasta las últimas, aunque capituláramos en el intento. A veces, claro, no me quedaba más que frenarla, insultarla y decirle que se fuera a la mierda. Me había hastiado, tenía el sexo hecho un guiñapo y del espinazo ni hablemos. Horas después me despertaba, restaurado, grande, ligero: los mares y las colinas estaban otra vez en su lugar, y de nuevo los placeres y los días tenían nombres reconocibles. Milagrosamente, había vuelto el orden en el universo. Entonces alcanzaba una copa, me reía mirando el techo, pensaba en cómo quiero a mis amigos, convocaba al piano de Cecil Taylor, preparaba la máquina de escribir y me detestaba menos que nunca. Natalia me había dejado ese poder y se había ido. No me era difícil imaginarla errando por la ciudad, celebrando la soledad y bebiendo por todo lo inalcanzable, por los destinos imposibles, por lo que nunca conocimos.

La llegada de Lucía puso el resto. Prácticas que tuvieron, durante un buen tiempo, la ambigua inocencia de juegos de colegiales de internado. Natalia solía detenerse en la mitad del coito, desenfundaba una risa y apuntaba con el dedo. “Lucía está escuchando”, decía, “aumentemos el ruido”. Y

comenzaba a soltar gemidos, bocanadas de simio y plañidos patibularios. Después salía de la pieza y se paseaba desnuda y transpirada por la casa, instándome a hacer lo mismo. No me quedaba otra que intentarlo, caminar en cueros por los pasillos, pero cuando me topaba con Lucía no se me ocurría qué decir y le hacía preguntas distractivas como: “¿Cuándo comienza el campeonato mundial de fútbol?” Al poco andar, sin embargo, Lucía fue adueñándose de estas situaciones. Si yo andaba desnudo y chocaba con ella a la salida del baño, por ejemplo, la muy bestia se adelantaba a cualquier necesidad que yo dijera y me propinaba literalmente un golpe bajo: se quedaba observándome los genitales. Lo peor es que lo hacía con una desagradable curiosidad de orden científico. En fin. Cuando se encontraba con Natalia en la misma situación, en cambio, era incapaz de ocultar su confusión y se retiraba con elegancia. Natalia entonces volvía excitada a la pieza y me saltaba encima, dejando la puerta abierta.

Por esos días Natalia desenfundó obsesiones inquietantes. No se cansaba de desvestirse delante de la ventana cantando ostentosamente madrigales de Monteverdi y arias de Donizetti. Salía a la calle con faldones de muslo abierto que nunca antes se había probado y no paraba de recoger papeles o inventar precarias excusas para reclinarse en las más extrañas posiciones. Jugaba a la pimpinela con shorts y blusas transparentes, provocaba discretamente a los colegiales con un escote que insinuaba un par de antidepresivos temibles y se iba al zoológico a ver el emparejamiento de los animales. El de los rinocerontes,

según ella, era un culeo formidable, pero jamás supe por qué pues se limitaba a volver ensimismada y se encerraba en el baño. Una tarde se fue a meter a un camarín de futbolistas por Macul y la batahola fue asombrosa: alcanzó a huir por una cuestión de segundos. En otra se abocó a deambular delante de una construcción y volvió con una calentura de madres, con las piernas empapadas y una libreta anotada con las frases que le gritaron. En algún momento me pidió que la acompañara en ciertos experimentos. Uno de ellos consistía en meternos en el bus más lleno y yo debía arreglármelas para clavarla desde la retaguardia, pero el asunto terminó de golpe porque fuimos sorprendidos por una gorda que no tardó en entrometerse; su único error fue insinuar el chantaje de que, si no la dejábamos participar, nos denunciaría al chofer. Asunto terminado. Otro consistía en que debíamos entrar en un bus como si no nos conociéramos, pararnos espalda contra espalda y entonces yo debía ponerle visiblemente la mano en el culo. No demoraba en saltar el galán de turno, que me increpaba con dureza, ante lo cual Natalia consumaba la operación diciéndole qué te metes en lo que no te incumbe hijo de puta. Impecable. Lo malo fue que en una de esas se envalentonó de todos modos un petiso y Natalia tuvo que intervenir metiéndole un ápercat en el mentón que lo mandó al quirófano y nos obligó a pagarle todos los gastos.

En la matriz de todas estas prácticas, por cierto, estaba Lucía, ángel introvertido que se nos había cruzado y nos esperaba en la casa y nos leía textos extraños y lo llenaba todo y lo fumaba todo y lo sabía todo, maldita sea.

8

Eso era. Debíamos entrarles a los días como una foto de perfil, debíamos decirnos secretos al oído, pero no todos, y no preguntar por qué llorábamos a la salida de los cines. La lluvia era una excusa como cualquier otra, y Natalia aprendió la ciencia de descifrarla sin que nadie la viera despoticar o quejarse. Estábamos muy cerca de hacernos polvo cuando apareció Lucía con nueva cuenta y abriendo puertas y ventanas, aunque confieso que siempre estábamos al borde de hacernos polvo. Fue un respiro cuando pudimos arrendar la cabaña de Playa Blanca, porque Santiago se nos venía con todo su peso y su infamia. Cuestión de piraterías. Pero nada era suficiente si no éramos capaces de seguir saltando con un pie en el marco de las ventanas, poniéndole trampas a la memoria, bebiendo sin perder la dignidad y con máscaras de dioses. No era fácil, porque había que arreglárselas con el amor tremendo de Natalia; todo le cabía

en la mochila, y ese amor también: comenzó a rondar a Lucía como una perra famélica y herida, nunca de un modo tan secreto, pero todos debíamos hacer como si lo fuera. Por primera vez Natalia era quebradiza, y hacía preguntas lamentables, y se iba y en las calles buscaba cuerpos inútiles y volvía preguntando qué hago, qué cresta hago. Lucía se había parapetado en un fuerte de libros, omisiones y ternuras. En las comidas levantábamos las tres copas como si cada noche fuese la de la despedida, inventábamos historias obscenas, discurríamos fábulas y conjeturas y narrábamos anécdotas de infancia. Después nos daba por bailar turnándonos, por tocarnos con la excusa de que nos tomábamos la temperatura y por subirnos al techo con la compañía de un amable botellón, haciendo de la música un paseo dominical de niños huérfanos, entablando patéticas apuestas sobre el destino de las estrellas, dejando que las horas se hicieran cargo de toda nuestra furia, hablando de revoluciones, de viajes a Oriente y de gallos de medianoche: ejercíamos nuestros mejores talentos para engañar a la tristeza.

Fueron semanas en las que pensamos todo eso que no podíamos pensar y en las que nos perdonamos ciertas infamias y dos o tres silencios criminales. De golpe Natalia se había quedado sin su fuerza: contenía la inveterada verborrea, olvidaba el sombrero en los bares y juraba encontrarse de noche con “un gran angular homicida” cuando se miraba al espejo. Rondaba a Lucía a la manera de los quiltros y sin hacer preguntas. Se tocaban y en tocarse era el mismo juego, pero nadie mencionaba el miserable

talante del mundo que nos había tocado ni el paréntesis de promesas nunca consumadas. Natalia tenía mucho miedo, y no sabía tenerlo. Se la comía la tentación de romper todas las reglas del pavor, pero se sabe: el miedo no perdona. Lucía la miraba, aunque pocas veces a los ojos, y se dejaba querer como si se tratara de un paseo leve por el Parque Forestal, sin arriesgarlo todo pero dejando territorios de la nada, al modo de una colegiala o una cortesana, y acudiendo a mí cuando la tensión se hacía exasperante. La verdad es que Natalia sufría mucho: no sabía qué hacer con ese amor tan brutal y tan extraño, no sabía si dejarse caer por fin o si seguir rondando impunemente.

En ese póker yo pendía en el medio, hacía el aseo, me ocupaba de la cocina y me reía escondido debajo de las mesas porque cómo me querían, dos mujeres tan mejores que yo me querían con hambre porque era todo el amor que les estaba permitido expresar: me protegían, me hacían regalos, me inventaban nombres y me besuqueaban en el pelo, probablemente por temor a que en esa marea salvaje yo me fuera a suicidar sin que nadie se diera cuenta.

Vivir con dos mujeres en el borde, nadar entre ellas como un recién parido, dejarme musicar rozando el mundo en un estado de hipnosis patibularia y de sueño profundo, quedarme afuera de la tina riendo a carcajazos y vomitando a horcajadas mi pasado, todo eso me llevó a pensar en Paola y Odette, quién sabe por qué: eran dos historias tan distintas como juntar en los postres las campanadas del Juicio Final y el encuentro casual en el metro con tu peluquero, pero se me metió en el coco y ya está: me

bastaba estar apenas un poco ebrio y a Lucía la llamaba Odette y a Natalia le decía Paola, y Natalia soltaba una risotada porque sabía, y Lucía preguntaba quiénes son, por qué inventas esos nombres. Espléndidas tipas, Paola y Odette. Las conocí en una de las fugas de Natalia, disparado yo en una de esas correrías por Santiago que como que caminas hacia atrás y con ganas de recibir un llamado cuando pasas cerca de un teléfono público. No recuerdo cómo, al rato me arrastraron al Bar Hollywood, donde ejecutaban un estriptís formidable que las había transformado en el plato de fondo del espectáculo: *Las Hermanitas Tetón de Antofagasta*. La verdad es que Odette desplegaba una sensualidad del carajo. Cuando se movía en el escenario, cuando se contoneaba y se desvestía, cuando sudaba y suspiraba, era difícil no sufrir las más porfiadas erecciones, lo juro. Bastó que ella asomara tras un espejo y se instalara en la barra para que yo me zambullera sin red de protección. Al poco rato estábamos en un tête-à-tête inconfesable y chorreándonos nuestras miserables vidas, mientras yo aventuraba mis manos en territorio prohibido. Enseguida me quedó claro que Odette era el tipo de mujer que te revuelve el pelo y te pone la cabeza entre los pechos para que le muerdas los pezones mientras te pide que le cuentes todo lo que quieras y por tiempo indefinido. Después apareció Paola, se sentó a mis espaldas en la misma barra y le dio por decirme obscenidades al oído. Terminé, claro, gastando lo que no tenía y apelando al viejo recurso de dejar el reloj. Pero eso fue lo de menos: en medio de la refriega me contaron de sus lastimosos avatares por Santiago, con un

suelo que no les alcanzaba ni para la pensión, y terminé invitándolas a quedarse en mi casa, naturalmente.

Al día siguiente llegaron con un catre, un gato, un baúl, un espejo, varios bikinis de seda, algunas joyas de hojalata y un saco de risas. Paola poseía un desmesurado sentido del orden y la limpieza. Odette ejercía hasta las últimas consecuencias su rol de hermana menor, soportando con relativo estoicismo los reproches permanentes de Paola. Confieso que la casa llegó a ser un revoltijo de collares, sudores, pantorrillas, platos sucios, calzones, botellas y carcajadas. Con todo, durante algunos días mantuvimos la compostura, por así decirlo, repitiendo el discurso de que no había que mezclar lo que no se podía y desvistiéndonos por turno en el baño. La verdad es que en esa ambigua promiscuidad yo veía venir el encontronazo con la dicharachera Odette, pero para mi sorpresa fue Paola la que se deslizó hasta mi colchón por la tercera noche.

—Si haces un solo ruido, te mato —dijo.

El abordaje fue asombroso. Me tapó la boca con las dos manos y amenazó con mordirme la nariz. Quizá creyó que yo aventaría una carcajada, o me pondría a roncar, o empezaría a chillar espantado, quién sabe. Cuando vio que estaba quieto como un champiñón, fue aflojando y me auscultó con una mano entre las piernas. “A ver cómo está eso”, dijo. Me sacó el pijama como si se tratara de una operación de microcirugía, saltó arriba mío y abrió una escaramuza tan silenciosa que podría haber sido un ejercicio de precisión matemática. Yo me dejaba hacer, miraba el techo, tenía seguramente una de esas sonrisas maravillo-

samente estúpidas y pensaba que era como abrazar a un fantasma, en cámara lenta y poniendo marcha atrás cada vez que chirriaban más de la cuenta los resortes del catre. Cuando desperté, al día siguiente, Paola estaba otra vez en su cama, durmiendo, con un brazo cruzado sobre los hombros sudados de su hermana.

Cada noche, cuando llegaban del Holly-wood como a las cuatro de la mañana, se repetía la operación: hacían todos los esfuerzos imaginables para no despertarme, pero resultaba inútil, porque era humanamente imposible para Odette no dejar caer algo al suelo, o pisar el teléfono, o soltar una carcajada. Después se quitaban las cremas y el rimmel, se metían a la cama, se decían buenas noches, Odette se dormía y entonces Paola saltaba sigilosa encima mío. Nunca podré saber qué efectos le provocaba el Holly-wood, ni qué hacía o no hacía allí, pero la verdad es que Paola llegaba cargada, llena de jugos, ya en tierra de nadie y disparaba que ni les cuento. Yo tenía tanto sueño que me dejaba cocinar con los ojos pegados, como pocas veces, sin pensar en nada y soñando casi a voluntad con emparedados, lomos a las brasas y fritangas de criadillas con queso parmesano: entraba en Paola como se entra en un convento en épocas de guerra. Ella me empapaba entero y me obligaba a abrir los ojos sacudiéndome la cabeza con las tetas como lo haría un boxeador peso ligero. A la cuarta o quinta noche ocurrió lo inevitable: en mitad de la escaramuza advertimos que Odette estaba de pie delante nuestro, semidormida y desnuda, sonriendo como la madonna y con las manos en la cintura.

—Qué cabrones egoístas —dijo.

No nos quedó otra que juntar las dos camas. A partir de ese momento fuimos una batalla de huesos cateándose, arañándose y haciéndose polvo y nada. En los días que siguieron nos buscábamos a todas horas y con cualquier motivo. Odette hablaba demasiado, pero reía una maravilla. Paola tenía entre las piernas una caverna de petróleo en la que yo podría haberme perdido por el resto de mis días. Me hacían comer kilos de pasta y me metían jarrones de vino con la pueril esperanza de encontrar allí las energías que permitieran a mi cuerpo estar a la altura del deseo. Perdí cinco kilos y se me cayó un buen poco el pelo, pero juro que no fue una experiencia tan atroz. Con todo, no pude dejar de constatar que Paola recriminaba periódicamente a Odette su lasitud, su entrega descuidada, su indolente calentura. Además, Paola y Odette eran hermanas tan hermanas que a menudo exigían estar sólo ellas en el combate: yo debía limitarme a organizar la música, apagar o encender las luces según el caso, poner a punto el vino y observarlas abrazarse con el fervor de Paola y la elegancia animal que Odette exudaba sin darse cuenta. Era plácido quedarme ahí, en la banca, fuera de la escena, con la verga dormida o reposando o manoseándome como quien asiste a una partida de palitroques.

Llegó un momento en que comencé a preguntarme qué haría Natalia si volvía a casa y se encontraba con este cuadro; la sola idea me fue pareciendo crecientemente atractiva con el correr de los días. Trataba de imaginar qué diría si entraba un domingo por la mañana y me descubría

hecho un jamón entre Paola y Odette, buscando la almohada y lavándoles el pelo con una copa de vino. ¿Qué haría Natalia? ¿Se lanzaría al abordaje? ¿Traería un sillón y se consagraría a observarnos, fumando una pipa? ¿Instalaría la Cannon y los focos? ¿Pondría la cafetera y subiría el volumen de la música tarareando como si nada? ¿Se sentaría delante nuestro y se pondría a escribir una bucólica carta a su abuela irlandesa? ¿Se abocaría a corregir las contorsiones eróticas de Odette? ¿Se metería en un rincón a hablar de hombres con Paola? ¿Volcaría la salamandra y acto seguido llamaría discretamente a los bomberos? ¿Montaría con un plumero sobre una silla lanzando pullas, hurras y serpentinas? ¿Soltaría una risa tal que tendríamos que llamar a una ambulancia? ¿Se masturbaría, se peinaría, comenzaría a hablar por teléfono, a probarse algunas máscaras, a preparar una ensalada?

Nunca pude saberlo, porque Natalia no se apareció y como a las dos semanas a Paola le vino una crisis de misticismo que acabó de golpe con la convivencia. Un desastre. Pensé que Paola se había desquiciado, pero no, estaba en todos sus cabales y eso era lo peor. Me había quedado dormido a los pies de la cama, con la cabeza metida entre las piernas de Odette, y al despertar fue la sorpresa: Paola estaba de pie, delante nuestro, con un martillo y una estaca puntuda de madera.

—Disculpa, querido, pero tengo que matarte —dijo.

Pensé que estaba bromeando y me acordé de dos cosas: de Jossie Bliss rondando al otro lado del mosquitero con un cuchillo de carnicería, reflexionando si mataba o no al

bueno de Neruda, y del argentino que nos interrumpió cuando bebíamos con el Gordo en Il Successo. Yo había mirado más de la cuenta a su graciosa novia, supongo, porque el tipo se puso furioso, llegó hasta nuestra mesa, me tomó de las solapas, levantó el puño izquierdo y gruñó:

—¿Querés que te rompa la jeta, che?

—En términos generales, no —dije.

Terminamos los cuatro sentados a la mesa. Después de todo, el argentino resultó no ser un mal tipo, aunque al rato estaba tan borracho que se desplomó y no hubo modo de levantarlo. A esas alturas yo también estaba un tanto ebrio, de modo que el Gordo tuvo que ocuparse buenamente de la muchacha. “Es tarde y el barrio puede ser peligroso, nunca se sabe”, declaró.

El asunto, en fin, es que Paola estaba ahí, apuntando con la estaca y el martillo, como desquiciada pero sin estar desquiciada, y la cosa iba en serio. Odette se despertó con un grito y se refugió tras las almohadas. “Me parece que también voy a tener que sacrificarte a ti, hermanita”, dijo Paola. “Entiendan, estamos todos poseídos. Estamos pecando. Estamos pecando y podridos”. Lo único que yo tenía claro era que había que hacer algo, y rápido, pero qué. Con los ojos desencajados, Paola levantó el martillo y me apuntó acezando: “Tú eres Satanás”, dijo. “Escucha, Odette, Satanás se apropió del cuerpo de este huevón. Caímos todos en su red. Hablé con el Señor mientras dormía esta noche. Me indicó lo que tenía que hacer. Todavía podemos salvarnos del castigo eterno. Escaparles a las tinieblas. No

teman. Sólo tengo que clavarles esto. Arrancarles el corazón. Nada más”.

Fue cuestión de segundos. No me di ni cuenta cuando Odette estaba encima de ella y se revolcaban por el suelo. Entonces salté yo también y pude apropiarme del martillo. El resto fue un trámite de tirones de pelo, mordeduras, arañazos y alaridos, pero lo peor había pasado. Paola estaba en un auténtico trance: sudaba frío, temblaba mordiéndose la lengua y le salía espuma verde por la boca. Pero ése era un estado que naturalmente yo conocía a cabalidad desde que vivía con Natalia, y sabía el único recurso: ternura, o una alquimia por el estilo. Al poco rato Paola se había dormido, luego de echarse tres calmantes y cuatro piscos, y de decirnos que nos quería mucho, que era feliz y que quería ser buena chica.

Odette y Paola se fueron con sus bártulos al día siguiente. Nunca más las volví a ver, aunque en la despedida nos invadió una deplorable melancolía y juramos reeditar la experiencia. Romanticones irreparables, los tres. Alguien me contó que poco tiempo después se fueron a Porto Alegre cuando un fin de semana pasó por el Hollywood un carioca cantor y tamborista, y Odette aseguró que se había enamorado hasta los tuétanos. Habrán seguido enloqueciendo brasileños, qué duda cabe, siempre muertas de hambre, peleándose sin motivo, queriéndose hasta las últimas y dejando ese pedazo de mundo para ellas solas. Qué fría, qué enorme me pareció la casa cuando se fueron.

9

El punto de partida era *El baile de las máscaras*, de Ensor, que colgaba sobre la puerta. La sensación de que empezábamos y terminábamos ahí nos llenaba de satisfacción. Era domingo. Abrimos las ventanas, tiramos el diario sin leerlo y hablamos con la suficiencia de quien no necesita de palabras. Ahí estábamos. Había corchos, papeles y libros repartidos por el suelo. Había aire de fiesta. Natalia se atropellaba frase a frase y proponía itinerarios. Lucía había aparecido con pasteles árabes y croissants, y el desayuno se transformó en el momento de la confabulación. Todo lo que ocurriera después ya no era culpa de nadie.

Ahí estábamos. Natalia nos miraba como si estuviera ante el encefalograma de un enfermo terminal, y contaba historias que ella tampoco creía. Apenas terminó el desayuno yo sugerí tomar las bicicletas, pero Lucía propuso caminar por la ciudad. Y eso hicimos. Acaso no hubiéramos

sabido hacer otra cosa. Partimos cautelosamente, como cansados de antemano, pero al poco andar tomamos vuelo y al mediodía terminamos por Cerrillos. A estas alturas hablábamos muy poco: nos limitábamos a mirar el mundo con disimulado estupor, y a hacer observaciones que sabíamos que nadie más entendería. No sabía decir cómo, por Malloco, fuimos a dar a una vieja estación. Nunca pude evitar conmoverme estúpidamente con las estaciones abandonadas. Entramos en un hangar donde había varias locomotoras tapadas de enredaderas y, quizá por qué, me acordé de Stefania. Linda tipa, Stefania. Tenía invariablemente los bolsillos de sus bluyines cargados de caracoles y no creía en dios, pero rezaba con fervor. Era el tipo de persona capaz de declarar que anda buscando su destino. No es del todo improbable que lo haya encontrado. Tenía coraje, era jugada; ponía sobre la mesa todas las fichas, y se atenía a las consecuencias. Un día se cortó el pelo al rape después de ver una película donde Ornella Mutti hacía lo mismo. El intento siguiente fue menos feliz: le dio por engordar porque creía que los gordos eran más felices. Un tiempo fue hippie, luego macrobiótica, después ferviente acólita de Mao y es posible que haya terminado trabajando como una bruta para mantener a siete críos. Le gustaban los trenes, y hacer el amor con desconocidos en un rincón de los vagones, pero odiaba los túneles y el hastío de los viajes largos. Se vestía de un modo relativamente escandaloso, aunque no se daba cuenta. No recuerdo cómo la conocí, pero sé que no nos separamos ni un minuto durante tres o cuatro días, y nunca olvidaré esa despedida en la Estación

Central: la pasamos discutiendo a propósito de unos billetes de mil pesos que ella insistía en meterme en los bolsillos, con el argumento de que de otro modo yo me iba a morir de hambre, y en ésas apareció el tren con destino Concepción, ella montó apurada y olvidamos anotar las direcciones.

Ahí estábamos, Lucía y Natalia desmalezando una locomotora y conversando con un señor que juraba ser el dueño de la estación, y yo pensando en Stefania y diciéndome que si estuviese aquí podría sentarme con ella entre los rieles y proponerle otro encierro de cuatro días y decirle que no me quiera tanto, pero que me quiera. Qué habrá sido de Stefania. Alguna vez me pregunté a qué atinó, qué gesto hizo en el momento en que advirtió que habíamos olvidado las direcciones. No es insensato concebirla volviendo a la estación esa misma noche con la esperanza de encontrarme aún allí, pero es más probable que ni siquiera haya reparado en ese olvido y jamás haya pensado en el asunto. En lo que respecta a mí, partí en los días siguientes a Concepción con la idea de emprender la búsqueda más acuciosa, pero en el camino conocí a una colombiana tetona y fabuladora que me impidió llegar a destino y que desapareció al día siguiente con mi carnet, mi billetera y el reloj. Cuando les conté de Stefania, Lucía propuso que partiéramos de inmediato a Concepción con la promesa de no volver a Santiago hasta encontrarla. “Yo me ocupo de que nadie nos desvíe del camino”, juró. A Natalia en cambio le pareció más intrigante la historia de la ladrona, hizo varias preguntas sobre ella y me pidió que se la

describiera con detalles. Entretanto habíamos ido a dar a una fuente de soda atendida por una señora con un humor de perros, donde lo único que había era cerveza, y caliente. Desde algún lugar se filtraba el relato radial de un partido de fútbol. Durante un rato hablamos de cualquier cosa, incitando a la modorra, instalados en eso que llamábamos estado de flotación. “Qué voy a hacer con ustedes”, dijo Natalia, “los quiero tanto”. Después preguntamos si había un dominó, y no había, pero a ninguno le importó. En algún momento Natalia se paró al baño, y al rato advertimos que había conseguido, a espaldas de la señora, que el cantinero le prestara la ducha. Debajo del agua estaba cantando algo, pero no se oía bien por el fútbol en la radio. Fue entonces cuando Lucía me apretó el brazo, murmuró algo sobre el deseo y sobre Natalia, y soltó:

—No sé qué hacer.

Levanté las cejas a la manera de Jack Nicholson, supongo, y la miré como se mira a alguien a quien tú quieres incitar a hablar si tiene ganas. Lucía encendió un cigarrillo y miró instintivamente hacia el baño, con lo cual me introdujo sin preguntar en el incómodo territorio del secreto. Y entonces lo supe: Natalia, en ese minuto, *estaba fuera*. ¿Alguien tenía que quedarse fuera? ¿Era ineludible la *traición* para querernos? Cómo saberlo. Por el momento estábamos ahí (la ambigüedad, el cateo, la incertidumbre, la nada misma), y era suficiente. Lucía me tomó una mano y nadie dijo nada. Eso bastó. En diversas ocasiones yo oí a Lucía sostener que la palabra es la expresión de la insuficiencia, que acudimos a ella en función de la precariedad,

que la utopía de la inteligencia total lleva a prescindir completamente de palabras. Algo por el estilo. Ahí, apretándole una mano, en silencio, entendí algo, juro que entendí algo, aunque maldita sea si sabía qué era todo esto, dónde andábamos, qué estábamos buscando, qué debíamos hacer, por qué esa abrumadora sensación de puerto terminal, la oscura certidumbre de que todo iba a reventar como el carajo. Teníamos que buscarnos, eso estaba claro, pero era lo único que estaba claro.

No sabría decir cuánto rato pasó. Cuando Natalia volvió a la mesa, con el pelo mojado y contando que en la ducha había un ratón ahogado, soltamos nuestras manos y yo las miré a ambas, y me mandé al seco la asquerosa cerveza, y me negué a decir de qué me estaba riendo, y me convencí de que no teníamos otra que seguir ahí, botando el humo y las palabras sin ningún asco y obligados a creer que todo eso era verdad. Y lo era: Lucía declaró que el pelo mojado de Natalia era perturbador y se lo llevó a la cara. Natalia se rió, pero no pudo sostener el momento y cambió de tema, planteando que teníamos que “dejar las vísceras sobre la mesa”, o algo así, y yo pensé que bien podíamos ponerlas en barbecho o a secar al sol. Daba lo mismo. Me limité a recordar que al teléfono nos decíamos tanta estupidez porque nos seducía desmedidamente la idea de que *alguien* estaba escuchando, de que *alguien* nos seguía el paso segundo a segundo, acumulando kárdex y llenando fichas y citas y fechas: resultaba tentadora la idea de que estábamos en peligro, aunque nadie decía nada cuando nos enterábamos de que alguno de nuestros amigos estaba

preso o reventado. Pero entonces Lucía medio al pasar mencionó a Luchito, y yo supe que no tenía nada más que decir, porque Luchito era de ellas, y me limité a seguir mirándolas, y ellas hablaban y se tocaban apenas, y era un homenaje al puto amor que hubiera hecho llorar a cualquiera menos al tipo más feliz, lo juro, y era cierto que el cuarteto dieciséis no era imprescindible, como decía Natalia, era cierto que el hombre a esas alturas ya estaba en otra, con los ángeles y los muertos y al otro lado. Luchito era Luchito, y de un modo oscuro, incomprensible, les pertenecía completamente.

Para qué voy a decir una cosa por otra: no resistí. Con la excusa de que tenía ganas de seguir la caminata, me mandé cambiar. En la puerta me volví para despedirme, pero no se dieron cuenta, y entonces me dije que me hubiera gustado saber qué opinaba Hurtadito, pero antes, como siempre, pensé en el Gordo. Grande tipo, el Gordo. Arrastraba sus ciento veinte kilos con la más alegre parsimonia y tenía la capacidad de transformarse en nuestro padre, o algo por el estilo. El Gordo era el primero en el que se pensaba cuando uno andaba desolado más de la cuenta. De nuestros amigos no conocía a ninguno que alguna vez no transcurriera una convalecencia o borrachera en su casa. En esos momentos el Gordo te colgaba sus manazas en el hombro, te contaba alguna historia de Julio Verne o Sherlock Holmes, te prestaba sus asquerosas pantuflas y te alimentaba con buen vino. Cuando tendías a la indignancia, él siempre *por azar* estaba empezando a comer cuando tú llegabas. “Bah, justo me disponía a mandarme un bisteco

con papas rellenas”, decía, estirándote una silla y un par de cubiertos, y aquello ocurría lo mismo si llegabas a las cinco de la tarde o a las tres de la mañana, y en una de esas lo podías sorprender detrás de la puerta de la cocina rociando con vitaminas el plato que se disponía a poner delante de tus narices. “Es de huevón ponerse flaco”, decía, como pidiendo excusas. Nunca vi a alguien que comiera como él. Engullía lo que le pusieran al alcance. Una vez apostamos a quién se tragaba más lomitos en la Fuente Alemana, y tuve que sacarlo a empujones para evitar la bancarrota. El tipo tenía la virtud de *decir* el placer que le producía cada bocado. En la mitad de la masticada no podía impedirse comentarios del estilo: “Ummmmm, a esto le falta un par de segundos de cocción, pero está sencillamente delicioso, ummmmm”. La verdad es que el Gordo podía ser bastante insoportable cuando bebía demasiado, pero cada vez que tú entrabas a su casa sentías que estabas acogtiéndote a buen puerto, que le dicen. Era notable. Dado que nunca faltaba el huevón que llegaba contando que había visto a Natalia con un tipo, el Gordo se sentía en la curiosa obligación de protegerme, y lo hacía valiéndose de los más curiosos argumentos. “No te preocupes”, decía, “el tipo con el que la vieron tiene una verruga siniestra en el cuello”. O: “Es un tontón: ese género de individuo al que tú ves y lo único que te vienen son ganas de meterle la cabeza en una tina con jabón hasta que le salgan burbujas por las orejas”. O: “No te inquietes, al infeliz no le queda mucho: tiene leucemia”. O: “Qué va, es la clase de imbécil que escucha las pianolas menopáusicas de Jarret, o Hancock, o Corea”. Confieso

que estos argumentos no resultaban muy eficaces, pero entonces, cuando el Gordo advertía que su oratoria no estaba dando un gran resultado, cuando me veía hundido y aportillado en la espera, sacaba de la manga el recurso definitivo diciendo:

–Va a volver.

Y era cierto: sólo un cabrón muy miserable habría concebido la posibilidad de que Natalia no volviera.

100

Caminar por Santiago, entre su morriña y su infamia, era uno de esos placeres intransables. Pero había que hacerlo como si nada estuviese ocurriendo ni hubiese ocurrido ni fuera a ocurrir jamás, con un sombrero blanco, un bastón de roble y un buen pucho en la boca. Lo mejor era tararear una tonada mentirosa del tipo *Gracias a la vida*, evocar con variaciones un buen chiste y peinarse discretamente los pendejos con una mano en el bolsillo mientras uno deambulaba por esas calles sin apuro, ni dirección, ni ambiciones. En ese estado me venían las mejores ideas, lo juro, aunque después las olvidara distraído por una mujer que atravesó la vereda o por un ciego que tocaba malamente su flautín. Los muertos se habían acumulado a tal punto que impregnaban cada partícula de la ciudad, pero siempre había modos de incorporar esa alquimia en un consomé picante que tragabas con los ojos cerrados y los codos

clavados en la barra. Entonces te mandabas un tequila al seco y le decías alguna estupidez a Ramoncito, que te respondía con el desdén amable de cualquier barman que se precie, y después levantabas la cabeza y veías en la misma barra a una viuda que apestaba a whisky y tenía el rouge corrido, y brindaban chocando ostentosamente las copas, con un dejo de ternura pero sin grande convicción, y ella te contaba de su hija que estudiaba en la universidad y después se aproximaba preguntándote por la marca del after shave y después insistía en pagarte la siguiente copa, pero Ramoncito se adelantaba: paga la casa.

Lo teníamos todo puesto para estar en Santiago, eso es lo que quiero decir. Uno tenía que instalar el ojo, pero no tanto, porque un oftalmólogo cesante podía arrancártelo sin que te dieras cuenta, y entonces tenías que reírte solo, como siempre, y te dabas cuenta de que nadie más habría entendido el chiste, y encogías los hombros, alegremente, y podías ver a un viejo picarón de nombre Bardamu tocando a Bach en las nalgas de una colegiala, un mocoso sin zapatos pidiendo perentoriamente un cigarrillo, un sujeto semidesnudo buscando a su mujer para pedirle perdón y a dios para meterle un balazo, un ingeniero entrando clandestino en un cine de culos, un ladrón jugándose el honor y las ganancias de un mal día en una mesa de billar, un muchacho practicando la amnesia en una sala de torturas, otro masturbándose en la Catedral, otro leyendo a Gorki, otro afinando un pitillo.

Vivíamos por la Plaza Italia y eso tenía sus ventajas. Era como ir al teatro y quedar en primera fila, ahí donde te

llegan los salivazos de los actores y si te descuidas te pisan una mano. Era ése el punto de arranque, cada mañana, esperando la vuelta de Natalia, aunque ya antes de abrir un ojo sentías el aullido histérico y el aceite hirviendo que bautizaba las cabezas de cada uno de los habitantes de la ciudad. La Plaza Italia era una aduana enquistada justo en el ombligo del cadáver: desde allí yo asomaba, metiéndome de un solo chapuzón en esa marea humana que se arrastraba crepitando en un nudo de pasiones, ascos, rebeldías y miserias, y me abría paso a los tropezones, y en el tumulto éramos una sola masa informe y desdentada que a su paso iba dejando una estela de pestilencias y enfermedades. Con todo, entre la pólvora marcial y la carroña, te sentías vivo. Caminar por Santiago te quitaba peso, y no era tan difícil creer que ibas avanzando en un colchón inflable, aunque nunca faltara el gracioso que te ponía una chincheta o un fósforo encendido. En toda la ciudad no existía ni una sola calle donde no pudieras oxigenarte con un poco de vino blanco, ni una sola esquina donde no estuvieras a punto de ver a un tipo rayándole la yugular a un desconocido. Pero siempre te quedaba en el cuerpo ese maldito olor a cadáver que te ponía en tierra: el síndrome del sujeto que salta desde el sexto piso y cuando va por el cuarto se lo come la angustia porque recuerda que olvidó desconectar la fotocopidora de la empresa.

Yo recorría Santiago y trataba de descubrir cómo hacer para no pensar en Natalia. En ésas andaba, silbando un poco, acudiendo al botellín de vodka, examinando minuciosamente las carteleras de los cines y pensando en los

muertos y en los vivos y en los otros, pero no en esa mujer que andaba quizá dónde olvidando su sombrero. Qué hacer, yo la esperaba. Y en riguroso silencio me tragaba la ira cuando la confundía con la espalda de otra mujer, y examinaba ciertos zócalos, y preguntaba en las comisarías, nunca se sabe, con la actitud final del veterano de guerra que golpea contra las puertas su muñón y descubre sin asombro que ya no tiene amigos, ni casa, ni amante. “No salgas a la calle sin un bisturí”, dictaba la paranoia de Hurtadito, pero yo olvidaba todas sus recomendaciones y me hacía el gracioso y atinaba piruetas tontonas con el humo del cigarro, y entonces me metía en una apestosa fuente de soda y en la barra un tipo me decía “soy chileno”, con espantoso orgullo, y yo me quedaba mirándolo como se mira a un extraterrestre y rompía en una carcajada en su mismísimo caracho y me llevaba las manos a la panza, pero no podía evitarlo: más miraba al tipo y más grande era la risa.

Natalia insistía en que todos estábamos un poquito dementes, y era cierto: llevando todo tipo de boletos inservibles en los bolsillos, sobrevolábamos la ciudad con aire de choferes de carroza fúnebre, en la cívica actitud del que se instala silbando en el urinario y mea fuera por el esfuerzo de esquivar a los ratones. Nos jugábamos en ésa, rodando con el viejo Céline al fondo de la noche, o dejándonos caer en alguna botillería, a la salida de un cineclub, con invariable paso de ortopedia y con los dientes flotando en un vaso de aguarrás. Todos estábamos dementes porque nos habían quitado nuestro propio libreto, sin

aviso, y ahí habíamos quedado, sin poder decir palabra, con ovarios y testículos a la vista de la humanidad y colgando en el itinerario obligado de zopencos cretinos necios zopilotes papanatas estultos simplones ratones iletrados gaznápiros cernícalos mentecatos obtusos chambones que nos decían lo que teníamos que decir y pensar y soñar.

Habíamos sido inocentes, pero algo había ocurrido. Esta constatación, tal vez, propició lo que vendría después, aunque no teníamos cómo saberlo. Apenas atinamos a aferrarnos a lo único que había a mano: nosotros mismos. Fuimos inventando excusas para no darnos cuenta, y entonces apareció grandísima Lucía, con sus anteojos y sus ojeras, y enseguida supimos que había que quererla, aunque nadie supiera cómo, y la fuimos queriendo más que la cresta porque Lucía era Lucía. Natalia se enrabiaba con el mundo, y escupía diatribas como si escupiera lagartos y después se daba cuenta y pedía perdón y se encerraba en la pieza y sólo Lucía podía sacarla aproximándose sin zapatos y leyendo versos de Omar Khayyam, tras lo cual yo entraba al ruedo con una semierección disimulada, con un formidable plato de spaghetti con pesto y rezando los diez pecados capitales para practicarlos con mayor conocimiento de causa.

Lo que vino entonces fue una violencia discreta que a los pocos días se transformó en guerrilla: a esas alturas, Lucía y Natalia no podían estar mucho rato juntas sin que estallara alguna escaramuza. Discutían por los motivos más absurdos. Un día las encontraba en un peleón de madre a causa de un par de calcetines que nadie podía encontrar, o

de un guiso que alguien había quemado, y al siguiente estaban discutiendo si Cocteau en *Eterno retorno* había incluido a Madeleine Sologne por mero capricho o en una lúcida premonición de iconoclasta. No escabullían temas ni motivos, pero hay que admitirlo: el combate era el de dos estilistas. Pasaban de un tema a otro con argucias absurdas pero dignamente disfrazadas, con armazón, cinta y equipaje. Tú las podías ver discutiendo sobre la depredación ecológica y tras un magín imposible las veías enfrascadas en Capablanca y las probabilidades de coronación sin peones, tras lo cual, en ese orden o en el que fuera, venían Lili Marleen (que tenía un misterioso parecido con Lucía) y el loro Bakunin (que andaba medio olvidado) y Brahms (que tuvo la mala suerte de nacer inmediatamente después de Luchito) y Maradona (que les hizo un golazo a los ingleses en México), y en la mitad yo me extraviaba y me venía un sueño enorme y subía la música y me encerraba en el baño sin saber si en el lavatorio debía soltar una risa formidable o enviarme cuatro pastillas de tricalma o sencillamente deprimirme sin aspavientos como corresponde al tipo más feliz que yo era.

Lo asombroso era la capacidad que ellas tenían para no estar de acuerdo. Bastaba que alguna deslizara una opinión para que la otra contratacase rabiosamente. Lucía apelaba a esa especie de sabiduría tan suya y a recursos librescos, citando a autores desconocidos y extrayendo documentos y recortes de la manga. Natalia por su parte recurría a esa tremenda lucidez y a veces simplemente a la fortaleza: bastaba una palabra, un giro, una asociación mal empleada

por Lucía, para que ella arremetiera sin piedad. La irritación de los comienzos, sin embargo, fue desapareciendo paulatinamente. Algo se movió: comenzaron a mirarse desde afuera. El sarcasmo se fue atenuando y asomó una tibia condescendencia. La furia y lo que ella vehiculaba fueron trocándose en un humor mórbido que les quitó el picante a las discusiones, y a ellas las fue acercando otra vez de un modo ambiguamente fraternal, cargado de anhelos y promesas y preguntas y volantines.

111

Natalia ha partido después de decir: “Todo es tan frágil, mierda, no puedo más”. Pero olvidó el sombrero, que cuelga detrás de la puerta. Yo escribo, o trato, con la retaguardia de un campari. Lucía tiene un libro en las rodillas, pero yo sé que no está leyendo. Se ha concentrado, más bien, en darle el bajo a una botella de pisco. Nunca logré entender cómo la gente puede tomar pisco solo, y ni siquiera el peruano, que al menos te deja ese saborcillo y te quema la garganta. Lucía tiene algo que se me escapa, y cuando estoy a punto de enterarme se da una vuelta y quedo ahí, con el encendedor estirado. Qué hacer: ella es el tipo de persona que cuando va al cine paga dos entradas y sólo al ingresar se acuerda de que fue sola. Algo así. Ahora camina por las piezas, se detiene a ratos en el espejo de la entrada y va una y otra vez al tocadiscos para repetir a Luchito. Después se instala junto a la jaula de Bakunin y le

convida pisco, con el argumento de que el pobre loro necesita olvidarse de las burradas que dice, y sobre todo de las que oye.

—*Ubi solitudinem faciunt pacem appellant* —dice Lucía, pedante.

Luego me trataba de explicar el significado de la frase (*la soledad significa paz*, o algo por el estilo), y yo me pregunto a cuento de qué vino con eso ahora. Pero no digo nada. Me dispongo entonces a seguir escribiendo, pero advierto que dejé una línea en la mitad y no recuerdo cómo terminaba. Más aún: ignoro qué pudo llevarme a iniciar una frase tan abominable. Resuelvo borrarla sin más y no seguir dándole vueltas a esta clase de idioteces, porque podría llevarme a interpelaciones del estilo “¿para qué escribe usted?” Vaya interrogante inútil. Me hace pensar en esa noche, como a las cuatro de la mañana, cuando Natalia se levantó toda legañosa (quizá la despertó el ruido de la máquina, quizá tuvo ganas de orinar o de decirme cualquier cosa y no se le ocurrió nada mejor) y me preguntó:

—¿Para qué mierda escribes tanta huevada?

Ni siquiera esperó a que yo dijera algo. Simplemente dio media vuelta, se metió otra vez en la cama y se quedó dormida. Ahora Natalia no está, y yo todavía no sé qué responderle, y Lucía se queja de que la ebriedad le impide leer cruzándole las letras. Y sigue en lo suyo: dándole a la de pisco. La miro caminar, a los tumbos, con el inconfundible gesto de satisfacción de ciertos borrachos antes de caer en una monstruosa depresión, y descubro que hay algo que me perturba cuando la veo así. Acaso porque con la ebriedad

despunta en ella un asomo de vulgaridad. Acaso porque adopta una insoportable actitud de huérfana mal amamantada y, claro, el que se queda solo y en pelotas soy yo. Cómo saberlo. Después llega hasta la mesa y toma mis papeles. Pero no lee. A estas alturas no puede. No puede nada. “Estoy malita”, dice. Da otra vuelta por ahí, tambaleándose, y vuelve. Me pide un cigarrillo. Lo enciende. Se reclina y con los codos en la mesa y el escote a la vista se dedica a mirarme con una sonrisa tan inocultablemente boba como el aspaviento de mi tentativa de seguir escribiendo. Permanece algún rato de ese modo, hasta que le digo que se deje de tonteras, que no hinche, que se vaya. Entonces tropieza con un macetero y cae. Sentada en el suelo, suelta una especie de gimoteo, pero después, de espaldas, se ríe. Luego se queda en silencio hasta que, sin abrir los ojos, dice: “Entre un baile y el otro llegó el año siguiente, que fue el año de una frase que se transformó en emblema, la usábamos hasta el abuso porque iba bien para las más variadas circunstancias: no encontrarse en una cita, gastar más de lo que teníamos, olvidar un compromiso solemne, leer un libro considerado excelente y que en cambio era un aburrimiento mortal: todos los errores, los malentendidos y los resbalones que nos sucedían eran *un piccolo equivoco senza importanza*”. Lucía lo dice en italiano, y ella sabe que yo sé que no es un alarde, y sabe que Tabucchi puede conmoverme hasta los huesos, y sabe que entre un baile y el otro seguiremos incurriendo en pequeños equívocos sin importancia, y otros equívocos sin remedio, aunque entonces todavía no ha sucedido el baile más feliz, y yo la miro sin

saber cómo mirarla, y pienso en sus tobillos, pero no tanto, y le pregunto si tiene a mano un libro de Tabucchi porque al tipo me vinieron ganas de darle un abrazo, pero ella no me oye: abre los ojos, apenas, siempre de espaldas en el suelo, y suelta una cadena de observaciones sobre lo que ve en el techo. Habla de mapas, de fantasmas, de brujas, de las manchas de humedad que la asustaban cuando niña. Luego dice que detesta los techos porque la quisieron condenar a hacer el amor mirándolos. “Esto tú no podrías entenderlo”, dice, y entonces agrega:

—Qué mierda. ¿No te gusto?

Otra vez Lucía cierra los ojos y arremete con lo del techo, pero a estas alturas no se le entiende nada. Y yo, claro, me quedo masticando la frase: *¿no te gusto?* Qué huevada: *¿no te gusto?* Entonces reparo en que no me queda otra que atinar a lo de Woody Allen cuando mira a la cámara, alza las cejas y pregunta: “¿Qué habrá querido decir con eso?” Me levanto, doy un par de vueltas por la pieza y me vienen ganas de hacerle veintidós preguntas, pero sé que no es el momento para preguntas, y no alcanzo a enterarme de qué cresta es el momento, porque descubro que se quedó dormida. Maldición. La levanto trabajosamente, la llevo hasta la cama, le tiro encima una sábana y vuelvo a la mesa. Naturalmente, no puedo escribir. Entonces subo la música, me encierro en el baño, me meto en la tina y lenta, juiciosamente, me masturbo.

12

No teníamos noticias de Natalia desde hacía varios días cuando el Gordo me despertó con un telefonazo de madrugada y dijo o gritó algo sobre ella. Yo andaba con una resaca tremenda, los párpados me pesaban como peñascos, de modo que le pedí que me llamara más tarde, durante el día. “No seas imbécil”, dijo, “vente para acá inmediatamente. Natalia se metió debajo de una mesa y no quiere salir. Nadie se le puede acercar. Está hecha un trapo. Habla unas huevadas sobre Beethoven y sobre esa Lucía. Vomitó tres veces, pero de ahí no la mueve nadie. Vente ahora mismo. Ahora mismo”.

El Gordo tenía la peculiaridad de darle tonos y matices a la desesperación. Le metía olores y un poco de ajo, y nadie como él sabía decir el reventón en que estábamos metidos. Le resultaba fácil. Podía tomar la biblia y leerla en voz alta, o repetir el informe policial de un parricidio, o el parte de

un bautizo, y todos sabíamos que había que mojarse. Eso bastaba. Nos hablábamos, nos insultábamos y nos queríamos en la desesperación. Era la credencial y el número de identidad. Nos reconocíamos en ella. Periódicamente alguno se sacaba la cresta, o más bien se la sacaban, y los que quedábamos ahí teníamos que bajar al acantilado con un pañuelo o una máscara antigases, recoger los pedazos, reconstruir lo que quedara, arrancar lo que estuviera muy podrido, propinarle un boca a boca o simplemente un puñetazo, y hacer esfuerzos por no pensar si estaba muerto. Eso era. Los harakiris que proponía el tanatólogo Hurtadito eran siempre una alternativa. La tentación era una sola: quedarte al borde del camino y basta, no va más, señores. Pero tenías que seguir. Según el Gordo, porque ese aletazo último que lanzabas a ciegas te confería un cierto viso de dignidad, o algo por el estilo. La dignidad, según él, era la carta última, y había que meterla en el freezer o debajo del colchón, no exhibirla mucho, por la posibilidad de que algún pajarraco te la arrancara.

Lo primero que hice cuando pude ponerme en la vertical fue ir hasta la pieza de Lucía. Vaya sorpresa: tampoco estaba. De modo que tuve que partir solo. Cuando llegué al Bar Inglés, el Gordo me abrió la puerta y no dijo nada. Don José le había pasado las llaves del local y se había ido a dormir. Ahí estaba Natalia: hecha un nudo debajo de la mesa. Su aspecto era deplorable. Un asco. Miré entonces al Gordo. Levantó los hombros y contó que él estaba ahí cuando Natalia había llegado con “un huevón pegote”, tanto que ella había resuelto quedarse con el Gordo y enviar

al tipo a buena parte. “Y en ésas estuvimos, empinando el codo y hablando de cualquier cosa hasta que, de golpe, ella se fue alejando, alejando. De pronto estaba no sé dónde, estaba en otra”. La versión del Gordo es que hasta ese momento Natalia se había mostrado particularmente obsequiosa con él (“como si hubiese estado enamorada de mí desde siempre, cosa comprensible por lo demás, y hubiera resuelto revelarlo”), pero entonces vino el cambio y ella lo insultó y lo mandó a la mierda. “Ahí vomitó por primera vez, se metió debajo de la mesa y gritó que nadie la molestara”. El Gordo se excusaba (“juro que yo no hice nada”), pero yo tenía demasiado sueño como para reírme o celebrarlo. Me limité a darle un abrazo, le dije que se fuera a dormir y me metí debajo de la mesa con Natalia. “Qué quieres”, fue lo primero que ella me dijo, pero era una rabia sin convicción. “Estoy un poquito borracha”, dijo después, mientras yo le limpiaba unas costras verdes que se le habían formado alrededor de la boca. *Qué hacer, algunos toman por sed, / otros para olvidar deudas / y yo para ver lagartijas y sapos en las estrellas*, dijo, y trató de reírse, pero de inmediato se dio cuenta de que resultaba de mal gusto andar citando versos de Parra o de quien fuera ahí debajo de la mesa. La tomé del pelo y confieso que no pude evitar conmovirme: jamás la había visto en tan lastimoso estado. Natalia era una fotocopia de sí misma. Tenía debajo de los ojos unas bolsas tan negras que si alguien las hubiese apretado de seguro habrían saltado chorros de pus, parafina y gusanos. No te mueras, infame, pensé, estirándole un pucho y enviándome lo que quedaba de una botella de aguardiente que ella

había arrastrado debajo de la mesa. Después me acordé de que Lucía se había emborrachado la noche anterior, y ahora Natalia: es innoble que me obliguen a ser el responsable de la película, qué mierda, me dije. Lo que debí haber sabido, claro, es que nada era un azar, pero eso es otra historia. Intuyendo que el asunto iba para largo, fui a buscar otra botella y me tiré otra vez en el suelo con Natalia. Durante un rato, nadie dijo nada. Después ella trató de arremeter con la monserga idiota: “Tú tienes que escribir, huevón, escribir y escribir. Nada más”. Menos mal que se le trabó la lengua, tras lo cual inició un monólogo relativamente inconexo en el que iba pasando de un tema a otro. Habló de la famosa historia del japonés que cortó en rebanadas a su novia y se la comió “de puro amor”, aludió a ciertos ritos de brujería, aseguró haberse encontrado bajo la lluvia con la Bárbara de Prévert, le dio por despotricar contra “todos los que dejaron solo a Vallejo en París” y terminó hablando de ese insustancial lugar común de los borrachos: dios. “Lo que es yo”, dijo, “lo único que no quiero es irme al cielo, porque debe ser aburridísimo, con puros santos, monjas, niños bien y democratacristianos”. Entonces cayó de golpe en el tema que la estaba corroyendo por dentro, cuando murmuró algo sobre la soledad y sobre el maldito Beethoven.

Natalia seguramente transitaba uno de esos momentos en que el dolor se ha puesto tan espeso que se vuelve sobre sí mismo y de pronto te sientes respirando una especie de lucidez febril a la que el alcohol sólo le pone las bisagras. Algo en ella estaba fermentando o pudriéndose, pero era inútil intentar arrancarla de allí: yo sólo tenía que escuchar-

la, además de llenarle la copa cada tanto. “Lucía nos metió a Luchito en la casa: ¿te das cuenta de lo que eso significa?”, preguntó. “No”, dije, sin más. Y entonces sacó unos papeles renegridos del bolsillo de su chaqueta. “Quiero leerte algo que Lucía escribió el otro día”, dijo. “Necesito leértelo”.

La vi venir. Natalia estaba montada sobre sus propios escombros y aullaba en la mitad de la noche. Cada minuto se hundía más debajo de la mesa, aferrada a su vaso, pero en verdad andaba con zancos y con velas en las manos despertando a los niños, espantando a los nocheros y haciendo ladrar a los quiltros. Se estaba haciendo pedazos, agujereando sus últimos restos de inocencia, por así decirlo. En cualquier minuto podía sacar un corvo y degollarme, podía echarse a llorar en mi hombro, podía sufrir un derrame cerebral, qué importaba. Finalmente no estaba sola. Yo tampoco. Fue entonces cuando leyó:

1812. TOEPLITZ. ENCUENTRO BEETHOVEN-GOETHE. El encuentro se gesta dos años antes, en 1810. Beethoven atraviesa un período de dolor tremendo. Le duele todo. Tiene cuarenta años y se siente fracasado: Teresa Malfatti ha rechazado definitivamente su propuesta de matrimonio. Escribe Beethoven: “Así, pues, sólo puedo buscar un punto de apoyo en lo más íntimo y profundo de mí, pues en el exterior no hay absolutamente ninguno. Que así sea, pobre Beethoven, no existe la felicidad exterior para ti. Todo lo tienes que crear en ti mismo”. Han pasado sólo algunos días, sin embargo, cuando se produce el sortilegio: Beethoven recibe la visita de Bettina Brentano, la

misteriosa amiga de Goethe. Ella ha conseguido atravesar las barreras que Beethoven ha interpuesto entre el mundo y él. Y ahí está Bettina, de pie, sonriendo, frente a él. Para ella (que ha sido una de las primeras en descubrir a Hölderlin y vive a fondo la experiencia del romanticismo) conocer a Beethoven representa un viejo sueño. Ese primer encuentro ella se encarga de hacerlo más novelesco, pero ello no hace menos verídico su relato. Escribe Bettina: “Fui realmente sorprendida, pues me habían dicho que era un misántropo y que no entraba en conversación con nadie. Se temía presentarme a él: me fue necesario ir a buscarlo yo misma. Tiene tres departamentos en los cuales se esconde: uno en el campo, otro en la ciudad y un tercero sobre el bastión. En éste lo encontré, en el tercer piso. Entré sin hacerme anunciar. Él estaba en el piano. Dije mi nombre. Me acogió amigablemente y me preguntó si yo tenía ganas de escuchar una canción a la que él acababa de ponerle música. Entonces cantó con una voz fuerte e incisiva. ‘¿No es bello?’, gritó. ‘Es maravilloso’, respondí yo. ‘Entonces voy a recomenzar’, dijo”. La Bettina que escribe esto y que ha llegado donde Beethoven tiene veinticinco años. Con Hoffmann y los otros han adoptado a Beethoven como el compositor romántico por excelencia, lo que es significativo, aunque ahora resulte una tontera o una arbitrariedad. Bettina ha llegado donde Beethoven cuando debía: *el momento justo*. Él está feliz. Feliz.

Natalia ya no temblaba, pero leía con creciente dificultad. A esas alturas apenas podía abrir la boca entre las costras. Iba botando las palabras como si viniera de recibir

el beso de la mujer araña, lo juro, y yo comenzaba a preguntarme a pito de qué venía todo esto que me estaba leyendo. No entendía nada, para qué voy a decir una cosa por otra. Pero debía limitarme a llenarle el vaso y escucharla. Eso era. Por momentos ella cerraba los ojos y parecía que no iba a abrirlos nunca más. Pero ahí estaba. Natalia era Beethoven, yo era Beethoven, todos éramos Beethoven apretando el botón del semáforo para apurarlo y sintiendo la fiebre del cemento en la mitad del invierno.

Poco después Beethoven le escribe a Bettina: “Para Goethe, si le escribes hablándole de mí, busca palabras capaces de expresarle mi respeto y admiración más profundos”. Es un momento importante, porque Beethoven ha dado el primer paso: comienza a gestarse el encuentro. Para Beethoven, Goethe es literalmente una especie de dios: conoce toda su obra y con sus textos ha compuesto hace poco varios lieder (*Egmont*). Pero Goethe no ve con los mismos buenos ojos el encuentro. Instalado en su cargo ministerial, Goethe está incomodado y tal vez molesto. Llega a tildar el entusiasmo de Bettina de “testarudez verdaderamente necia”. Beethoven le resulta en exceso extraño, sospechoso. Siente un respeto social por ese compositor del que tanto se habla. Pero sus gustos llegan, en el límite, hasta Mozart. No entiende, no puede entender a este Beethoven maduro que rompe con la melodía, que desarma la cuadratura, que introduce intervalos que sobrepasan la sexta y a veces la octava, que recurre a sín copas, que provoca quiebres en el tiempo y que se dispara en audacias impensadas en la armonía, abriendo una nueva página en la historia y mostrando con el dedo

el camino que después explorarían Schönberg y sus coetáneos.

Natalia se atragantó, soltó una tos feísima y en mi pantalón depositó una especie de baba iridescente. Esto que transcribo era en realidad un rumor pegajoso que yo debía ir decodificando en la medida de lo posible y siempre que no me quedara dormido ni me vinieran ganas de descerrajarle el cráneo de una patada con borde externo. Natalia tenía la cabeza en el suelo y estaba dolorosamente aferrada a mi camisa. Los asquerosos papeles que tenía en la mano, observé, mostraban la inconfundible tinta verde de Lucía. ¿Quién era Lucía? ¿Y quién era esta Natalia que seguía leyendo y hundiéndose en la noche como si quisiera irse por la herida para adentro?

En enero de 1811, Goethe le escribe a Bettina: “Pero a menudo tienes empecinamientos muy limitados, sobre todo en lo que concierne a la música. Has dejado cristalizar en tu cabecita extrañas fantasías que me son queridas en la medida en que te pertenecen, de modo que no te daré lecciones al respecto”. Goethe se resiste. Pero Bettina prosigue en su tentativa de reunirlos. Beethoven le escribe a Goethe en abril de 1811: “Bettina Brentano me ha asegurado que usted me recibiría con agrado, es decir con amistad. ¿Pero cómo podría yo pensar en tal acogida, si sólo soy capaz de aproximarme a usted con un inexpressable temor y respeto por sus magníficas creaciones? Pronto recibirá usted, a través de Breitkopf y Hartel, la música destinada a *Egmont*, que he repensado a través de usted”.

Natalia soltó algunos hipos y me pidió un pañuelo. Después estiró los ojos, me miró como si me viera por primera vez en muchos años y soltó una especie de risa que venía desde lejos, demasiado lejos.

El encuentro se produce, finalmente, casi dos años después, el 19 de julio de 1812, en Toeplitz, centro mundano de alemanes y austríacos. No se conoce el contenido de las conversaciones, porque Beethoven aún no está completamente sordo y no tiene necesidad de los famosos cuadernos de notas. Pero en la tarde del primer día, tras el encuentro, Goethe escribe a su mujer: “Jamás he visto a un artista más concentrado, enérgico y sensible. Entiendo bien hasta qué punto su actitud debe sorprender de cara al mundo”. Hay otros tres encuentros en los días que siguen. Beethoven incluso toca el piano: es consciente de que es el único modo de que lo quieran. Pero no todo va de campanillas. Goethe escribe, dos meses más tarde, a su amigo Zelter: “He conocido a Beethoven en Toeplitz. Su talento me ha maravillado, pero desgraciadamente es un personaje indómito que sin duda no se equivoca al encontrar el mundo detestable, pero en verdad él no hace nada que lo haga más agradable ni para él ni para los otros”. Después Goethe iría más lejos: “Me temo que estemos en presencia de un ángel cuya desmesurada sensibilidad lo ha transformado en un genio putrefacto”. Beethoven, por su parte, escribe a Breitkopf y Hartel por esos mismos días: “Los aires de la corte le gustan demasiado a Goethe. Más de lo que conviene a un poeta”. Ahí está. El enfrentamiento, en realidad, es tremendo. Beethoven lleva su apuesta hasta la tumba. El Goethe joven,

el que se rompe en el *Werther*, es un poeta. El Goethe sesentón de Toeplitz, arrellanado en los honores que le propicia el mundo, ya no es un poeta, aunque prevalezca su talento. No es más que un escritor que fue a morir de muerte lenta a un ministerio.

Nunca supe cuánto ni hasta qué hora Natalia pudo leer, porque en algún momento capitulé y no supe más de mí. Desperté alrededor del mediodía, cuando don José llegó a abrir el local, me sacó de abajo de la mesa y me enrostró el descalabro que habíamos dejado en el boliche. Natalia, quizá cómo, quizá dónde, había partido. Como en las historias de príncipes y castillos, yo había llegado a rescatarla en la mitad de la borrasca.

Y había fracasado.

13

Cuando Natalia no estaba, la vida tendía a ponerse relativamente gris, pero juro que había aprendido a tolerarlo sin excesivos insomnios ni retortijones. Lo realmente difícil era sobrevivir cuando, además, se había ido Lucía. Cresta. Esperar el retorno de una maldita no es una bicoca, pero esperar a dos sí que es una prueba, créanmelo. Lucía había adquirido el nefasto hábito de las fugas nataliescas un viernes en que arremetió otra vez con aquello de “es idiota esto de estar esperándola”, tras lo cual se armó de un walkman con Luchito, se echó un par de novelas en el bolso y se fue no más, sin despedirse, y yo ya no la tenía siempre allí, rondando, dudando, husmeando, levitando alrededor de la salamandra con sus puchos, su perplejidad y sus libracos.

Para qué voy a decir una cosa por otra: mi crisis fue tremenda, y la cosa se fue agudizando cuando comenzaron

a pasar las noches y yo seguía allí, clavado, esperando el timbrazo milagroso, regalándole propinas extras al cartero y saltando cada vez que sonaba el teléfono. En esos días me dio otra vez por escribir poemas incendiarios y cartas interminables cargadas de improperios y vendettas juradas, pero como de costumbre no se me ocurría a quién enviárselas, de modo que les ponía mi nombre y mi dirección y las llevaba al correo. Con los poemas el procedimiento era distinto: cuando los terminaba los leía en voz alta, o directamente a los gritos, arrimado a músicas del tipo *Canciones para la muerte de los niños*, de Mahler, y después los transformaba en bolas de billar y a las carcajadas afinaba el ojo haciendo apuestas mientras los encestaba en la salamandra.

En algún momento me consagré al ejercicio de comparar a Lucía y Natalia como si fueran boxeadores: recorté fotos de ambas y las clavé sobre una cartulina. Tiraba flechas y asteriscos, anotaba los pesos, las longitudes, el espesor de los muslos, la prominencia de los pechos. Intervenía las fotos todas las noches, con el argumento de que no podía dormir, de que la soledad necesita de amasijos y de que el vino se había terminado, mientras sin admitirlo espiaba el encarnizado silencio del teléfono. Confieso que, con el correr de los días, las intervenciones en las fotos se fueron tornando inciertas, y después directamente infames: lo que al inicio eran flechas y círculos, al poco andar fueron falos, burdos bigotes y cicatrices, dentaduras doradas, calaveras, morisquetas de signo Ensor, mondadientes

y trazos ocres preparados con escupitajos y borra de vino viejo.

Lo peor: cuando sonaba el teléfono, yo corría y resultaba ser número equivocado, o cualquier imbécil, menos Lucía o Natalia. Qué mierda. Pero este problema terminó poco después: se me olvidó pagar la cuenta y cortaron el teléfono. Claro que de esto no me habría enterado en mucho tiempo si no hubiese sido porque entonces vino una de las famosas embestidas de Natalia vía telegramas. Comenzaron a llegarme todos los días y a diferentes horas, al punto de que pronto me descubrí en un nuevo oficio: esperarlos. Qué cosa. Los telegramas en cuestión variaban de tono y longitud, pero tenían todos la impronta de Natalia. El primero era una cita de Sherwood Anderson: A MENUDO HE SOÑADO QUE HACÍA EL AMOR CON UNA PERSONA QUE REALMENTE NO ME ATRAÍA. ¿POR QUÉ NEGAR LA RESPONSABILIDAD POR TAL SUEÑO?

El segundo: AYER ME OCURRIÓ LO DE CONDORITO, CUANDO LO EXPULSARON DE ARGENTINA “POR FANFARRÓN”: ME SACARON A PATADAS DE UN BURDEL DE VALPARAÍSO ACUSADA DE OBSCENIDAD. ¿QUÉ TE PARECE?

El tercero: SOY UNA BRUJA QUE SE CLAVÓ LA ESCOBA POR EL CULO.

El cuarto: MUÉRETE.

El quinto: NO TE MUERAS.

El sexto: LA PODRÍAS TENER MÁS GRANDE POR LO MENOS.

El séptimo: ESCRIBE ESCRIBE ESCRIBE.

El octavo: TENGO REALMENTE TAN POCAS COSAS QUE DECIRTE.

El noveno: PERO NO HAY OTRA PERSONA A QUIEN SE LAS PUEDA DECIR.

Unos diez telegramas más tarde llegó el aludido mensaje revelador: POR LO MENOS ARREGLA EL TELÉFONO, TONTO.

¿Qué me quedaba por hacer? Nada. Sólo esperarlos, leerlos, despotricar o reírme, e incorporar los denigrantes telegramas en las intervenciones de las fotos o en los poemas antes de dispararlos hacia la salamandra. Por esos días el Gordo llegó con un número telefónico en el que supuestamente Natalia se encontraba. Lo que tenía que hacer, lo hice: llamarla. Pero no fue tan fácil. El Gordo me tuvo que deslizar el número por debajo de la puerta, porque tercamente yo insistía en no ver a nadie: me limitaba a dar vueltas por la casa, ejecutar botella tras botella, dormir a pesadilla limpia y llenar cuadernos con fabulosos vituperios. Descubrí el mensaje del Gordo un sábado de madrugada. Me había levantado a la cocina a buscar un alka seltzer cuando vi el papelillo debajo de la puerta. “Llámalas urgente”, había anotado el Gordo al lado del mentado número telefónico. Me fui a la cama otra vez y me estaba quedando dormido cuando reaccioné. ¡Nataaliaaaa! ¿Nunca les hablé de la peluda de Natalia? Qué importa. El papel escrito por el Gordo, con una pista que tal vez me permitiera dar con ella, bastó para que la imagen de la peluda empezara a llenarme la cabeza: me imaginé lamiéndola, oliéndola y auscultándola con el rigor que hubiese empleado el tanatólogo Hurtadito en un día inspirado. Tomé el teléfono y no me quedó otra que hacerlo pedazos contra la pared: no funcionaba. Entonces me tiré encima un pantalón y una

camisa, me puse calcetines cambiados y sin afeitarme partí corriendo en busca de una cabina telefónica. ¡Nataaliaaa! Estaba amaneciendo. En la calle no había más que los furtivos trasnochados de siempre. Pero en Santiago, cuando no hay toque de queda, dos cosas funcionan a toda hora: pompas fúnebres y bares. Me introduje en uno de éstos y me mandé un café con la esperanza de terminar de despertarme. Después seguí corriendo tras un teléfono, sin poder evitar urgentes evocaciones de la peluda: el único lugar del mundo en el que yo hubiera podido poner mi cabeza y dormirme hasta el final del invierno.

Por fin encontré una cabina, por el Parque Forestal. Pero no estaba libre. El teléfono estaba ocupado por una mujer. La observé: pudo haberme parecido un tanto vulgar, pero la eximía un impermeable negro que le llegaba hasta los pies. Al parecer estaba enredada en la conversación de su vida, porque seguía metiendo monedas e hizo caso omiso primero de mi presencia y luego de los tibios golpes que atiné sobre el vidrio. Mantuve la sangre fría: encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar. Pero qué difícil. Comencé a dar vueltas alrededor de la cabina y ahora sí el recuerdo de la peluda húmeda húmeda empezó a causarme estragos. Me vino a la memoria el olor que me dejaba en los dedos, esa imposible mezcla de azufre y óxido y ostra y vidrio y vino, y advertí que estaba perdiendo el control. ¡Nataaliaaa! Miré la hora: casi las seis y media. Pensé correr en busca de otra cabina, pero entonces lo advertí: no tenía monedas. Vaya. Debí comenzar a darme de puñetazos, pero no: juro que no sé cómo ni por qué, momentos después yo estaba

adentro de la cabina, detrás de la mujer, casi rozándola. Ella, sin embargo, seguía tal cual, ignorando mi presencia y hablando sin arrugarse. Tenía un perfume que apestaba, para qué voy a decir una cosa por otra. Constaté que le estaba dando alguna clase de explicaciones financieras a un tipo. “Pero no estás entendiendo nada, querido”, decía, “lo primero que tienes que hacer es olvidar el libreto de cheques, pedir que pongan todo a tu nombre y operar con la tarjeta”. ¿Alguien puede decirme qué diablos estaba haciendo yo ahí, en una cabina telefónica, a espaldas de una mujer que ni siquiera me había visto? Acaso me hubiera bastado robarle algunas monedas y partir en busca de otro teléfono, pero también podía arrancarle el auricular, tomar la cuerda y, lenta, concienzudamente, ahorcarla sin orgasmo. Nada de eso. El recuerdo de la peluda húmeda húmeda había conseguido provocarme una mañosa erección, y advertí que la estaba tocando. Ella, como si nada, seguía ahí, en lo suyo. “Pero, Alfredo, no olvides que los recursos operacionales subieron en un siete por ciento, es el momento”. Nada que hacer: me apreté contra ella un poco más. “Nooo, lo que hay que hacer es una sociedad anónima, reprogramar el capital y asunto olvidado con el lío de la empresa”. A esas alturas ya había dejado de preguntarme estupideces del tipo qué estoy haciendo aquí: cerré los ojos y seguí descolgándome contra ella. “No, no tienes que preocuparte del cambio oficial, Alfredo, recuerda que los recursos operacionales ya duplicaron las tasas del año pasado”. Aunque le llegaba hasta los pies, el impermeable negro tenía un corte a la altura del muslo: mi mano llegó

hasta ahí como al encuentro con un viejo amigo que tú creías muerto en el Líbano y al entrar lo encuentras fumando tus cigarros. “En ese caso lo mejor es comprar anticipadamente, sin necesidad de hipotecas ni cambios de giro, ¿entiendes?” Llegué hasta lo que podía ser una falda de lino o una enagua, toqué una especie de portaligas, levanté todo. “Pero, Alfredo, es sólo un problema de liquidez, de pasivos, la reducción del endeudamiento es otra historia”. Me abrí el pantalón como pude: eso era un horno, juro que era un horno. “Exactamente, esos recursos se destinaron al pago de dividendos con el impuesto de los accionistas”. Y entonces ella arqueó las caderas y yo supe que era el prodigioso instinto de los animales y no quedaba otra que apretar y hamacarse y hundirme en ella y olvidar los ruidos de sirenas y no emitir gemido alguno y seguir oyendo de marketing como si se tratara de tambores africanos, hasta que ella soltó el auricular, clavó las uñas en el vidrio, dejó caer la cabeza, giró sobre sí misma y partió, partió sin haberme mirado ni una sola vez, dejándome allí, frente al teléfono, tratando de ocultar mis genitales, sin saber qué hacer y sin cuatro monedas para llamar de una vez por todas a Natalia.

14

Jota Jota era una especie de Julien Sorel, pero con la suerte perra de César Vallejo. Pocas cosas sabía hacer aparte de disentir, casi como una cuestión de dignidad. Su negativa era como la sopa de Mafalda, o la cicuta de Sócrates, o el celibato de los curas. Sentados esa tarde en la cuneta, por la calle Brasil, no nos hacía falta ninguna seña para saber que no quedaba mucho que decir y que era mejor así y que teníamos que encender con decoro el cigarrillo y nada más. Poco antes habíamos caminado un par de barrios, sin prisa alguna, como corresponde, con la languidez sin dramatismo del tipo que sabe que algo está pasando pero en la oficina nadie se atreve a decirle que lo van a despedir. Después nos detuvimos en el Mercado, el Negro Carmelo atinó una venia con el gorro, nos hicimos de un par de ejemplares antiguos de la revista *Gol y Gol*, discutimos si meternos en un cine, nos reímos de los titulares en un

quiosco, compramos helados y maní, jugamos un flipper a la pasada, un perro nos miró bastante feo y no pudimos evitar comentarios airados sobre el pobre mundo, hablando demasiado y entendiendo bastante poco. El problema de Jota Jota era esa manía de estar al otro lado, de tirar un corte de manga en el preciso momento en que tú te disponías a palmearle el hombro. Yo podía dispararme a punta de adjetivos con Pharoan Sanders y Steve Lacy y Archie Shepp y Don Ayler, por decir algo, y él no podía evitar tirar la cuerda hasta lo imposible y se iba pedaleando hacia atrás con spirituals y gospels y blues tradicionales y en el mejor de los casos King Oliver o Jelly Roll Morton, qué sé yo. Eso era. Pero habíamos perdido demasiadas cosas. Más valía no pensar mucho en el asunto.

—Qué huevada —dijo el Jota—, lo que no entiendo es por qué siempre llegamos tan rápido a un punto muerto.

Yo no estaba dispuesto a responderle, claro, y entonces el Jota siguió mirando alrededor y recogiendo piedritas en el suelo, hasta que vio a una mujer que caminaba por la otra vereda, a paso lento, distraída.

—Mira a ese mujerón que va al frente —dijo el Jota—. Apostaría a que su sueño oculto es conocer a un tipo como yo.

—Mmm, se parece un resto a la mesera del Indianápolis —dije, por decir algo.

—Pero le falta la pata de palo, y ésta es más entradita en carnes. Óptimo: con ella uno estaría obligado a ponerse a nadar. Si yo fuera capaz de hablarle podría cambiar la triste historia de este día, ¿no?

Y entonces, atrincherado en la cuneta, el Jota se largaba y no había cómo detenerlo. Le importaba un comino si lo que decía era genial o una banalidad en la dura, se iba enredando en vagas preguntas sobre el sentido de las cosas, aunque después se corregía diciendo que eran todas interrogantes sin sentido, y pasaba ligeramente de la tortuga de Zenón a Bergson y a Wittgenstein, con fugaces paraderos en el bien y en el mal, nada menos, y por ahí éramos como decían los astrónomos, una partícula de polvo arrastrándose desamparada sobre un menudo planeta, y después éramos un poco más que un conglomerado de elementos químicos habilidosamente reunidos, y terminábamos siendo, como decía Hamlet, nobles por nuestra razón, infinitos por nuestras facultades, y el Jota seguía hablando con tono de manual escolar de bajo costo y yo abría una lata de cerveza y él se enviaba un sorbo y deslizaba una gárgara silenciosa y tiraba lejos la lata espantando a un gato que cruzaba por la vereda del frente, y entonces su voz empezaba a irse lejos, lejísimos, iba haciéndose pequeña, Jota Jota me gritaba a miles de años de distancia, con un megáfono, pero centenares de historias y rostros y crímenes se interponían y yo no lo escuchaba, no quería ni podía escucharlo: a su modo me estaba lanzando una cuerda, aunque sólo fuera para que me la pusiera al cuello, y yo lo veía mover la boca y le amarraba hilos de nylon en las manos y en los pies y lo exhibía de marioneta por la ciudad como deseo último antes del cadalso, y el Jota seguía hablando, o insultándose a sí mismo, y entonces me venían ganas de darle un abrazote y traerle enseguida otra cerveza, un paquete de Hilton 100,

un buen hotdog, pero siempre el bestia interrumpía con salidas extemporáneas:

—Natalia anda insoportable. Ey, ¿quién mierda es Lucía?

Yo no podía contestarle, porque cómo saber quién era Lucía, y entonces nos quedábamos callados porque no había nada más que decir y el Jota se limitaba a hablar de puntos muertos y a mí me venían ganas de mandarlo a la mierda, porque era cierto, pero él no tenía derecho a decirlo. Jota Jota era un sagrado infeliz, pero era difícil no quererlo. Nunca entendí por qué sus amores siempre resultaban infructuosos: invariablemente terminaba estrellado, tomándose la barbilla y pidiendo explicaciones. Con sus manos huesudas, su bufanda y su aire de mocosito trizado por el acné, el Jota se merecía un amor en toda regla. Entre sus mentiras y su charla desatada, el tipo podía ser encantador, lo juro. Hablaba de su “soledad ontológica” a la manera de los santones y mordiendo las palabras como los tragafuegos en el circo. El Jota era puro tango. Pero dejó el final abierto.

—A mí me hicieron con un programa pirateado —juraba.

Como todos, en algún momento estuvo enamorado de Leonor. Después le tocó a Natalia. “No entiendo cómo puede estar con un bestia como tú”, me decía. Con Carmen fue más complicado, porque Lito casi lo masacra. Después el Jota se prendió de Mariana, y ésta sí fue arremetida: le enviaba chocolates, mazapán y turrónes, la esperaba a la salida del trabajo, la invocaba a gritos en cada borrachera, la acosaba con cartas macabras y obscenas. Mariana le

tiraba el vino en la nariz, aniquilaba su ego con frases lapidarias y le devolvía las cartas sin abrirlas, pero eso no bastó: tuvo que cambiar de dirección y desaparecer del Bar Inglés durante un tiempo. No pocas veces tratamos de disuadir al Jota de tales tentativas, pero era inútil. “Estoy de amor”, decía, eufórico y patético. Se diría que en cada fracaso Jota Jota encontraba un cierto deleite. Los acumulaba, los lustraba como galvanos. Implícitamente, los ponía a cuenta del mundo, como si cada desastre no hiciera sino demostrar que la humanidad no estaba preparada para él. Convocaba al fracaso como quien invita a una fiesta, porque eso sí: no era un tipo autocompasivo. Naufragaba con descarada fruición y con la cabeza en alto, apelando a un orgullo desmesurado y a ciertos aires de megalomanía, convencido de que ello le confería una dignidad a prueba de desaguizados y al callo como un reloj.

—Qué caída —decía. Y lo era.

Una noche el Jota se apareció por el bar contando que por fin había conocido a *la mujer*. Estaba fuera de sí. Ella se llamaba Magdalena y tenía la mitad de su edad: diecisiete años. Hablando de ella con una ternura que te dejaba liquidado, Jota Jota contó que la había conocido hacía algunos días y que ya estaban haciendo planes para irse a vivir al desierto de Atacama. “Magdalena es aguda, intuitiva”, dijo después. “Tiene hambre de verlo, vivirlo, sentirlo, leerlo todo. Una maravilla. Me pregunta nombres de autores, me exige que le explique la historia, las revoluciones, los incendios, las guerras, las enfermedades, los ciclones, los descubrimientos. Lo único a lo que me es difícil

acostumbrarme es su instinto maternal. Es algo tremendo. Le cuesta lo imposible dejarme ir. Está convencida de que cuando estoy solo soy incapaz de caminar. Cree que cuando no está ella me voy a caer al suelo, o a desaguarme por una alcantarilla, o me van a atropellar a la salida de la casa, o simplemente me voy a morir, reventar”. Más tarde le pregunté si con alguien que tiene semejante hambre de “vivirlo todo” no sería un tanto prematuro irse al desierto de Atacama. Jota Jota lo pensó durante un rato, grave, concentrado, hasta que dijo: “Creo que tienes razón. Imbécil, ¿por qué siempre tienes que arruinarlo todo?” Después, con tono de confianza, agregó: “Lo que no sé muy bien cómo enfrentar es el apetito sexual de Magdalena. Mierda, no se agota, no se sacia jamás. Recién acabamos y ya está otra vez ahí, al pie del cañón. Qué quieres, me está consumiendo. Le dio por hacer una peligrosísima asociación entre el sexo y ese insulso tema de Bill Evans, ¿recuerdas?, *You Must Believe in Spring*. Cuando recién he eyaculado se tiende al lado de mi aparato, lo observa, le hace cariños y le habla, esperando a que se incorpore otra vez, con el estricto propósito de cocinarlo a fuego lento. Como eso suele no ocurrir, ella dice ayúdame a acabar y yo entonces la masturbo mientras tiembla y serpentea como una gata. Otras veces me viene una erección blanca, de ésas que no sientes, cuando la herramienta se te pone como un salmón congelado pero no te das ni cuenta, y entonces me limito a responder de oficio, controlando la caída, y el meloso de Bill Evans hace de las suyas en un segundo round mientras yo puedo estar pensando en un partido de fútbol, o en un

semáforo, o en una mesa de billar. Pero es complicado, no te creas. Cada vez que nos encontramos ocurre lo mismo; yo proponiendo ir a caminar por ahí, o a comer una pizza, o al teatro, y ella con la idea fija: a la cama. No hay caso. Ni siquiera sirvió el recurso de esconder todos los discos de Bill Evans. Últimamente Magdalena ha adquirido la mala costumbre de pellizcarme el canario cada vez que me saluda, como si en realidad lo estuviera saludando a él”.

Aunque Jota Jota había prometido llevarla al bar, al final nunca pudimos conocer a la fogosa Magdalena. Un par de semanas después el pobre llegó hecho polvo. “Todo acabó”, dijo, apenas, y se fue sin decir más y nadie pudo nunca sacarle palabra sobre el asunto. En el bar, naturalmente, comenzaron a ventilarse las hipótesis. Uno aseguró que habían intervenido los padres de la muchacha, de la mano de la policía y del capellán del ejército. Otro sostuvo que la pobre Magdalena no había resistido la carga metafísica del Jota y se había mandado al hilo dos frascos de somníferos. Varios aventuraron la inveterada historia del tercero, que en este caso sería un barbón que la había subyugado con pantalones a rayas y camisones tropicales. Hasta que alguien se preguntó: “¿Y si todo no fuera más que otra gran mentira del Jota?”

Pero era lo de menos. Cierto o no, en la mitad de la noche, el Jota estaba creyendo, como ninguno de nosotros. Él *creía*. Y aquello no era poco.

15

Fue entonces cuando descubrí que Natalia era una de sus máscaras. Ensor, el espanto, la embriaguez y la perplejidad de ciertas carcajadas que provocan dolor de tripas. Volvió un lunes en que yo tenía el cuerpo malo y hacía intentos con una mano de tarot que nunca aprendí. Acaso para evitar la banalidad de los reencuentros (para eludir el pavor, la solemnidad de las frases culposas o reafirmatorias), cada vez que su ausencia había sido demasiado prolongada apelábamos a precarios pero eficaces subterfugios. En vez de saludarme, Natalia argüía especies del tipo: “Buenos días, soy de la Compañía de Electricidad y vengo a ver su medidor, porque nos han informado que está trampeado”. Yo, por cierto, debía proseguir con mi parte en la escena, y podíamos pasar cuarenta y cinco minutos hincados delante del medidor discutiendo si efectivamente había sido alterado y de quién era la culpa, derivando en

temerarias teorías respecto de las ondas magnéticas y de los bienes colectivos, matizadas con sentencias que alguna vez había acuñado la eficacia del tanatólogo Hurtadito. Sólo después, cuando ya había bajado la levadura, podíamos dejarnos ir y rompernos en un abrazo, buscarnos alguna cana, contarnos sin aspavientos el paso de los días y decirnos cómo cresta nos habíamos extrañado.

Esta vez no fue muy diferente. Cuando Natalia apareció en la puerta, se había pintado con carbón unos bigotes, mordía una pipa y se había colgado una corbata de clown en el cuello. Tiró en el vestíbulo una bolsa con ropa sucia, carraspeó y dijo con inmutable seriedad:

—Perdón, ¿vive aquí el director general de Carabineros?

—No—dije—. Desde que el finado nos abandonó, esto fue dos años hogar de ancianos, un año burdel de colegialas y actualmente es casa de presupuestos. Pero perdóneme la indiscreción: ¿es usted la Cicciolina?

—No —dijo, tras lo cual se fue poniendo triste, se dio media vuelta, montó en un taxi y, sin más, desapareció.

La maldita volvió al día siguiente, y esta vez no pudimos con el mimo ni los juegos de fantasmas. La marca de los días pudo más que todas las máscaras de los muros, aunque por dentro estuviesen iluminadas con luces de neón y con la crueldad sumada de todos esos ojos que nos veían envejecer contando los minutos uno a uno. Estuvimos todo ese día y la noche siguiente hablando compulsivamente y relatando nuestros respectivos avatares con esa habitual minuciosidad malsana en la que solíamos enterrarnos con los ojos cerrados. El tipo de conversación era el de dos forasteros

que se encuentran en un bar y entre cerveza y cerveza resuelven hablarse para matar el aburrimiento mientras esperan dos trenes que partirán en direcciones completamente opuestas, lo que no impide que se toquen los muslos debajo de la mesa mientras cada uno da cuenta de su vida con historias que el otro sabe que no son ciertas. El único problema era que cada vez que Natalia volvía yo no podía evitar acordarme de que ella era la mujer más hermosa del planeta y lo seguiría siendo hasta el fin de los tiempos. Y ahí estábamos, frente a frente, cada uno en su rincón, a la espera de una batalla que sabíamos que terminaría hipotecándonos a ambos. Ahí estábamos, sinceramente monstruos, en la mitad de la noche, saltando y sudando nariz a nariz, examinándonos el sexo y las heridas, hablando a borbotores, inventándonos nada más que porque algo había que inventar, riéndonos de todo como dos hienas que ya no creen demasiado en sí mismas. Ahí estábamos: puedo fotografiarme contándole de mis triunfitos, reconociéndole la boca, llenándola con un tufo vinoso, haciéndole oraciones en los olores de la peluda y otra vez saltando hacia todas esas enormidades que nunca supimos reconocer, planetas de zombis sobre los que caminábamos con muletas y siempre a la intemperie en un cuentabotellas enfermo de un circo al que nunca nadie nos había invitado. Lo primero que Natalia me pedía era que yo eyaculara en su boca. Yo le gritaba que caminara desnuda por la pieza, pensándose y pensándolo todo en un pasodoble que no toleraba errores, aunque sólo sabíamos equivocarnos. Y entonces había que reír, carajo, reír como fuera y de cualquier cosa,

bajando botellas y mordiéndonos entre las piernas, rayando los muros, quemando pitos de colombiana y rajándonos por la boca de un saxofón desafinado. Pero había la violencia. La primera vino cuando Natalia me preguntó si había escrito y le dije que no, agregando con soberbia y torpeza que no escribiría nunca más, que no lo necesitaba. La segunda crisis se presentó cuando preguntó lo que no podía preguntar, lo que tenía que preguntar, lo que maldita sea por qué preguntó:

—¿Y Lucía?

Lucía era Lucía, claro, y esra inútil que Natalia se encerrara en la pieza, sin perdón y sin palabras, oteando los mapamundis, acaso para ver si se largaba de una vez por todas, y cuidando los subrayados con tinta verde en las páginas de Onetti. Sabíamos que Lucía iba a volver, y volvió esa misma noche, pero ahí estábamos colgados junto a los abrigo en el closet, en una estación que era un sitio baldío mientras ella no asomara. Era una cosa de minutos y lo sabíamos. Lo sabíamos y era imposible no besarnos con risas, con veneno. Era imposible no seguir volcándonos la saliva en el ombligo, como si nunca antes nos hubiésemos visto los cuerpos, ni siquiera en revistas porno o tratados de anatomía; como si nadie tuviera rabia, ni amor, ni hastío. No debíamos movernos, no debíamos esperar, no debíamos creer: apenas respirar y esputar Santiago del Nuevo Extremo con la majestad de los desposeídos. No teníamos nada, salvo a nosotros, pero estaba Lucía, que nos llamaba y que sabía demasiado. El dilema era banal: qué hacíamos para sobrevivir mientras cayera la noche. ¿Discurrir atrabi-

liarios vudús estriptiseros bajo la lluvia en el Parque Forestal? ¿Fotografiarnos en la Plaza de Armas haciendo cruces arriba del caballo de madera de Pedro de Valdivia? ¿Tratar por fin de asesinar a los ratones del entretecho? Mi fragilidad era la fortaleza de Natalia, pero ni el cinismo más puro podía mitigar el escupitajo que nos devolvían los espejos.

¿Y Lucía? ¿Qué se había hecho Lucía? Puedo verla junto a la salamandra, menuda, ojerosa, más pálida que nunca, marcando libros escondida detrás de sus anteojos. Natalia sostenía que Lucía tenía el olor de los castores, y más de alguna vez bromeó con Simone de Beauvoir metiéndole la cola en los ceniceros. Nunca supe quién era Lucía. Hubo una noche que fue propicia para intuirlo, pero se quemó antes de tiempo. Hubo una noche de imposibles, pero ella sabía demasiado. Algo inauguró Natalia cuando en la espera aludió a los pechos de Lucía, que siempre se las arreglaban para dibujarse en la blusa, pezones en punta, sin credenciales. Natalia protestaba por los silencios de Lucía, páginas en blanco que clavaba como improntas en la almohada, en los vasos, en la jaula del loro Bakunin que murió de hambre porque un día nos olvidamos de él. Natalia iba al timón pero había perdido los marcavientos. Teníamos que limitarnos a caminar por trabalenguas mal diseñados, y Eric Dolphy con el saxo metido en el closet, y Becho dále y dále tocando el violín en la orquesta, y yo tratando como un imbécil de escribir, pero amar y cantar eso cuesta, cantaba Natalia tomándose la cabeza, riendo ya con menos ganas, incapaz de perdonarle a Zitarrosa la cabronada de haberse muerto.

16

“Una ciudad ES un mundo cuando amamos a uno de sus habitantes”: Lucía repite tres veces la frase del pobre Darley y apaga las luces. Natalia desconecta el tocadiscos y brindamos incurriendo en el viejo dribbling: nadie dice por qué. Hemos vuelto a Playa Blanca. Es tarde: alguno tiene que gritar, herir, quemarse. Abro otra botella, pero nadie dice nada. Corro hasta la máquina de escribir, la levanto aullando y la tiro por la ventana. Chao. Malditas palabras. Lucía está pensando algo; sonrío con la mano en la barbilla, sin ironía. Yo ya cumplí mi parte: un estofado de berenjenas que resultó mejor que nunca. Natalia comienza a dar vueltas alrededor de la mesa. Nos miramos como lo harían los comensales de Brueghel el Viejo, pero en versión novela negra. Así sea. Nos miramos, nos miramos y Natalia sigue girando, en la punta de los pies. Reparo: Lucía está temblando. Yo también, pero no tengo frío. Pienso: bastaría

que este momento se prolongara durante cincuenta años; después podríamos guardarnos en el ataúd, con la precaución de haberle pagado a algún buen hombre para que todos los sábados nos ponga claveles frescos. “Hay que morirse como los panqueques”, declaró alguna vez el tanatólogo Hurtadito, “hay que morirse blando, puro manjar”. Deberías estar aquí, Hurtadito. Acaso pudieras decirnos al oído qué tenemos que hacer, o al menos lanzarías algún chiste de culos y Natalia aplaudiría y yo daría vuelta el vaso. Pero Santiago está tan lejos, y no sé si a Hurtadito lo inventamos en algún insomnio o borrachera.

Lucía tararea el violín de Becho. Natalia le roza la boca con los dedos. Miro el escote de Lucía, me descubre y me río: habría sido insensato disimular preguntándole por la cadena que lleva en el cuello. Despejo la mesa, pero no hay jazz, y todos sabemos de la imposibilidad de lavar los platos cuando no hay jazz. Lucía y Natalia están bailando. *El baile más feliz*. Estamos en la costa, pero soñando Santiago y soñando el sueño de Coleridge con una flor plástica en la mano: *¿Y entonces qué?* Natalia y Lucía bailan: el abrazo se va endureciendo. El tarareo de Lucía es la única música del mundo. La música no existe. El tarareo de Lucía es el silencio; la mano de Natalia descendiendo por su cadera y mi propia excitación también son el silencio. No existen los profetas, Hurtadito. El violín de Becho es apenas una lúcida transgresión. Becho muere. Lucía y Natalia se besan. Observo esos cuerpos enlazados en la penumbra, montado a la manera de los simios en la lámpara del techo. No puedo

evitar conmoverme cuando advierto el apuro de los chasquidos y el juego que van entablando con las puntas de los pechos. Voy al relevo en el tarareo. Me vienen ganas de charlar de amores y desamores con Luchito. Lucía y Natalia se encierran en la pieza. Me descuelgo de la lámpara y me duermo.

17

¿Puede una mujer ser dos mujeres? ¿Pueden dos ser todas las mujeres del planeta? Yo caminaba por Santiago dedicándome a mirarlas, dejándome provocar por los avisos luminosos, las fotos viejas de los cines, las obscenas botillerías, los liceos de niñas, los maniqués sin pezones, los iconos, las vírgenes, las cajeras de las farmacias que nunca supe por qué enrojecían sin remedio cada vez que uno compraba condones, las portadas de las revistas picarescas y los anuncios de tangas en las agencias de turismo. Pero volvía periódicamente a Playa Blanca, porque Lucía y Natalia se habían encerrado en una pieza y no querían salir. Yo les preparaba guisos y asados, y golpeando apenas se los dejaba al lado de la puerta en una bandeja junto a una botella de leche. Después recogía en la misma puerta los platos sucios y aumentaba el volumen de la música para que oyeran. Las oía reír y conversar durante horas, pero me

negaba a escuchar lo que decían. A veces les cantaba, desafinando, y en otras declamaba poemas sentimentales y me olvidaba del final. Les guardaba el correo y yo mismo les escribía postales y cartas y les metía todo junto con los diarios por debajo de la puerta, y después me dormía ahí mismo, aplicando la técnica de los vigías, listo para estar en mi lugar cuando por fin salieran. Cuando me venían muchas ganas de hablarles, bajaba a la playa y me ponía a gritar con piedras en la boca, náufrago o genio de botella, contándoles mis peripecias, narrándoles historias de navegantes y corsarios y haciéndoles preguntas viciosas que yo sabía que nadie habría podido responder. Era suficiente que supieran que yo estaba ahí.

Dejándolas apertrechadas huía otra vez hacia Santiago buscando parecidos imposibles en otras mujeres y homenajeándolas en las caras de las monjas y las cocineras y las putas. Cigarrillo tras cigarrillo yo caminaba y husmeaba en las vitrinas de los cafés y me asomaba a la ternura de esa ciudad, que bien podía ser una muchacha reclinada en una mesa dibujando clandestinamente al barman y depositando para siempre en mi memoria el nacimiento de sus pechos. En otro bar podía encontrarme con Leonor, habladora brillante y enfermiza; o con Rafaela, la turnia voluptuosa; o con Mariana, que tenía que morirse luego porque era demasiado inteligente y reventada; o con Josefina, que tenía cuitas con la noche y solía huir hacia los puertos para venderse sin cobrar un solo peso. Sentada en las rodillas de un bucanero, Josefina me saludaba con el brazo, pasaba por arriba de las mesas y se me colgaba del cuello. “Nunca fui

tan feliz como esa noche tremenda que pasé contigo”, me decía, aunque después yo me enteraba de que les había dicho lo mismo a Jota Jota y al Gordo y al Negro Carmelo. La segunda vez que me dijo exactamente la misma frase pensé que estaba bromeando, pero cuando la repitió otra vez al encuentro siguiente advertí que era su manera de dejar la línea abierta, del mismo modo que otros para eludir el escozor del silencio preguntan la hora o comentan algo sobre el frío o el avatar político de turno. Josefina desapareció una noche y se extendió el rumor de que tenía cáncer a la mama izquierda y estaba tratando de morirse antes de tiempo por ahí, en un sanatorio clandestino, aunque no faltaron los que dijeron que se había enamorado de un capitán y se había perdido por los océanos en la cocina de un barco pesquero. Pienso en Josefina, cantando en la mesa, con las nalgas metidas en las rodillas de un borracho, y pienso en todas esas noches marcadas por la incertidumbre de llegar hasta el amanecer, y por el miedo. En Santiago todos hablaban y engullían, aunque al día siguiente se murieran de pena o de hambre. Pero yo no alcanzaba a saberlo, porque tenía que volver a Playa Blanca con tres o cuatro libros y varios kilos de azúcar, de papas y de arroz. A todo eso lo llamábamos ambigüedad. Daba demasiado miedo llegar a saber su verdadero nombre.

18

It dranked dandy, but Lord the afterwards, dijo Lucía, dudando si la siguiente botella a destapar sería Viña Macul o Concha y Toro, y después me habló de Nelson Algren, el de la cita, pero yo no podía concentrarme, qué va. Apenas pude pensar que la de ella era una modestia tramposa del tipo Borges: el síndrome del individuo al que si tú le preguntas si juega ajedrez, te dice: “No, en fin, un poco”. Y tiempo después te enteras de que había perdido dos partidas en las semifinales de Melbourne contra Boris Spasski y había resuelto que nunca más se sentaría ante un tablero porque *no sabía jugar*. Algo por el estilo. Lucía estaba en una faena que me era familiar: mirando la puerta. Natalia se había ido otra vez, hacía algunos días, pero Lucía y yo sabíamos que iba a reaparecer de un momento a otro. Y más nos valía, porque ya nadie daba pie con bola, porque de un momento a otro íbamos a comenzar a disputarnos a

botellazo limpio, porque estábamos a un pelo de traicionarlo y pervertirlo todo entregando las manos en abyecta rendición, el segundo previo al momento en que nos dejaríamos ir de una buena vez y lo entenderíamos todo en un instante monstruoso que de seguro no podríamos perdonarnos jamás cuando después lo leyéramos en las páginas de la crónica roja.

Lo supe de inmediato: era el punto muerto del que tanto alarde hacía Jota Jota (aunque nunca supe realmente qué mierda era el punto muerto; me limité a padecerlo). En fin. Lucía había intentado hablarme, había caminado en círculos de un modo que no era el de siempre, había dejado caer algunas preguntas relativamente estúpidas. Yo la había mirado más de la cuenta, y ella lo sabía. *¿Y entonces qué?* No podíamos, no podíamos porque Natalia no estaba, y éramos incapaces de no pensar en qué estaría, dónde, con quién. Y lo único a que atinamos fue quedarnos ahí, con aire de efigie Giacometti. Nadie se atrevió a inquirir, por ejemplo, quién besaría primero a Natalia cuando llegara. Lucía me fue descargando un resentimiento soterrado a cuenta de la ausencia que nos penaba, y yo se lo devolví, en pildoritas, y cuando por fin asomó Natalia saltamos sobre ella porque a esas alturas habíamos bebido demasiado, o eso fue lo que dijimos, y Natalia preguntó qué nos pasaba y yo dije nada, todo está bien, princesa, todo está bien.

Terminamos un pisco sour en exceso azucarado y resolvimos ir al Restorán Cría Cuervos, un sucucho en el que se podía comer pasablemente y bailar rumbeado y no tan rumbeado. Apenas estuvimos en la calle advertí que

andábamos en lo de siempre, caminando horizontales por las paredes, mientras catábamos el whisky que yo llevaba en el botellín y Lucía se perdía tartamudeando el axioma numerológico de los besos, planteando con matemática pedantería que cada individuo llega al mundo con una cuota limitada de besos y los va gastando a medida que pasan los años y si no los descargas vas a tener que dedicarte a fabricar granadas, o a poner bombas en los restaurantes, o a escribir libelos religiosos en periodicuchos de mala muerte. “El problema es el último beso”, dijo, añadiendo que el infierno es una imagen: una mujer o un hombre que una mañana, frente al espejo, descubre que le quedan sólo siete besos. *¿Y entonces qué?* Entonces seguíamos pisando las calles de Santiago con la intención de llegar lo antes posible al Cría Cuervos y de oreja a oreja nos pasábamos el walkman, cargado con el mismísimo Luchito, y fue entonces cuando me dije “mierda, me siento tan solo”, pero traté de no pensar en idioteces y me limité a exigir la vuelta del walkman como si fuera un pito colombiano, aunque de seguro era carroña y nos hacía pedazos el hígado y nos llenaba de flatos. Camisa a camisa íbamos caminando por el medio de la calle. Lucía y Natalia se habían tomado de la mano y yo avisaba de los bocinazos. Luchito se había roto el cráneo y yo pensaba en algodones, que nadie fuera a ver la camisa manchada. Luchito había llegado al cuarteto quince y yo lo maldecía, como corresponde, *pero en las noches como arrepentido*, etcétera.

Llegamos por fin al Cría Cuervos. El restorán estaba lleno, no había mesas, pero era imposible claudicar cuando

esa noche apenas asomaba. Decidimos esperar en la barra, aunque la gente hablaba a los gritos y la música era un estruendo, mientras algunos bailaban en la pista y otros ensayaban el famoso asado melipillano, especialidad de la casa. Cuando nos sentamos a la mesa, otra vez nos reímos, estúpidos, y no podíamos parar. Natalia estaba hermosa como nunca antes, lo juro, pero Lucía también, y en la mesa del lado había una morena que no me despegaba el ojo, y tampoco me lo despegó cuando nos topamos a la entrada del baño. De dónde eres, le dije, por decir algo, y me respondió con una risa que significaba de la luna o algo por el estilo. Entonces se metió en el retrete de las damas y yo ya iba detrás, pero apareció una señora parecida a la suegra de Condorito y me dijo permiso, tras lo cual me vinieron unas ganas tremendas de cagar y no tuve otra que poner un papel de diario en el borde del wáter de los caballeros y sentarme con un librito de Pablo de Rokha, que siempre lo salvaba a uno en esas emergencias.

Un rato después yo estaba de vuelta en la mesa y ya no me sentía solo y Lucía y Natalia hablaban y hablaban y yo las escuchaba feliz como un gusano. Juro que me bastaba escucharlas. Habría podido hacerlo durante toda la noche, pero entonces arremetió la morena otra vez, con una servilleta escrita que metió debajo del cenicero, y nuevamente enfiló hacia el baño. Y allá iba yo, pero Natalia me propuso que bailáramos, y lo hicimos, aunque ella hablaba sin parar y yo no podía con más palabras. Todo el mundo parloteaba demasiado y yo ya había hablado con sobrepeso durante años. Vino una especie de bolero, la pista se llenó

y de pronto me encontré en el medio tratando de moverme con Lucía. Fue entonces cuando sentí su mano tocándome el cuello. Con falsa displicencia, con ternura, falsa o verdadera. Alguien había apagado las luces. Ya nadie hablaba. Sentí por ahí el olor de la morena, que se le había colgado del cuello a un pelado, pero sólo Lucía, Natalia y yo podíamos caminar horizontales por las paredes, y además Lucía no sacaba la mano de mi cuello. Juro que sentí su taquicardia, aunque bien puede haber sido la mía. Lo otro que sentí fue el roce de su pelvis y ese sudor de pesadilla que ella sólo sabía regalarle a Onetti, aunque el viejo Onetti tuvo la mala suerte de no enterarse nunca. Más nada, dijo Lucía, creo que bromeando. Más nada, dije yo, por si acaso, pero entonces habían vuelto las luces y se había terminado la música y nosotros seguíamos allí, en un nudo, hasta que llegó el momento en que volvimos a la mesa y lo advertimos: Natalia había partido.

19

Me sentía asqueado de las grandes avenidas y para huirle a Vicuña Mackenna me metí de un salto por Almirante Simpson, crucé el Parque Bustamante como si nunca hubiese existido, sin siquiera otear por hábito a las parejas, y fui a dar a la calle Obispo Salas. Entonces se me ocurrió: disfrazarme de obispo. Pero me fatigó de antemano el esfuerzo, y pensé que era más fácil echarme encima una camisa blanca, poner cara de imbécil y hacerme pasar por mormón. Pero tampoco lo hice, porque no estaba para juegos, y además no quería irme para la casa. Lo que no podía, en realidad, era encontrarme con Lucía. Había pensado todo el día en ella, cresta, o en su olor, y no podía arrancármela de encima. Para peor, en algún momento ella me había metido un libro del poeta Armando Rubio en el bolsillo de la chaqueta. Cuando lo noté, supe que iba a tener que vérmelas con Rubio, que se había muerto muertísimo

pero para mí nunca podría morirse muertísimo. Uno puede caminar con un muerto durante toda la vida, según Hurtadito. Yo no caminé toda la vida con Rubio, pero unas cuantas cuadras sí, y aproveché de recordar que había aprendido a llorar. Me mandé algunos lagrimones mientras le contaba a Rubio de Lucía, aunque él insistía majadero en que la parecida a Isadora Duncan era Natalia. Mentira, porque Natalia hablaba demasiado a la hora de bailar y además bailaba pésimo, para qué vamos a decir una cosa por otra.

El crepúsculo y toda su pompa ya no me conmueven, dijo Rubio. *Tantas palomas muertas: huelen a chimeneas*. Y yo seguía hablándole de Lucía y de la última noche. La verdad es que Rubio estaba muerto de la risa, si cabe la expresión. Son huevadas, decía. Y tenía razón, probablemente, pero yo me limitaba a botar congestiones varias en la vereda, las iba dejando caer como granadas mientras Isadora bailaba entre los muertos, todos los muertos. Rubio se había puesto unas alas amarradas con alambres en las hombreras y mordía uno de esos pitillos que siempre parecen estar acabándose mientras te queman las uñas. Nos sentamos en una plazuela detrás del Hospital Salvador; él soltó un eructo, sonrió satisfecho y leyó:

Amo a la ciudad más que a nadie:
las calles y los edificios
noches pobladas de mamíferos
domésticos y astutos, que transitan por bares
y beben, y comen, y se ríen, y se ríen, y se mueren.

Le dije que no tenía derecho a hablar de la gente que se muere, porque estábamos en desigualdad de condiciones, o al menos eso creía yo, y le pedí que por favor me dejara hablarle de Lucía. “Qué bestia”, dijo, “si yo la conozco más que tú”. Me liquidó, porque era cierto: la noche se había ido y yo no sabía quién era Lucía. Le pedí entonces que me contara de ella, pero se negó, arguyendo que eso era como pedirle que me leyera los poemas que había escrito después de haberse muerto. Canalla, le dije. Canalla tú, dijo, y yo sabía por qué me lo estaba diciendo, y entonces le pedí perdón y le di un abrazo y él también me pidió perdón y le metí en el bolsillo una cajetilla de Marlboro y seguí hablándole de esa Lucía que se había metido en el baile y en mi piel al mismo tiempo, y Rubio sacó entonces un limpiaparabrisas y un espejo retrovisor que decía *ciudadano honorable y bien peinado, pero triste, más triste que un domingo en una plaza, más triste que un cigarro y sin embargo*.

En la misma salida del Cría Cuervos con Lucía nos habíamos metido en un taxi, del cual el chofer nos bajó al rato a los empujones acusándonos de putos y pervertidos, y entonces caminamos bajo la lluvia y nos cobijamos en el primer hotelucho que se nos cruzó por las narices, y que resultó llamarse El Paraíso. No era precisamente el paraíso, pero tenía las sábanas limpias y no olía a semen, aunque sí a perfume ambiental, y tenía las ampollitas rojas. “Te odio”, dijo Lucía, dejándose caer en la cama, momento en que se quebraron dos tablas bajo el catre. No sé por qué me dijo te odio y tampoco supe qué responderle cuando me preguntó dónde habían quedado sus anteojos. En realidad

no tuve tiempo, porque acto seguido prosiguió con la tarea que había iniciado detrás de las cortinas en el Cría Cuervos: chupármelo. Claro que esta vez hubo una diferencia: no me venía ni un asomo de erección. Nada. Su lengua era algo asombroso, créanmelo. Hubiera querido decirle que nos quedáramos para siempre a vivir en ese tugurio, pero nada: mi pene seguía mustio como un bigote. Estás ahí, preguntó ella, con un testículo en la boca. Sin pantalones, respondí, pero de inmediato me di cuenta de que en ese momento era bastante idiota decir nada, algo así como ponerse a ponderar el absurdo matrimonio de Linda Loring con Philip Marlowe sin otro objeto que ahuyentar el insomnio.

A medida que yo le iba contando del chasco del hotel, Rubio no podía evitar reírse cada vez con más ganas. “Disculpa”, dijo, apretándose la guata, “es maravillosamente ridículo”. Y entonces yo me contagié y empecé a reírme también mientras caminábamos por Alonso Ovalle luego de eludir deliberadamente las librerías de viejo de San Diego. “¿Y qué pasó después?”, preguntó Rubio. “Nada”, le dije, “me quedé dormido y cuando me desperté Lucía ya no estaba, aunque había tenido el buen tino de pagar la cuenta del hotel”.

Con cierta torpeza Rubio comenzó a mover las alas, que a decir verdad estaban llenas de hoyos y marcas de rouge y de cigarros, y me dijo que tenía que partir, después de soltar una última risa cuando discurrió un asalto a un banco y destacó los titulares de los diarios del día siguiente: AL QUE SE MUEVA LO MATO (a ocho columnas), y debajo mi foto tamaño carnet con una frase en tipografía

minúscula: SE MOVIÓ. Agregó algo más, pero no lo pude oír porque se había perdido en la esquina. Seguí caminando y advertí que pensar en Lucía ahora me hacía bien, y me vino una ternura madre y le di las gracias al infame Rubio, quién sabe si seguía por ahí con la oreja parada. Le grité que me estaba poniendo más flaco que él y sostuve que se me habían quitado las ganas de morirme, por ahora, y proseguí mi camino, campante, pensando en Lucía, convencido de que me había metido en los bolsillos toda la alegría de estas tierras, y a lo mejor era cierto. Compré entonces una botella de vino y me puse a correr, porque supe que tenía que llegar de inmediato al único lugar del mundo: la casa. Allí me encontraré a las dos malditas, pensé. Lucía estará subrayando libros y Natalia celebrando algún rito prohibido. Yo seguía corriendo y se me ocurrió que podría llegar a la casa con un par de muletas, o con el correspondiente violín, o con un cuchillo carnicero y belicoso ademán de enajenado. A la mierda, me dije, parece que llegamos al final. Dos veces estuvieron a punto de atropellarme, pero seguí corriendo sin responder a los insultos. Natalia estará vestida de ceremonia, mirando la puerta, a la espera de la entrada del último jamelgo, o sea yo, y Lucía en su rincón, mirando la mesa, porque ahí estarán todas las cartas. Lo único que tenía claro era que no debía detenerme. Corría como un desaforado, tropezando con toneles de basura y con latas de cerveza, y pensaba que después de todo quizá valía la pena haber sobrevivido al invierno, y podía verme con un teleobjetivo, atravesando la ciudad y gritando tengo

que llegar, maldita sea, tengo que llegar, y todo el resto es literatura.

Pero era tarde. Al llegar a la esquina supe que, otra vez, había fallado: la casa estaba en llamas. Tal cual. Un incendio. Había bomberos, un grupo numeroso de curiosos y un carro policial. Me deslicé entre el gentío, me fui aproximando y llegué hasta una ventana, y entonces vi lo que no puedo contarles, las llamas metiéndose entre los ojos de las máscaras, entre mis papeles y mis ropas, el espanto de un humo negro con olor a etiqueta de botella. De Lucía y Natalia, ni rastros. Quise acercarme más, pero un bombero transpirado me sacó con un empujón y algunas diatribas. Pero ya había guardado para mí la tremenda imagen, desde la ventana, de las máscaras con las cuencas quemadas. Me dio por toser y replegarme, doliente, aunque confieso que no estaba triste, y oscuramente me satisfacía pensar que de ese modo desaparecían todas las necedades que yo había escrito.

Un rato después no quedaba nada. Apenas algo de humo, la ceniza, unos cuantos mirones y los agentes que seguían examinando y preguntando por los dueños de la casa. Un tipo de bigotes ensayaba una descripción que podía ser la de Natalia. Alguien había llamado una ambulancia, y me dieron ganas de meterme dentro. Fue entonces cuando apareció Beatriz y me tomó del brazo. ¿Les había hablado de Beatriz? No importa. El asunto es que era olvidadiza como ella sola, vestía de riguroso negro, me miraba emboscada en unos lentes oscuros y hablaba con

cierta ansiedad, convocando talismanes del tipo Jack el Destripador y el poeta Teillier.

—Yo lo vi todo —dijo.

Sus palabras me llegaron como un telegrama de Natalia, o un llamado desde la Posta Central, o una reflexión apurada entre cadáveres y ranas en la oficina de Hurtadito. Lo primero que hizo Beatriz, a renglón seguido, fue preguntarme quién era Natalia. “Qué linda”, dijo. Después inquirió por Lucía, asegurando que había sido la culpable del incendio, “pero es lo de menos”. Sin soltarme el brazo me llevó a una fuente de soda y se mandó dos piscos al seco en el tiempo en que yo calentaba uno. “Sí, lo vi todo”, repitió, pero yo no quería que me contara, y entonces me habló de una casa muy grande en la que yo podría dormir en esa emergencia. “Qué preocuparte”, dijo, “allí hay pan, café y cigarrillos. ¿Qué más?” Había algo más, pero no lo dije, y partimos, y yo no podía emitir palabra aunque lo único que quería era preguntar qué había sido de Natalia y Lucía, pero me producía terror imaginar la respuesta, y Beatriz lo entendió y no dijo nada y se limitó a sonreír levantando sus lentes y dejándome caer con toda impunidad unos ojos negros que eran más que ojillos y más que ojos y más que ojazos y más que muchas otras cosas, qué huevada.

20

Y así fue como llegué a la Casona de las Catorce Locas (como la bautizó Lucía al poco andar), que era una vetusta mansarda mezcla de caja de zapatos y hangar venido a menos, lo más cercano a la utopía de la Ciudad de las Mujeres que alguna vez se elaboró en el Cono Sur; no puedo asegurar que todo esto fuera cierto, pero las certidumbres nunca nos preocuparon demasiado. Beatriz me había conducido hasta allí como lo hubiera hecho con un ciego, y apenas traspuse la puerta me encontré con Lucía y con Natalia, que estaban empeñadas en cubrir con pintura negra las paredes de una pieza, con la idea de llenarla después con manchones, tijeretazos de colores, frases improvisadas y signos de interrogación. A las malditas no las reconocí enseguida, porque se habían tirado encima unas máscaras bastante chamuscadas que habían rescatado del incendio, aunque no tardaron en delatarse con la risa y con

un par de garabatos. Me empujaron entonces encima de un colchón y se pusieron a olfatearme para ver si yo era yo, pero nos interrumpió la amnésica Beatriz, arguyendo que tenía que presentarnos, que no era aconsejable que nos midiéramos los olores antes de conocernos, terca y sinceramente convencida de que Natalia, Lucía y yo jamás antes nos habíamos visto. “Ella es Natalia, ella es Lucía”, dijo Beatriz, pero entonces se deprimió porque se había olvidado de mi nombre y se fue de la pieza con un portazo luego de inventar sobre la marcha algo sobre mi biografía, como un modo de ser buena anfitriona, supongo. Después Lucía me contó que ellas habían llegado allí tras el incendio, rescatadas por Valentina, otra de las catorce, y estimó que era natural haberme reencontrado tan pronto “digamos que por azar”. Entonces miré a Natalia, que temblaba, sacudida mitad por una taquicardia, mitad por una soledad del carajo, y advertí que estaba recién escapándole a una nueva crisis. “Del incendio salió transformada en un volcán”, explicó Lucía, sacudiendo la cabeza. “Tuve que seducir a dos carabineros para que no se la llevaran”.

—Y aquí estamos —dijo.

—Aquí estamos —repitió Natalia, que aún arqueaba los ojos en estado peligroso, el párpado haciendo una aceituna.

—Aquí estamos —dije yo, metiendo una brocha en el tarro de pintura y pensando en apurarme para alcanzar a escribir lo de Aragon, *vivo desde hace mucho tiempo mi último minuto*, o alguna frase optimista por el estilo.

Pero nos estábamos poniendo demasiado serios. De las risas Natalia había pasado a un quejido silencioso, aunque

no estaba propiamente triste. Pensé de todos modos enviar un SOS a Beatriz, aunque intuí que no serviría demasiado. “¿Dónde estamos?”, pregunté. “Por Avenida Matta”, dijo Lucía. “¿Quiénes son esas mujeres que vi al entrar?”, insistí. “Las catorce locas”, dijo Lucía, y desde ese momento la Casona fue la Casona, la grande, la inolvidable, y las catorce fueron las catorce para el resto de la vida, aunque nos quedara apenas un minuto. Entonces Natalia espetó:

—¡Puuutas, se me quemó el sombrero!

Y soltó un extraño aullido mezclado con risas, hipos y jadeos, la cabeza enterrada dentro de la almohada, y yo no pude seguir probando con la brocha y en un impulso decidí meter mi cabeza entre las piernas de Lucía con ganas de irme para adentro y no tener que hablar con nadie durante un año y ocho meses. Pensé otra vez en Aragon (*no hay límites en la melancolía humana*), pero aunque me concentré apretando los ojos el tipo no se apareció, y lo maldije a él y a su Elsa y toda su licantropía, porque era verdaderamente de mal gusto no aparecerse en un momento como ése. Pero Pablito de Rokha se asomó oportuno como siempre en cuanto me senté en el baño con principio de diarrea y, haciendo un puente entre el bidet y una tina que parecía un jacuzzi del siglo diecinueve, declaró que *no entiendo cómo soy, ni en dónde estoy, ni cuándo soy, ni soy, o yo soy otro, distinto, universal, acumulado*. A Pablito lo quise un poco más y lo dejé colgando turno en el WC, a punto para el siguiente salvataje, y volví a la pieza y vi a Natalia que para variar se había encuerado, de pie sobre un baúl, quejándose de que se sentía asquerosamente cansada.

—¿Cómo se llamaba esa famosa película, con Jack Nicholson, donde al tipo lo meten a un manicomio? —dijo—. En fin, se me vino a la mente ese personaje que no habla, se supone que es mudo, hasta que un día le pasan un vaso, creo, y dice: “Gracias”. Y entonces, claro, el estupor de los otros, y alguien le pregunta por qué nunca antes había hablado. Y él responde: “Porque no tenía nada que decir”.

Otra vez la vi venir, a Natalia, y pensé que nos urgía un libro de algún mago redentor, pero yo no tenía fuerzas ni para levantarme a buscarlo y Lucía estaba ocupada otra vez en pintar de negro los muros. Natalia se puso a hablar con ese tono imperioso tan detestable que antes sacaba del sombrero y ahora de no sé dónde, pero no había modo de detenerla. Dijo que no bastaba con querernos, que era necesario *creer en algo* para vivir y un par de necedades más por el estilo. Después discurrió que debíamos salir a la calle a buscar al chileno más idiota de todos los idiotas, quizá podríamos darle algún sentido a todo esto haciendo una ruma de idiotas, seleccionándolos, cotejándolos, haciéndolos hablar en un concurso y terminar a los puñetazos con el ganador. Luego se preguntó seriamente si los verdugos calentaban el café en la silla eléctrica. Después juró haber visto a una gallina caminando resueltamente hacia un restorán de pollos a las brasas, pues quería reconocer el cadáver de su hijo. Acto seguido Natalia se dedicó a desparramar interrogantes lamentables del estilo: si el Papa tiene una erección, ¿lo protege la sotana? En otro momento nos preguntó, sinceramente preocupada, qué debíamos hacer para evitar la trágica suerte del trapecista que recuerda

que lo abandonó su novia en el mismísimo momento en que va por la mitad de la cuerda floja. Con Lucía la escuchábamos a medias, con resignación, mientras yo me arrimaba por detrás y le besaba la nuca, hasta que Natalia se dejó caer abruptamente y se quedó dormida. Me introduje entonces por una ranura entre ambas y no supe más de mí hasta que a la mañana siguiente Valentina y Beatriz nos despertaron con un cornetín y una pandereta cantando la Internacional.

—¡Proletarios del mundo, uníos! —gritó Natalia, saltando de la cama y cubriendo con un solo abrazo a nuestras anfitrionas.

Valentina era linda, aunque flaca como un abrebotellas, y Beatriz vestía como siempre de negro y esta vez había ocultado sus ojazos detrás de unos lentes playeros: la muy amnésica había olvidado que estábamos en invierno. Las miré a ambas y las quise de inmediato, razón por la cual me fui despegando prestamente de Lucía, porque nos habíamos dormido aferrados con la desesperada convicción de los siameses. Pensé en túneles y hollín y trenes, y me vinieron unas ganas tremendas de partir sin dirección, sin identidad. Pero Natalia a esas alturas ya había inventado el itinerario de un tour que realizaríamos por la casa. “Ya viste a Beatriz y Valentina, pero todavía hay doce locas que no conoces”, me dijo, eufórica, palmeándome el trasero.

La Casona era muy vieja y húmeda y estaba dividida por biombos y anaqueles y con dos pisos que probablemente nunca existieron, salvo por las escaleras de culebra en las que solíamos escondernos y jugar al tobogán. Un buen

tiempo pernoctamos en ese curioso lugar, después de que las catorce celebraran un plebiscito para decidir si yo podía quedarme pese a ser varón, y tras un arduo debate me aceptaron, sosteniendo que algo había en mí de las mujeres, aunque nunca me quedó muy claro qué quisieron decir con eso. Otros tipos entraban en esa casa, y a menudo, pero un tácito pacto les impedía permanecer más de algunas horas, y sólo hasta medianoche, y muy pronto estuvo claro que yo cumplía el rol de nochera, además de cocinero y confesor y rajatablas, y entonces me dediqué a deambular por las piezas, picoteando aquí y allá, en pantuflas y calzoncillos, y les contaba del tiempo y les elegía la ropa y ellas me daban consejos existenciales según el horóscopo del día, y entonces llegaba la noche y yo volvía donde Lucía y Natalia y les relataba mis asaltos, que empezaban y terminaban en esa casa, aunque en el medio estaba el mundo y yo no lo sabía.

En algún momento me enamoré rabiosamente de Tania, que tenía un perturbador arsenal de ternuras del tipo *Ladrón de bicicletas*, aunque demasiados dientes, y en otro me perdí completamente en las tinieblas de la tímida María, que se había quedado pegada en el Neruda veinteañero y a cualquier hora podía preguntar si la noche estaba estrellada, o bien insistía empecinada en que todo en mí era naufragio, y era verdad, pero a mí me daban ganas de largarle alguna pachotada estilo Henry Miller, o responderle con algún artefacto metafísico de Enrique Lihn, aunque apenas me daba para atrincherarme como un mocosito en su cadena toda huesos. Después estaba Blanca, que en realidad era una mulata que ni les cuento, pero

nunca dejó de ignorarme con elegancia, porque vivía atravesada por un cretino con las uñas limpias que se la tiraba con los zapatos puestos, al que por cierto yo expulsaba matemáticamente apenas el reloj daba la medianoche. A Claudia, la chascona, la había seguido durante una tarde entera por calles y barriadas de Santiago, y estaba a punto de consumir el asalto cuando la vi entrar a la Casona, descubriendo desconcertado que era nada menos que una de las catorce. Nunca me perdonó no haberle hablado en la calle. “Despilfarramos la única posibilidad de darle una vuelta de tuerca a la historia”, dijo, con una sonrisa insoporrible y el bikini a modo de cintillo. Después estaba Maricarmen, la mayor, la más niña, que dormía con veintiocho muñecas y se pintaba pavorosamente la cara con tonos morados y granates que la dejaban a mitad de camino entre punk y perestroika. Pude enamorarme de ella, pero la pobre cometió el error de prendarse de Natalia, y le costó caro, porque Natalia era urgentísima Natalia.

Pocas veces quise tanto a alguien como a Domitila, una gorda asombrosa y alcohólica que medía casi un metro noventa, a quien su madre le había puesto ese nombre porque le encantaba Papelucho. Cuando me sentía triston, cuando me detestaba más de la cuenta, cuando abominaba de mi nariz en el espejo, terminaba invariablemente practicando el andinismo en las carnes de Domitila, que rezumaban aguardiente, pero del bueno, hasta que Natalia volvía del viaje último, o Lucía se asomaba para leerme sus reflexiones, aunque para ese entonces le había dado por textos macabros que me clavaban a la cuerera y me obliga-

ban a taparme las orejas con algodones y ponerme fósforos en los ojos para no dormirme de aburrimiento. Otra que me obligaba a batallar sin respiro era Tamara, la bella, que salía eufórica cada mañana tras el grandioso rito cotidiano de la Internacional y volvía por la noche literalmente hecha pedazos, un asco, arrastrando apenas su esqueleto y quejándose del sucio mundo. Natalia tuvo la mala idea de llevarla algunos días por ahí, con el vago argumento de que era tan bella como Lucía, o casi, y fue para peor, porque la buena de Tamara volvía hecha un remolino y respondiendo preguntas que nadie le había hecho y farfullando presuntas profecías y hablando apocalípticamente del caos y del desorden universal pero sin saber todas las palabras, y yo debía pasarme la noche entera peinándola y aprendiendo de sus eclipses y tratando de entenderla y al mismo tiempo empezando a olvidarla antes de que fuera demasiado tarde y me olvidara ella.

Todo esto para decir que debía andarme con cautela. Esa formidable sensación de opio, irrealdad y sicodelia podía hacerme añicos en cualquier momento si no era capaz de desertar a tiempo; huía periódicamente de ese lugar y repudiaba las pastillas de dormir: sólo podíamos darnos el lujo de soñar a medias, porque es aviesa mentira que los sueños se han hecho para el olvido; su única justificación es precisamente el recordarlos. “Soy una Madame Bovary con menopausia”, sostenía Estela, otra de las endemoniadas, con quien una noche diseñamos un meticuloso plan para fugarnos a Brasil, jurando que era tan fácil como romperle el cráneo a una anciana prestamista,

pero el intento fracasó porque quisimos incorporar a Pamela en la aventura y ésta, hay que decirlo, arrugó. Pamela era alevosamente fea, pero exudaba un atractivo oblicuo y poderoso y amenazaba todas las noches con Hiroshima y manejaba el cuchillo como una profesional desde que se había enamorado del Adriano de la Yourcenar y se pasaba la vida diseminando a tajo y destajo frases como: “Comienzo a sentir el perfil de la muerte”. Ante tales embestidas no me quedaba otra que refugiarme, por ejemplo, en el cubículo de Alejandra, grande compinche de la tremenda Antonia: se la pasaban abrazadas o de la mano relatando visiones, imágenes oníricas e historias eróticas imposibles de creer, haciendo siempre bromas pesadísimas y repartiendo humor negro por toneles en todo el diámetro inmediato, aunque a menudo terminaban clavándose las uñas sin amor. La verdad es que a ambas llegué a quererlas más de la cuenta, qué hacer. Hubo un período en que me encerraba casi a diario con ellas, y en una gritería de marranos éramos capaces de tomar el mundo con todas las garras y disectarlo en pedazos con un taladro y sicipatía en cuotas razonables, porque a fin de cuentas todo no era más que palabras, frases mutiladas, pervertidas, un estúpido quebrantahuesos. Alejandra, por lo demás, tenía una obsesión infantil de maravilla: el examen de su propio sexo. Me instaba a observarlo durante horas, estirándolo como una goma, desplegando las aletas de la vulva a la manera de ventanas, con el argumento de que tenía “un cáncer histérico” metido justo ahí, lo que nunca tuve tiempo de constatar. Antonia en cambio se la jugaba toda en fabricar

su propia despedida: había tratado de suicidarse cuatro veces y se veía venir en cualquier minuto el envión definitivo. Tenía los brazos llenos de cicatrices y el bolso invariablemente cargado con libros melancólicos del tipo Marcelina Desbordes Valmore o María Luisa Bombal, pero al mismo tiempo era capaz de ejercer un gran cinismo, como cuando desde la ducha gritaba que el mayor acto de egolatría es un suicidio no consumado, tras lo cual salía del baño con la bata abierta y retozando y podía hablar durante horas de redenciones y venganzas colectivas, riéndose despiadadamente a costa de sí misma o, por ejemplo, de Brunilda. Notable, Brunilda. Tenía un no sé qué de popular, hablaba con una mezcla de arcaísmos y frases groseras y llevaba pegado el diario *El Siglo* bajo el brazo, aunque tenía el problema de que se tomaba las cosas demasiado en serio. Era el tipo de persona capaz de colgar sobre la cama un retrato del Che Guevara, o de creer que la Unesco sirve para algo, qué sé yo. La pobre creía que la vida era verdad.

Y en ésas andábamos, y no era poco. Cuando cerrábamos la Casona y salíamos todos a la calle, el asunto se transformaba en un raro guiso entre bacanal y peregrinación. Valentina y Beatriz se ocupaban de ir adelante, en una suerte de liderazgo que apoyaban en los ojos de Natalia e ignorando por principio los dislates que se producían en el tránsito. Era el único modo de no capitular, presumo. A veces simulábamos peleones colosales arriba de los buses y en otras desmayos en los puentes. Cada uno iba en lo suyo: Brunilda pegoteaba afiches subversivos, Estela provocaba

con piropos a los tipos con corbata y María recogía monedas con su boina gris versión calle Maruri. Una tarde nos vestimos todos de negro, nos tiramos polvo talco en la cara y atravesamos en total silencio el centro de la ciudad, con el único objeto de espiar la reacción de los transeúntes, pero ninguno reaccionó. En otra ocasión vino la lluvia: los combates comenzaron a paraguazos, siguieron con el barro y terminamos todos a resbalones dentro de la fuente de una plaza. En otra montamos una especie de canchán de mala muerte en el mismísimo Bar Inglés, con Beatriz y Valentina pintarrajeadas como maestras de ceremonias, Domitila haciendo el tragafuegos y Blanca y Tamara en el estrellato de sus vidas con una danza del vientre que apenas daba para twist de colegiales pero que igual dejó la polvareda. Fue una noche imborrable. Entre lance y lance yo no dejaba de enviarme un vaso tras otro, trataba de desaparecer en la muchedumbre, a ratos me colgaba de una cintura para evitar la caída y de repente me daba por aplaudir porque Santiago era una fiesta y porque eso no era la gloria, pero se le parecía. Los mesoneros me hacían dudosos guiños de complicidad, me metían triple alcohol en cada copa y me miraban como mirarían a un viejo rey sarraceno que acaba de ser derrotado y que se cura de la pena haciendo magines catárticos y pases de alquimia para no perder a sus princesas. Pero yo hablaba apenas, y desde el fondo seguía los movimientos de Natalia, y Natalia miraba a Lucía, y Lucía por debajo de la mesa me apretaba una mano porque sabíamos que todo estaba a punto de reventar como la mierda aunque no sabíamos cómo, ni cuándo, ni dónde, y

sobre todo no sabíamos por qué. Entonces salimos otra vez a la calle y me puse a pensar en ese par de mujeres y no sé cómo me perdí y me encontré caminando solo en la mitad de la noche, y estaba a punto de ponerme triste cuando un ladrón se hizo presente en una esquina y me apoyó un cuchillo en el cuello, pero yo no pude hacer otra cosa que vomitarle una carcajada en plena cara, como haría cualquier imbécil que no tiene nada que perder.

21

Jota Jota había visto siete veces *Casablanca*, cada vez con la esperanza de que por fin Ingrid Bergman y Humphrey Bogart subieran juntos al avión, y nada. Eso era. No quedaba otra que seguir en la barra, esperando a Ingrid, hasta que soltabas el puñetazo en el mesón y terminabas en el lavatorio tratando de arrancarte las astillas de vaso que se te habían metido en la mano. La vida es una rabiosa o resignada o ciega acumulación de anhelos incumplidos, había escrito Natalia en la puerta del baño. Pasan los años y siempre es muy tarde cuando te das cuenta de que nunca has salido de la sala de espera del dentista, y que en la boca, en las uñas y en la pelvis apestas a cloroformo o directamente a cadáver. Te la pasas en el andén aguardando ese tren que nunca llegará, o pateando una cabina telefónica que se englutió tus últimas monedas, o escribiendo cartas de amor

a dos mujeres al mismo tiempo y metiéndolas después en los sobres cambiados.

Jamás pude entender por qué Natalia no tragaba a Jota Jota. El tipo mentía como un enajenado, es cierto, pero era sólo para no engañarse a sí mismo, aunque eso Natalia se negó a entenderlo. La mentira, como cualquier arte, era para él una manera de romperse, y llegó a posesionarse de todas las triquiñuelas del oficio. Si no te la juegas y no llegas hasta el fondo, decía, el resultado es una parodia de ti mismo o lastimosa autocomplacencia; y si en cambio quemas las naves el resultado es algo más digno aunque no mucho mejor pues no podrás evitar esa visión monstruosa que te devolverá el mundo como un espejo deformado y te mirará con pavor desde el otro lado de la ventana encerrado en un hotel de carretera, masturbándote con cierta melancolía, con el pantalón a media pierna y el dentífrico colgando sobre el espejo. Cuando fracasaba y cuando mentía, el Jota era brillante, eso sí, y a su modo fue configurando un vicioso universo del que nunca pudimos huir completamente (a veces era la temperatura, en otras el olor, y por fin una simple cuestión de virtualidades), aunque el bestia no pudo evitar una sonrisa escéptica cuando cayó con las alas rotas y despertó de bruces delante del formidable objeto putrefacto que había dejado caer sobre Santiago.

El asunto es que Natalia no dejaba de despotricar contra el Jota, pero entonces a Lucía se le metió en la cabeza que quería conocerlo, y comenzó a pedirme que le contara de él, y lo hice, y en el tumulto la cosa fue creciendo y cada

palabra que Natalia decía en su contra no hacía sino inflamar a Lucía y ya nadie la podía parar. “¡Ey, me estoy enamorando de Jota Jota!”, celebró, jurando que lo había soñado cuando niña en el internado e instándonos a que apuráramos el encuentro. Lo hacía con tal fervor que incluso a Natalia la fue seduciendo la idea y terminamos los tres preparando y discutiendo los detalles de la cita, mientras Lucía le enviaba diariamente flores a Jota Jota a modo de invitación y Natalia seguía escupiendo insultos, pero cada vez con menos convicción, y a escondidas le anotaba frases deliciosas en las tarjetas.

Pero el Jota, maldición, no se aparecía. Lo llamábamos y lo buscábamos. Nada. Anotábamos recados para él en los bares. Nada. Pienso en el Jota y pienso en ese hueco que siempre queda entre el deseo y las palabras. Era precisamente ése, sospecho, el lugar donde él se guarecía. Jota Jota era el tipo de persona que cuando le toca lavar los platos deja siempre las ollas remojando, por así decirlo. Una tarde llegó a buscarme, excitado, y en el camino me contó que había descubierto un galpón donde hacía gimnasia un grupete sin par de colegialas.

—Ya verás —dijo—, es tremendo.

Tuvimos que trepar por unos árboles, saltar hacia un patio y correr antes de que nos alcanzara un perro. Entramos en una especie de establo, llegamos a una cocina y subimos por una escalera cubierta de moho. Al llegar arriba nos topamos con una reja metálica. “Mete la cabeza y mira hacia abajo”, me dijo, “¿oyes la música?” Se oía, en efecto, una polonesa de Chopin o algo por el estilo. “¡Qué mara-

villa.”, bramó el Jota, metiendo a su vez la cabeza entre los barrotes. Miré hacia abajo: había allí una veintena de muchachas en mallas de colores que con cierta torpeza intentaban pasos de danza. Las dirigía una mujer enérgica con aire alemán que era la única preocupación del Jota. “Es una déspota”, dijo, “si nos sorprende va a armar un escándalo de la putamadre”. Seguimos en ésas durante un rato, y la verdad es que estaba comenzando a aburrirme cuando oí que Jota Jota soltaba un gemido. “Creo que estoy en problemas”, dijo. Lo miré, y tuve que morderme la lengua para no soltar la histórica carcajada que nos pondría en evidencia: se había quedado con la cabeza atrapada en la reja. Quizá el cerebro le había crecido de golpe, como a Caruso en Milán, o quizá la libido le había inflamado las venas del cráneo, cómo saberlo. El hecho es que los barrotes parecían haberse cerrado alevosamente alrededor de su cabeza. Me vinieron ganas de partir, discretamente, y volver al día siguiente con una colación para mi amigo, pero no pude. “Deja de reírte, huevón, y ayúdame”, dijo. No fue fácil: en una operación de orfebre, que requería de total silencio, tuve que lidiar bastante para abrir los fierros. Aunque ahora pienso que ser descubiertos hubiese sido magnífico. Puedo vernos con la cabeza metida entre los barrotes y la alemana dándonos latigazos en el culo y las muchachas bailando frenéticamente y contando los golpes y Chopin sentado al piano y sonando maquinalmente su música con gusto a comida de hospital. Al Jota, sin embargo, el asunto no le pareció en absoluto gracioso, y tuvo que pasarse varios días en cama con una tortícolis inolvidable.

Todo esto para decir que a esas alturas nos habíamos puesto a buscarlo con relativa urgencia, pero Jota Jota no aparecía. Y nunca más apareció. Una noche el Gordo nos despertó con un telefonazo y lo supimos. Al comienzo no le salían las palabras; después soltó una serie de ruidos que iba botando entre blasfemias y vocablos indescifrables. “Maldita sea”, dijo por fin, “el Jota se murió, el cabrón del Jota se murió”.

22

JOTA JOTA HABÍA MUERTO como en un póker. Llegamos a la oficina de Hurtadito esa misma noche y lo encontramos fuera de sí, completamente desenchajado, revolviéndose el largo pelo blanco, caminando en círculos y musitando oscuras imprecaciones. Hurtadito no había llorado: se había limitado a exigir que lo dejaran realizar la autopsia a solas, sin auxiliar, y se había encerrado con el cadáver del Jota durante cinco horas. Recién había concluido la tarea cuando llegamos. Estaba sudado y aún temblaba. “Una de las primeras cosas que nos enseñan en la Escuela de Medicina es el axioma de que todos los cadáveres son iguales. ¡Mentira! ¡Huevadas! ¡Eso es criminal! ¡Eso es transformar el arte en burocracia!”, dijo. “¿Puede un solo tanatólogo afirmar que no le cruza nada por la cabeza cuando tiene el cadáver de una mujer hermosa en la camilla? ¿Puede un tanatólogo no sentir deseos de quedarse

con un pie de su mejor amigo después de haberlo trabajado con la sierra?” Lucía arrojó una especie de resoplido, encendió un pucho, sacó fuerzas de no sé dónde y le preguntó de qué había muerto Jota Jota.

—De nada —dijo Hurtadito—, murió de nada.

Su oficina era un museo. Había allí un sinnúmero de cabezas que conservaba intactas con elementos químicos de su propia invención; entre ellas, la del carbonizado de Llay Llay, la de la Miss Chile envenenada y la del descuartizado de Quilicura, cuyo cráneo en años de trabajo él había ido rearmando pedazo a pedazo, como un rompecabezas, si cabe la expresión. En otros recipientes había cerebros de asesinos, pantorrillas de bailarinas, manos de electrocutados. Había fetos, senos, osamentas, tumores, ojos, testículos, páncreas y lenguas de diversa magnitud. Miré a Hurtadito, y su tremenda amargura se metió en la mía, pero no dije nada porque era apenas algo más que la tristeza del clown, o así la sentía, la soledad del titiritero. Natalia se había dejado caer con espasmos en una silla y no despegaba la vista del suelo. Lucía, pálida como jamás, murmuraba algo parecido a una oración o estaba relatando un partido de fútbol, quién sabe. “No entiendo”, dijo Hurtadito, que seguía caminando en círculos y apretando las palabras con el evidente ademán de quien está hablando consigo mismo. “Putas que no entiendo. El Jota murió con un espasmo cadavérico, ¿saben? Se trata de casos muy excepcionales. Los pocos que se conocen generalmente han ocurrido en la guerra, y alguna vez en un suicida. Pero el Jota no se suicidó, juro que no se suicidó”. Tosí, abrí el botellín de ginebra que

llevaba en el bolsillo y le pregunté qué era un espasmo cadavérico. “Es cuando el cadáver permanece rígido, en la misma posición en que estaba al momento de morir. El ejemplo clásico es el del soldado al que le cortaron la cabeza cuando iba a caballo, y el potro llegó al campamento con él arriba: no se había caído. Otro es el de los tipos que permanecen unas buenas horas después de morir con el falo enhiesto y con el inconfundible rictus de la eyaculación”.

Hurtadito le tiró una patada a una silla, pero le dio mal, parece, porque le quedó doliendo el pie, y prosiguió su monólogo. “Quise hacer la autopsia a solas porque detesto esa cáfila de medicuchos que llegan a tanatología por descarte; esos tipos que trabajan con guantes, y que se quejan cuando llega el año nuevo porque saben que habrá mucho quemado, mucho apuñalado. Pero sigo sin entender. Busqué y busqué y no encontré ninguna pista. Nada. Cuando vi que el Jota no mostraba ningún síntoma externo, pensé que era porque andaba con mucha ropa. Pero después miré adentro y nada, tampoco. Busqué en el cuero cabelludo, en la región torácica. Le levanté la piel palmo a palmo. Analicé el cerebro con escarpelo electrónico. Al corazón le hice una disección cruzada. Y nada. Nada. En el abdomen, nada. En el estómago, nada. Desenrollé los ocho metros de intestinos por si acaso, y nada. He enviado pulpejos y partes al laboratorio, pero sé que es inútil. ¡Mierda! Sólo de una cosa estoy seguro: el Jota no se suicidó. Los suicidas suelen defecarse, porque después de la muerte se relajan los esfínteres. Los ahorcados eyaculan, porque se contraen las vesículas seminales. En fin, al pobre Jota lo

encontraron tirado en la calle. Parece que algún compadrito pasó por ahí y le robó los zapatos. También intentaron arrancarle la placa dental, pero no lo consiguieron. Qué importa, qué importa”. Entonces Lucía vomitó y Natalia la sacó apresuradamente de la oficina. “Debe ser por el olor”, dijo Hurtadito cuando advirtió que ellas ya no estaban. “Es verdad que aquí hay bastante olor a hígado. Mi padre se queja cada vez que entra, pero igual sigue viniendo. Los cadáveres tienen su olor propio, no es mi culpa. Yo no lo percibo, claro, aunque se me impregna en las manos y cuando llego a la casa mi madre protesta. No importa. Igual siempre protesta por algo. Lo que me indigna es cuando un colega entra a la oficina abriendo ventanas, o cuando alguno se queja por la llegada de un cadáver en estado de putrefacción. ¡Imbéciles! ¡Simplones!” Hurtadito seguía lanzado, pateando papeles y escupiendo; a ratos parecía que me miraba, pero en realidad enfocaba en un lugar sin nombre, al modo de ciertos borrachos, a mitad de camino entre mi nariz y la nada. Yo también estaba a punto de vomitar, pero era incapaz de moverme: me limitaba a seguirlo con la vista y a ratos asentir con la cabeza. Ya no me interesaba saber de qué había muerto el Jota, pero seguía esperando una respuesta, cualquier cosa, que Hurtadito develara algo, que me contara, por ejemplo, que todo había sido otra miserable mentira, que el Jota aparecería en cualquier momento carcajeando en la puerta, o quizá quería que me explicara qué era todo esto, qué demonios nos estaba pasando, qué carajos quedaría de esta historia, o cualquier pendeja interrogante por el estilo.

Pero Hurtadito seguía en lo suyo, chorreando palabras como si se hallase ante un grupo de estudiantes de medicina, explicando con rabia y con detalles el proceso de rigidez cadavérica, contando la historia de cómo había develado el asesinato imposible de un hemofílico, hablando de exámenes anales, coagulaciones petrificadas y desgarros vaginales, relatando su angustia cuando le tocaba autopsiar a un mutilado por la imposibilidad de saber qué había en los pedazos que nunca se encontraron, y entonces yo ponía el piloto automático y miraba hacia la calle por la ventana y ya no lo escuchaba, casi, y me iba cayendo en un vacío apestoso y pensaba en Natalia y en Lucía y llenaba de puteadas a Jota Jota, aunque después en el velorio le aseguré que no eran más que bromas, que lo quería más que la cresta y que era idiota verlo detrás de ese vidrio metido en el cajón, y de paso aproveché de pedirle que le preguntara al ángel caído, si se lo topaba por ahí, qué debíamos hacer, qué carajos nos quedaba por hacer, porque Hurtadito, que todo lo sabe, no me había dicho nada. Pero el infeliz del Jota tampoco me respondió, o bien no lo oí por culpa del vidrio del ataúd o por el ruido de la fiesta que había empezado en el mismo momento en que el Negro Carmelo se asomó con su guitarra entonado y jurando que no estaba dispuesto a regalarle ni un solo lagrimón a ese bastardo.

Jota Jota se estaba yendo como él hubiera querido, porque Valentina había dado una especie de orden de partido con el objeto de que en el velorio nadie pudiera llorar, aunque tratara, y porque allí se había plantado la Casona de las Catorce Locas en pleno, aunque ninguna de

ellas lo conoció, y el Negro Carmelo dijo ésta es la mía y a Antonia le regaló un bolero salivoso del mismísimo Manzanero y a Estela le murmuró al oído qué hace una chica como tú en un velorio como éste, y yo como siempre no entendía nada de nada, aunque Natalia me dijo que después me lo explicaría todo de todo, y la música fue subiendo y Beatriz y Tania y Domitila montaron arriba del ataúd para practicar el equilibrio, lo que derivó en una danza tropical sólo interrumpida cuando al Gordo, que decía estar lagrimeando nada más que por causa de la risa, le dio por recitar poemas de combate de Bertold Brecht, aunque alguien tuvo el buen tino de impedir que se subiera también él arriba del cajón: habría sido indecoroso propinarle un nuevo golpe a Jota Jota; suficiente había sido con la implacable sierra de Hurtadito, dijo Mariana, incapaz de desprenderse del atávico fardo de la inteligencia.

Acaso el momento de mayor dramatismo fue cuando Natalia le gritó al Jota “te quiero, desgraciado, por qué me hiciste esto”, aunque después soltó una risa macabra y se metió en el baile que estaban inventando entre los candelabros Tamara, Claudia, Beatriz y don José, que se había puesto con el borgoña y con un pisco sour como sólo sabían mezclarlo en el Bar Inglés. Jota Jota no hizo ningún gesto cuando a Lucía le dio por reírse de su extrema palidez, pinta de haber dormido mal, le dijo, pinta de habernos engañado a todos y sobre todo a mí, que tanto quería conocerte, y tampoco el Jota se inmutó cuando Lito, que dijo haber llegado al velorio “por estricta curiosidad estética”, le propuso organizar un partido de fútbol con sus pulmones,

que estaban listos para ser servidos gracias al riguroso bisturí de Hurtadito, pero el match de fútbol lo impidió el propio Hurtadito, protegiendo su colección, mientras seguía hablando solo y caminando en círculos alrededor del ataúd. “No entiendo”, insistía, negándose a proclamar el veredicto definitivo que él mismo había jurado, o sea que el Jota había muerto de nada, eso era, de nada. “Le he revisado veinte veces las manos, porque a veces puede pasar inadvertida una marca eléctrica. Le he auscultado los interiores de la piel con rayos láser, porque la piel de los cadáveres se pliega por la desnutrición y de pronto le ha entrado una aguja y no se ve. Es como cuando a un individuo le meten una bala y te tienes que poner a charquear y charquear, porque significa que el proyectil se le metió en la aorta y se lo llevó la corriente sanguínea antes del último suspiro y la bala puede terminar alojada hasta en los pies. Qué huevada, ¿no?”

Cuando llegamos al cementerio, los ánimos se habían apaciguado, algunos apenas se arrastraban, resacosos, y varios habían quedado en el camino. Para qué vamos a decir una cosa por otra: la fiesta había terminado. Pero Natalia se sobrepuso, como siempre, levantando a las huestes con algo que pretendió ser el himno a la alegría y con el cuestionable rito de cortarse el pelo para lanzarlo a la fosa, y el Gordo, que se había puesto un traje de cura por si acaso, proclamó a modo de responso y con ejemplar sobriedad *mas la orquesta no sirve, no tiene/ más que un solo violín que le duele*, pero solamente lo leyó, y apenas, y nadie lo cantó, y entonces me vino una saudade del carajo y en el momento

en que metían el cajón en la fosa miré a mi alrededor y me dije: estoy rodeado de muertos, pero me siento solo.

23

Eso fue, y el resto no me lo pregunten. Escribo plácidamente sentado en el WC, aunque apeste lo suyo, en parte porque no quiero que nadie me interrumpa antes de botar el penúltimo vocablo y en parte porque descubrí que es el único modo de que los vecinos no protesten por el ruido de la máquina de escribir. Ya pasó el baile más tremendo, y pasaron Jota Jota y el Gordo haciendo morisquetas, y aquí estoy, pensando en nosotros, pinta de último minuto, y tranquilo, y un poco enfermo. Y en ésas ando cuando me acuerdo de que soy el tipo más feliz, y entonces me viene una alegría última, la de los finados, y me revuelco de la risa, doy saltos arriba de la cama, se me quiebra la copa, disemino parabienes, pierdo el carnet. Y entonces voy hasta el techo y miro la ciudad, su formidable olor a orina y a pescado, su olvido imperdonable, y entonces me digo que Santiago nunca existió, que fue apenas algo más que un

producto de la imaginación o del deseo, pero después me dejo de pensar estupideces y sigo mirando la ciudad y me rasco las axilas.

Y entonces Lucía y Natalia se aparecen en la puerta. Vienen sonriendo, de la mano, y más lindas que una carátula de John Coltrane. Por instinto busco el vino, pero no aparece por ningún lado. Entonces ellas se tiran en el sofá y, sin más, leen mis papeles. Y mientras leen a ratos se ríen, en otros callan lánguidamente y en otros se van tan adentro que ya no puedo reconocerlas, ni sé cómo se llaman, ni dónde nacieron: se me olvidaron todos sus lunares, me recuerdan vagamente el daguerrotipo de mi abuela. Al cabo de un rato Natalia tira los papeles al suelo y dice que Hurtadito era más grande y más pestilente de lo que yo dije. Después Lucía contiene la risa: está leyendo la fuga del Cría Cuervos. Vuelve el silencio, sólo interrumpido por mi tecleo y por algunas frases ambiguas que ellas intercambian como postales. Después Natalia aplaude el título, la muy narcisa, y alega por la escasa presencia que les metí a Beatriz y a Valentina. Lucía por su parte comenta los avatares del Bar Inglés y precisa que el espectáculo de Paola y Odette en realidad no se llamaba *Las Hermanitas Tetón de Antofagasta*, tras lo cual añade que a ese trozo le arreglé un final que no me dejaba tan mal. Le respondo, con soberbia, que si alguna cretina razón hay para escribir es precisamente poder elegir el final que a uno le plazca. Después ellas me deslizan cada una un beso en la nariz y se encierran en la pieza, y yo me quedo mirando el techo y me digo que otra vez mentí porque si en esta historia yo pudiese

elegir el final, ni Lucía ni Natalia se hubieran ido, y yo no estaría arriba del wáter tecleando como un infeliz.

Escribo: todas las fisuras de la historia están impregnadas por el sudor que nunca hicimos, que nunca pudimos. Y en esa misma grieta estoy sentado esperando a que por fin vuelva ese par de malditas, o a que por lo menos se aparezca el cartero, que siempre toca dos veces y que últimamente se limita a traer las cuentas. “¿Ninguna novedad de Natalia?”, le pregunto. “Ninguna”, dice. “Bah, qué importa”, le digo, con una de esas dignidades de medio pelo que lo dejan a uno más solo que en el espejo. Maldición: se me acabaron los puchos, pero Lucía y Natalia ya van a volver, me digo, y entonces el tiempo corre y salgo a la calle y camino por el noble centro de Santiago y me meto en la Discoteque Ave María y bailo con una mujer a la que nunca antes había visto, una mujer azteca, oriental, judía, negra, caucásica y nariguda que me muerde la oreja y me va soltando por el cuello una saliva que después me moja los pantalones. Estamos en el centro de una pista con espejuelos, impregnada con el olor de la bufanda de Jota Jota. ¿Nunca les hablé de la bufanda del Jota? No importa. Bailo y me bamboleo en el medio de la pista, y aprieto con atolondramiento a la doble cinematográfica de Ornella Mutti, y ella me cuenta que es levantadora de pesas y después se limita a marcarme el cuello con los dientes tras preguntarme si soy casado y si tengo hijos. Nos movemos al ritmo del expreso de medianoche y con la actitud definitiva del Chacal de Nahueltoro. En la refriega Ornella va dejando caer una sonrisa criminal y me llena la camisa de carmín y los zapatos con un líquido

viscoso que bota a chorros desde las piernas. Escribo atornillado en la mitad de la Casona de las Catorce Locas, pero las catorce han desaparecido, y esto tiene ahora un aire de potrero abandonado, pero aún es posible enfriar el vino, porque el refrigerador funciona. Soy ese tipo que camina por las calles de Santiago con una máscara chamuscada buscando la única cabeza donde podría meterla y soy ese tipo que escribe en el wáter y que trata de recordar eso que fuimos tanto, eso que fuimos tanto, eso que fuimos tanto, y entonces sigo tecleando y mintiendo y rompiendo el filtro de los cigarrillos porque tengo tanta rabia como sólo puede tenerla el sujeto más feliz de la época.

Suena el timbre y me digo: volvió Natalia. Salgo disparado a la puerta, con la intención de frenarme al llegar al umbral y aparecer fresco y campante, pero abro y no encuentro a nadie. Pienso lo único que puedo pensar: ella ya volverá. Volverá cantando, disfrazada, adolescente como nunca, con las calcetas caídas, con flores y con los puchos que fue a buscar al almacén hace un par de semanas. Y entonces me digo que debiera existir siquiera un individuo que me diga que la vio pasar, o que se peleó con ella, o que le vendió estricnina, o que le tocó las piernas. Aunque después el mismo tipo me grite: “No le gusta tu cara, el resto tampoco”. Salgo otra vez a la calle, cruzo en silencio la feria, saludo a un par de verduleros con ademán de viejo conocido, le toco de paso las nalgas a una señora que se ha inclinado para recoger cebollas y a la salida me detiene un mendigo y me dice: “Necesito un millón de dólares”. Por momentos me siento sano como un benedictino y en otros

enfermo y plagado de chancros, lo cual me hace pensar que debería declararme en reparaciones y dejarme caer algunos días en el sofá del Gordo para que me enseñe algún nuevo vino y me hable con ese aplomo suyo, esa suficiencia de farmacéutico de pelo blanco. ¿Alguien ha visto sujeto más protector que un farmacéutico de pelo blanco?

Escribo porque Natalia quería que escribiera. Anoto, en primer lugar, la historia del tipo que se mató para no tener que vestirse y desvestirse todos los días. Después sigo caminando por la ciudad, me meto en una fuente de soda y en la barra un tipo flaco y barrigón empieza a hablarme. Es una versión humana de la silla de Van Gogh, por así decirlo. Dice llamarse Riqui y sostiene que el miedo es diferente de la cobardía: “Sólo el miedo, por inevitable, podemos perdonarlo”, dice. Le respondo quién se cree para andar juzgando y condenando a la gente. “Soy Wagner”, dice, “y para el Juicio Final tengo una lista de desgraciados a los que condenaré a oír su propia música”. Después afortunadamente cambia de tema y me cuenta que en el Mercado Persa por la mañana encontró el disco más caro del mundo (“un concierto de Elvis en la India: lo compré por quinientos pesos y lo voy a vender en treinta mil dólares”). Al rato me cuenta que descubrió una nueva clase de preservativo. “Uno de éstos con doble forro que tienen música incorporada. Lo malo es que cuando lo probé el maldito condón se rompió y se le quedó metido adentro a mi mujer, que tuvo que pasarse una semana con la musiquilla de mierda saliéndole desde las piernas, hasta que le dieron hora para el ginecólogo”. Poco después, sin embargo,

estoy pensando que me encontraré otra vez con la nada del potrero aparecen Valentina, Domitila, Claudia y Tamara y me abrazan apretado, me piden que no me vaya, me juran que Lucía y Natalia van a volver y proponen una partida de póker. Yo me dejo caer en la gloriosa pechera de Domitila, carraspeo como para anunciar lo que se viene, a modo de confesión les digo que estoy un poco cansado, pienso que me vendría de cajón un ceviche con cebolla picada y una ensalada de mariscos, y desde alguna parte saco una de esas sonrisas inconclusas del tipo Buster Keaton, y aplaudo un poco, y trato con una morisqueta, y celebro no sé qué, y me río un poco más. Todo está bien, digo, ya durmiéndome, todo está bien.

OTRAS OBRAS DE PABLO AZÓCAR

- EL SEÑOR QUE APARECE DE ESPALDAS
(Santiago, Editorial Alfaguara, 1997)
- VIVIR NO ES NADA NUEVO
(Santiago, Editorial Alfaguara, 1998)
- Natalia
(Santiago, Editorial Planeta, 1990)
(Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1999)
- PINOCHET. EPITAFIO PARA UN TIRANO
(Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1999)

Nuestro especial agradecimiento a:



TRABAJARON EN ESTE LIBRO

Producción general

Rosana Espino

Diseño portada e interior

Ximena Milosevic

Impresión

Empresa Periodística La Nación S.A

